



ALISSA BRONTË
DESDE EL
INFIERNO,
CON AMOR

OPERACIÓN KHAOS II

zafiro

Índice

PORTADA
SINOPSIS
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
EPÍLOGO
BIOGRAFÍA
CRÉDITOS

¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando la Guardia Civil de Almería desarticula una parte de la organización dedicada a la prostitución y trata de blancas que investiga a nivel internacional, el teniente Cobos recibe una información muy valiosa sobre el paradero de Soledad, a la que lleva buscando sin descanso desde hace años.

Sin pensar en los riesgos se desplaza hasta Rusia, donde se adentrará en el frío infierno en el que tienen presa a la mujer que ama.

Soledad no cree poder resistir mucho más tiempo en ese maldito lugar en el que la retienen, y cuando está pensando en tirar la toalla o en acabar con su vida, recibe la inesperada noticia de que han llegado visitantes españoles a su gélida prisión.

Pero lo que menos se podía esperar ella es que el hombre cuyo recuerdo le ha servido para mantener la cordura hubiera ido hasta allí para salvarla de las garras de su particular demonio.

*Para todas aquellas mujeres que han sufrido algún tipo de abuso
y han sido tan valientes como para dejarlo todo atrás y empezar de cero.
Porque, cuando el amor duele, quizá, no es amor...
Para todas las Soledad del mundo.*

PRÓLOGO

Siempre se oyen muchas noticias por televisión, algunas terribles. Cuando nos enteramos de alguna de estas últimas, negamos con la cabeza, nos cruzamos de brazos, agachamos la mirada. No entendemos cómo pueden ocurrir cosas así.

El caso es que, cuando somos jóvenes, creemos que tenemos toda la vida por delante y nos sentimos inmunes, pues estamos convencidos de que nunca nos pasará a nosotros algo tan espantoso; nos preguntamos, una y otra vez, cómo las víctimas de aquello que hemos visto en la pantalla han sido tan ingenuas como para caer en las garras de ese oscuro destino... Pensamos que somos más listos, más fuertes, desde luego menos inocentes, que la vida nos ha enseñado mucho, aunque seamos prácticamente unos niños.

Eso me ocurrió a mí. Me confié. Confié en él. Confié en mí misma. Nada me iba a detener. Nada malo me iba a suceder. Las noticias eran algo distante que, aunque me apenaban, nada tenían que ver con mis planes.

Y aquí estoy... en unos días, ocho para ser más exactos, cumpliré veinticuatro años. Miro al techo, con la cabeza tan erguida como puedo, alzando la barbilla tan alto que me duele el cuello, y todo para evitar sentir el fétido aliento del mismo desconocido que tengo encima noche tras noche, desde hace años... moviéndose sin control dentro de mí. Disfrutándome.

Noto sus empellones, oigo sus jadeos, respiro sus gemidos... y trago las arcadas de asco que acuden a mi boca, porque, si vomito, me golpeará otra vez.

Así que tengo que estar callada y abrir la boca tan sólo para decir cosas como «me ha encantado», «vuelve a la carga», «eres único dándome placer»...

Aunque también se me permite abrir la boca para jadear, gemir o chupársela. Todo un variado muestrario.

Es triste, lo sé. Esto es lo que sucede cuando crees en la persona equivocada, cuando te niegas a ver la realidad de lo que te rodea, cuando todos te advierten y tú estás tan ciega de amor que no ves nada que no sea él. Tu estrella. Tu luna. Tu sol. Tu universo.

Por eso, a partir del día en el que él me falló, que me dejó sola y desprotegida, me juré que nunca más volvería a confiar en nadie.

Ésta es mi historia; una historia lamentable, lo sé, pero es la mía. Me llamo Soledad, soy de España y ahora vivo —o, mejor dicho, malvivo— en Rusia. Soy una de las muchas prostitutas del mundo. Soy una de las muchas mujeres que han sido víctimas del trato de blancas.

Soy, como se dice vulgarmente, una puta.

CAPÍTULO 1

Estaba harto de todo. A veces sentía ganas de tirar la toalla como habían hecho todos, pero no podía; se lo debía a ella y a sí mismo. Lo frustraba no haber conseguido todavía una pista fiable, ese dato que le asegurase que la banda detrás de la que andaba era la que estaba también tras la desaparición de Soledad hacía ya tanto tiempo... Pero no desistía; nunca se había rendido y no iba a empezar a hacerlo en ese instante. No podía permitirse ese lujo, y menos cuando era incapaz de dejar de pensar en ella, perdida y sola en algún prostíbulo de carretera en cualquier parte, sin importar el sitio, pues fuera donde fuese sería horrible.

De repente vio al sujeto al que hacía varios días que seguía; no estaba seguro de lo que tramaba, pero lo había estado vigilando y no le gustaba nada su actitud. Sospechaba que se traía algo entre manos con la banda que tenía en su punto de mira y, de momento, era su única pista consistente. Salió del coche, aparcado en un callejón oscuro donde pasaba desapercibido, y comenzó a seguirlo. No estaba de servicio, eso iba más allá de sus funciones como teniente de la Guardia Civil; por eso, no llevaba su arma reglamentaria, sino una que había conseguido a través de un vendedor poco recomendable pero que los ayudaba a mantener el tráfico de armas bajo control, a cambio de permitirle la venta de otros objetos de dudosa procedencia.

Fue tras él en medio de la noche, a una distancia prudencial; el sospechoso caminaba nervioso, su paso rápido y el movimiento de sus manos se lo indicaban. Se llevó una de ellas al bolsillo y eso le hizo estar más alerta; conocía a los de su calaña y ese gesto y su manera de proceder no presagiaban nada bueno.

Aceleró el ritmo de sus pasos para posicionarse lo más cerca posible sin ser detectado, aunque dudaba de que el otro se diese cuenta de su presencia, ya que estaba demasiado concentrado en la labor que pensaba llevar a cabo.

Avanzó hasta colarse en los callejones aledaños a los muelles. A esa hora de la madrugada apenas había nadie por allí y eso era un punto más a favor de su teoría: no tramaba nada bueno.

De pronto, el hombre se detuvo y sacó un arma mientras apuntaba a otro, trajeado, que parecía... ¿asustado?, ¿sorprendido?

—¡Vas a pagar por todo! —gritó a la noche.

—¿Quién te envía? —exigió saber el tipo del traje sin perder la calma.

No estaba seguro de lo que se había encontrado, pero no podía permitir que matasen a alguien a sangre fría delante de sus narices.

—No voy a dejar que salgas de esta, ¡maldito cabrón! ¡Ella no entraba en el trato! No entraba en el trato... ¡Sois unos hijos de puta!

Cobos escuchaba y observaba la escena en estado de alerta, oculto en las sombras que le daban el cobijo que necesitaba; precisaba saber con qué había topado.

—Vamos, baja el arma, no merece la pena. ¿Quieres perder la vida tú también?

—Ya nada me importa... ¡Nada! —bramó amartillando el arma cerca de la víctima.

Cobos se vio en la obligación de salir, no podía dejar que la cosa se le fuera de las manos. Había algo en la presencia y actitud del hombre con traje que hizo que su instinto lo avisara de que estaba frente a uno de los peces gordos.

—Baja el arma —ordenó al sospechoso al salir de su escondrijo, colocándose junto a él sin perder la calma. Al fin y al cabo, era algo que hacía muy a menudo.

—No-no, te-tengo que acabar co-con él —tartamudeó al verse sorprendido por otro pistolero.

—Baja el arma o voy a tener que dispararte —repitió apretando los dientes.

—¿Quién eres tú? —masculló—. ¿Otro de sus matones? Entonces también eres culpable —lo acusó.

—No soy nadie, sólo pasaba por aquí, pero no voy a permitir que mates a ese hombre —explicó señalando con la cabeza al tipo trajeado, que permanecía impasible, atento a lo que sucedía.

—Entonces, impídemelo —lo desafió—. Tengo que hacerlo, no tengo nada que perder, ya estoy muerto —confesó mientras se disponía a tirotear a su blanco.

Sin dudar, Cobos apretó el gatillo. La bala fue directa al muslo y lo hizo

caer, pero el sujeto no se anduvo con chiquitas y, desde el suelo, apuntó a Cobos a la cabeza. Sin poder hacer nada más, disparó de nuevo e hizo diana; el hombre cayó fulminado. No le había gustado acabar con él, pero no podía permitirse dudar, rodeado como estaba de la gentuza con la que trataba. El tipo al que el sospechoso había apuntado y estaba a punto de matar no se inmutó, tan sólo lo miraba ocultando su rostro entre las sombras.

—Gracias —dijo de pronto con un marcado acento ruso.

—De nada, no podía dejar que matasen a alguien sin intervenir.

—¿Quién eres?

—Nadie, ya lo he dicho; sólo pasaba por aquí.

—¿Sabes quién soy?

—No, lo siento; ¿debería saberlo? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Deberías... Mi nombre es Andrey Kolvzov.

—Cobos —se presentó alargando la mano.

—¿Cómo te ganas la vida?

—Eso es algo que sólo me incumbe a mí.

—Quizá también a mí. Parece que usas los músculos —comentó analizándolo.

El teniente debía mantener la calma, ¡no podía creerlo! Estaba frente al mismísimo Andrey Kolvzov, el cabeza pensante de la banda que investigaba desde hacía tanto tiempo y al que apenas unos pocos habían logrado ver. En el cuerpo ni siquiera tenían idea de cuál era su aspecto y de repente... parecía que iba a ofrecerle trabajo. ¿Acaso, por una puta vez en su maldita existencia, iba a tener suerte?

—Bueno... —soltó tratando de no perder la compostura—, trapicheo con drogas, participo en peleas clandestinas, hago algún encargo de vez en cuando si me lo pagan bien...

—¿Trabajas para alguien?

—No, se me puede considerar... *freelance*.

—¿Te apetecería tener algo más estable?

—¿Qué me ofrece?

—Un buen sueldo a cambio de que me protejas.

—¿Necesita protección?

—Al parecer, sí. Muy pocos sabían que iba a estar aquí, y es evidente que uno de ellos me quiere fuera del negocio. Por eso te quiero a mi lado.

—¿De cuánto hablamos?

—¿Cuánto vales?

—No va a poder pagarlo.

—Prueba.

—Seis mil.

—Trato hecho.

—Seis mil euros *al mes*. —Remarcó las dos últimas palabras para que quedase claro que no era barato contar con sus servicios.

—Perfecto.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo. No me fio de los míos, Cobos, por eso te quiero a mi lado.

—No me conoce.

Andrey le hizo un gesto para que lo siguiese, ignorando al hombre que yacía sin vida en el suelo, y ambos se subieron a un lujoso automóvil que arrancó suave como la seda. Cobos decidió no hacer preguntas. Mientras no supiera que en realidad él era el enemigo, no tendría problemas; parecía haberse ganado la confianza de Andrey gracias a un maldito golpe de suerte.

—Me has salvado la vida. Si pretendieses hacerme daño, habrías dejado al yugoslavo que hiciera el trabajo por el que le habían pagado y, tal vez, después hubieras aprovechado la situación.

—¿Cómo sabe que no es una trampa?

—Te miro y veo que no eres ambicioso, no te interesa destronarme. ¡Si ni siquiera sabías quién era!

—No, no tenía ni idea. También eso es cierto... Lo de que no pretendo destronarte; tampoco sé en qué trono te sientas —mintió.

Cobos lo sabía, ¡por supuesto que sí! Era la cabeza de la serpiente y tenía tantas ganas de arrancársela de cuajo que no tenía claro cómo era posible que se estuviese controlando tanto cuando lo que en realidad deseaba era cogerlo y golpearlo hasta que le contase dónde demonios tenía a Sol.

—Hay honor en ti y confío en mi instinto —afirmó tocando su nariz—. No sé qué pretendes, pero sé que te quedarás a mi lado. ¿Por el dinero?, tal vez... aunque no me interesa la razón, lo que me importa es que me cubras las espaldas.

—Por seis mil al mes, cuidaré de que no te ocurra nada, puedes apostar por eso.

Al cabo de unos minutos, llegaron a una gran casa junto al mar. Bajó del coche tras detenerse y Andrey lanzó las llaves a un joven que sin duda conocía la

rutina de su jefe. Al dirigirse hacia la puerta, el teniente descubrió a dos «yetis» de unos dos metros de alto, peludos y con pinta de peligrosos. Sin duda lo matarían sin pestañear de ser preciso.

—Dmitry, Nicolay —los llamó—, éste es Cobos. Se incorpora a nuestro equipo a partir de hoy, he tenido un pequeño percance.

—¿Está bien, señor?—preguntó el tal Nicolay.

—Gracias a él; suerte que pasaba por el lugar adecuado en el momento oportuno.

—Toda una suerte, señor —masculló Dmitry.

—Sígueme, Cobos.

Los dos mastodontes hicieron amago de hacer lo mismo, pero Andrey levantó una de sus manos y los detuvo en seco.

—Vosotros no, sólo voy a necesitar a Cobos.

El teniente lo siguió hasta un gran jardín situado en la parte trasera de la casa, en el que no faltaban todo tipo de plantas exóticas.

—Me relaja...

—¿Qué, señor?

—Mis plantas. Si las cuido, crecen; si las abandono, mueren... Igual que hago con los hombres que forman parte de mi equipo; si me son fieles, crecen a mi lado; si me traicionan, mueren —sentenció arrancando de raíz una planta mustia—. Uno de los míos me está vendiendo; por eso, a partir de ahora, vas a ser parte de mi escolta.

Cobos asintió. No podía pedir más, la diosa Fortuna parecía estar de su lado esa vez y pensaba aprovecharla.

Fue así como se convirtió, de la noche a la mañana, en parte de la guardia personal de Andrey Kolvzov; tal vez, por fin, pudiese encontrar alguna información sobre Soledad y su posible paradero. Andrey era un tipo extraño. Llevaba el pelo largo recogido atrás en una cola; sus ojos azules como el mar siempre estaban alertas, y era tan alto y fuerte como él mismo; se trataba de un gran rival. Si tuviese que pelear contra él en una lucha cuerpo a cuerpo, sin duda iba a ser un digno oponente, aunque, como el ruso siempre decía, no le gustaba ensuciarse las manos, prefería usarlas en otros menesteres y para eso ya tenía a sus secuaces.

Los días pasaban y, poco a poco, Cobos cada vez se metía más profundamente en la intrincada banda que lideraba Andrey. No quiso informar a ningún compañero de que se había infiltrado, casi por casualidad, en las filas del

mafioso ruso. Todo a su alrededor era oscuridad y recelo, ya que tenía la certeza de que había guardias civiles de su unidad implicados. Andrey contaba con ojos y oídos en todas partes, y no podía permitirse el lujo de que su tapadera fuera descubierta antes de dar con alguna pista que lo ayudase a localizar a Soledad, si es que ellos estaban detrás de su secuestro.

—¿Me llamaba, señor? —inquirió una noche al llegar a la casa.

—Tenemos que enviar un cargamento.

—Bien, señor —contestó sin entender por qué lo reclamaba para algo que no era de su competencia.

—Hay que ser cuidadoso. Vladimir va a pagar mucho si recibe el paquete en óptimas condiciones y si le gusta lo que ve. Quiero que vigiles la mercancía, que te asegures de que llega sana y salva hasta el barco.

—Así lo haré, señor —se comprometió sin dudar.

Ésa fue la primera vez que Andrey le hizo ese tipo de encargo, que ayudó a Cobos a descubrir que lo que enviaban eran jóvenes, igual que Soledad. Ése fue el primero de muchos envíos que, uno tras otro, fueron interceptados por la Benemérita, impidiendo al ruso cumplir con los plazos de entrega.

Andrey no desconfiaba de él; tras el intento de acabar con su vida que había sufrido, sabía que tenía un traidor en sus filas y esos incidentes no hacían sino dar fuerza a sus teorías. Cobos quedaba fuera de toda sospecha y eso le daba libertad para seleccionar los envíos que se debían descubrir y los que no. Siempre daba chivatazos anónimos. No se había atrevido, todavía, a contarle nada del asunto a su superior, a pesar de llevar ya varios meses infiltrado, pues no quería equivocarse y, para no errar, no podía confiar en nadie, pero las semanas transcurrían y necesitaba que alguien más conociera sus actividades.

Un día decidió que era hora de contarle a su capitán en qué andaba metido desde hacía tanto. Los meses pasaban y necesitaba compartirlo con alguien; no podía seguir así por más tiempo, pues cada vez se perdía más en el trabajo paralelo que llevaba y lo único que no le hacía abrazar la oscuridad que lo tentaba era el recuerdo brillante de su Sol. Además necesitaba que su capitán le cubriese las espaldas cuando no pudiese cumplir con su jornada laboral.

—Capitán, tenemos que hablar —dijo sin pensarlo al entrar en el despacho de su jefe.

—¿Qué pasa, Cobos?

—Tengo que informarlo sobre un caso. No quería tener que hacerlo, pero creo que es el único en quien puedo confiar.

—Ven, vamos a otro lado —pidió su superior abandonando la estancia.
Salieron a la calle y su jefe le señaló su automóvil, donde se montaron.
—Arranca —pidió.

Cobos puso en marcha el motor y se dirigió lejos de cualquiera que pudiese escucharlo. Acero estaba intrigado. Cobos siempre había sido un buen teniente que seguía las reglas, pero parecía que le ocultaba algo importante, podía verlo en su atormentada expresión. Conocía a las personas por lo que expresaban sus ojos; era capaz de leer en sus miradas, ver más allá en muchos de ellos.

Cobos detuvo el coche cerca del mar y salieron a respirar la brisa salada y fría, sólo por si el vehículo ocultaba algún micrófono... No podía fiarse de nadie, excepto del capitán. Se apoyaron en el capó y Acero encendió un pitillo a la vez que le ofreció otro a Cobos.

—No, gracias, ya no fumo.

—¿Qué ocurre?

—Tengo que contarle algo, pero no puede salir de aquí.

—Dime, me tienes en vilo. ¿Has matado a alguien?

—No, aún no —mintió—, pero puede que tenga que hacerlo.

Acero esperó en silencio; muchas ideas descabelladas pasaron por su cabeza y esperaba que su teniente no hubiese cometido ninguna de ellas.

—Estoy dentro —soltó sin más explicación.

—¿Dentro? ¿De qué? —interrogó, desconcertado.

—Estoy trabajando para Andrey Kolvzov.

—¡¿Qué cojones...?! —soltó al oír el nombre de uno de los delincuentes más astutos, peligrosos y escurridizos que querían atrapar.

—Lo sé... Fue de casualidad, pero me surgió la oportunidad... y la cogí sin dudar.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Sé que tiene hombres comprados, hombres de los nuestros que trabajan para él. Creo que fueron ellos... los que se la llevaron.

Hizo la confesión en voz baja; si Acero no supiera algo de la historia que atormentaba a ese joven, estaría sorprendido.

—Te has metido en esto solo. No me gusta la idea, Cobos. Es peligroso.

—No más que lo que hago a diario en la Guardia Civil. Además, llevo varios meses trabajando con ellos y sigo vivo.

—¡Joder, Cobos! ¿Varios meses? —rugió molesto—. No entiendo tu empeño... hace ya tanto tiempo... Deberías barajar la posibilidad de que... —

continuó con el tono de voz más bajo, pues sabía que el teniente seguía emperrado en descubrir quién se había llevado a Soledad y acabar con quien quiera que fuese de una vez por todas.

—Ni se le ocurra decirlo, mi capitán —lo interrumpió Cobos.

Acero lo miraba con sus ojos oscuros e intensos. Una cicatriz le cruzaba el rostro desde la ceja hasta la barbilla, pero nunca habían hablado de cómo esa marca había aparecido allí.

Cobos todavía recordaba cuándo llegó al cuartel: acababa de ser ascendido a teniente, ¡y había trabajado tanto para lograrlo!, primero pasando las pruebas y después compaginando la carrera de derecho con el trabajo. Todo para obtener el grado que ahora ostentaba.

Sabía que debía darle una respuesta coherente a Acero; no podría entender por qué esa obsesión por encontrarla si desconocía toda la historia.

—Capitán —retomó la conversación—, la amo. Siempre la amé. ¿Nunca ha sentido esa clase de amor que no deja que nada más entre? Ése es el que siento por ella.

—Sí, sé qué clase de amor es ése —murmuró llevándose involuntariamente los dedos a la cicatriz de su rostro—, y puedo entender que te niegues a perderlo, pero... no sabemos nada, ni siquiera si sigue viva. O, si lo está, en qué estado la encontrarás. ¿Te has parado a pensar que no va a ser la misma? ¿Que no tienes ni idea de qué le han podido hacer? Sabes que son peligrosos, unos malditos hijos de puta sin escrúpulos.

—Lo sé, pero no puedo permitirme el lujo de perder también la esperanza; todos la han perdido ya, incluidos sus padres.

—¿Estás seguro de que se la llevaron?

—Él me lo dijo mientras moría en mis brazos... Mi amigo, el cabrón que la entregó a cambio de saldar su deuda. Yo lo había sospechado, pero al final me lo confesó.

—No lo tengo claro, todavía no sabemos a ciencia cierta si se trata de la misma banda que están investigando en otros puntos de España. Blanco me ha dicho que a ellos también los tienen en jaque, no son capaces de hallar nada contra Dragos.

—Tendré cuidado, seré extremadamente cauteloso. Puedo trabajar para ellos y, a la vez, venir a informar de todo lo que pueda.

—No lo sé... No lo veo claro, Cobos.

—Por favor, Acero, no me digas que no —pasó a tutearlo—. Necesito hacer

esto, por ella y por mí. No duermo bien por las noches; su recuerdo me atormenta, me llama desesperada desde algún frío y solitario lugar y yo... necesito cerrar este capítulo, sea cual sea el desenlace; necesito ponerle punto y final.

Su superior dejó que su mirada oscura se perdiera en el oleaje de un mar alterado, como ellos mismos, y el silencio los acarició como la brisa marina.

—¿Lo sabe Carmona? —preguntó de repente.

—Sólo tú, no me fío de nadie más.

—Es tu compañero.

—Lo sé, pero no puedo permitirme el lujo de confiar en nadie. Sé que Andrey tiene a alguien dentro del cuerpo que le informa de todo.

—Está bien —claudicó, tras sopesar todas las posibilidades—, pero ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

El teléfono sonó y Acero le hizo un gesto con la mano para que esperase. Su semblante cambió a peor, estaba ceniciento; eso significaba que eran noticias funestas. Su capitán estaba acostumbrado a tratar con lo peor de lo peor y, si su rostro mostraba algún signo diferente al de la tranquilidad, era porque algo muy malo había sucedido.

Colgó y cerró los ojos un momento, apretó los puños y respiró con dificultad. Siempre le había llamado la atención su capitán: atractivo a pesar de la cicatriz, no demasiado mayor, podría rondar los cuarenta años, y atlético; sin embargo, era taciturno, solitario y frío como el acero que llevaba por apellido. Normalmente sólo hablaba de trabajo, nunca le había visto bromear o hablar de alguna mujer, pero... cada uno tenía sus mierdas, él mismo estaba repleto de ellas.

Cerró los ojos un instante y no pudo evitar recordar esa maldita noche. Aquel callejón oscuro. Aquellos tipos saliendo del coche y yendo directos a por ellos. Cómo se asustó al saber que algo horrible iba a suceder y, antes de parpadear, su amigo estaba arrodillado en el suelo con los ojos muy abiertos y la mano sobre su abdomen, que no dejaba de sangrar.

* * *

—Ahora estamos en paz —murmuró un hombre grande del que apenas recordaba su rostro, tan sólo los tatuajes en sus manos y su fuerte acento de algún país de Europa del Este.

Cuando pudo calmarse, se acercó a su amigo, que no podía mantenerse en pie.

—¿Qué cojones...? ¡Fran! ¡Fran! —gritó—. ¿Estás bien?

—¡Joder! Me han... apuñalado —murmuró.

—¡Mierda! ¡Mierda...! ¡Jodida mierda! —vociferó mientras, con dedos temblorosos, marcaba el número de emergencias—. ¿En qué puto lío te has metido esta vez? ¡Dime!

—Fui yo, Cobos, fui yo...

—Sí... mi amigo... lo han herido... ¡No lo sé, maldita sea! No lo sé... —Se le quebró la voz—. Sí, por favor, dense prisa. ¿Que fuiste tú? —preguntó con la voz helada, al darse cuenta de qué era lo que iba a confesarle.

—Yo... la entregué... para pagar mi deuda.

—¡Eres un maldito bastardo! —bramó fuera de sí—. No, no, no puedo creerte —comenzó a recitar, a la vez que colocaba sus manos sobre la herida sangrante de su amigo, que ya no tenía fuerzas para seguir taponándola—. Vamos, aguanta, maldito cabrón, están al llegar.

—Fui yo... estaba desesperado. Me rechazó... te amaba —añadió, y Cobos, al oír aquello, sintió que el odio lo consumía—, lo vi aquella noche en sus ojos. Se había enamorado de ti y a mí... me miraba con miedo y... entonces —seguía hablando entre balbuceos, las fuerzas lo abandonaban—... enloquecí y llamé para... entregarla. Se la llevaron, Jose, se la... llevaron....

—¿A dónde? ¡Maldita sea! ¡Contesta!

—A algún lugar frío para prostituirla, para obligarla a entregar lo que me negó durante tanto tiempo...

—¿Cómo pudiste? —preguntó con los ojos anegados en lágrimas.

—Lo... siento.

—No me valen tus lamentos, ahora no.

—Voy a morir, ¿verdad? Si... siento cómo la vida me abandona.

—Ojalá... —dijo impasible, mirando cómo el que había sido su mejor amigo se desangraba entre sus brazos y no era capaz de sentir pena ni remordimientos, tan sólo deseaba que su alma se fuese al infierno en el que se merecía pudrirse.

* * *

—Cobos, tenemos un cadáver. —Su jefe interrumpió los recuerdos.

—¿Dónde?

—En un callejón cercano al puerto. Una joven prostituta, al parecer es algo diferente a lo que estamos acostumbrados, se han tomado su tiempo.

—Está bien, vamos.

Los dos se montaron en el coche del teniente, que condujo hasta el sitio indicado. Al llegar, un grupo de agentes y el equipo forense, liderado por el doctor Fernández, estaban por todo el lugar, recabando pruebas con gesto serio.

Al bajarse se toparon con el espectáculo: la joven tenía la mano derecha atada a la pierna izquierda y estaba boca abajo en el suelo; su espalda presentaba una gran herida, y su ropa, con demasiadas lentejuelas y transparencias, estaba destrozada y teñida de rojo sangre. En la muñeca que quedaba libre de ataduras, una herida, y en el cuello, otra.

—Acero, Cobos —los saludó el doctor al llegar—, buenos días, por decir algo.

—¿Qué tenemos, Fernández?

—Víctima de asesinato, como es evidente. La han torturado. La han dejado seca. Sin sangre. La han vaciado. La herida de la muñeca y del cuello han sido los sitios elegidos para hacerlo. Su ropa está empapada por su propia sangre, tiene desgarró vaginal, anal... Eso es todo lo que puedo apreciar a simple vista, también presenta petequias en los ojos.

—¿La asfixió? —preguntó Cobos, aunque ya sabía la respuesta.

—Creo que la privó de oxígeno lo suficiente como para que perdiera el conocimiento.

—Entiendo, es un maldito depravado —masculló furioso.

—Esto va mucho más allá. En Almería también está pasando algo similar.

—¿Blanco? —interrogó Acero.

—Sí, nos han pedido consejo; también están encontrando prostitutas muertas. Su asesino, sin embargo, es más artístico; las deja boca abajo sobre un sofá, aunque también desangradas y violadas.

—¿Qué demonios...?

—Creo que estáis frente a algo gordo —puntualizó el forense.

—Quizá se trata de la banda de Andrey, no sería extraño. Esa organización trabaja por toda España y también a nivel europeo, tal vez incluso más allá — murmuró Cobos.

—Si no es un caso aislado, tenéis un serio problema. La chica debe andar por los dieciocho. ¡Joder! Es todavía una cría... —se quejó el médico.

Cobos se había alejado un poco, necesitaba contener la náusea que le llegó de pronto y que le hizo sacudirse. Al ver a la joven, pensó instintivamente en Soledad. Aunque la muchacha no se parecía físicamente en nada a ella, y además tenía el cabello claro, podía ser que Sol hubiese sufrido la misma suerte allí donde estuviese y ese pensamiento casi lo hizo desfallecer.

¡Malditos cabrones! Los odiaba con toda su alma y, como en su mano estaba la oportunidad de acabar con ellos, iba a aprovecharla. Estaba más decidido que nunca a terminar con Andrey y cortar la cabeza pensante de toda esa intrincada red que, de momento, no habían sido capaces de desentrañar.

CAPÍTULO 2

Estoy cansada, cada día más. Como cada noche desde hace años, espero que mi «protector» entre por la puerta. Atrás quedan esas interminables horas en las que lloraba sin cesar cada vez que sucedía, incluso cuando me penetraba sin importarle el asco que pudiese sentir. Trataba de satisfacerme, un acto inútil; lo único que me hubiese satisfecho, de verdad, hubiese sido que me hubiera dejado en paz.

Al menos, ahora todo es más rápido gracias a que ha perdido el empeño de tratar de hacerme sentir algo con él. Lo único que quiero es que acabe lo antes posible y, para eso, he tenido que aprender a fingir tan bien que, a veces, imagino que es real, pero no es el rostro de Alexey el que veo, sino otro diferente... no uno pálido y de ojos claros, sino uno más oscuro, y masculino.

Muchas noches pienso en cómo habrá cambiado, en si se acordará de mí o me habrá relegado al pasado como supongo que habrán hecho todos, excepto mis padres. Espero que ellos sigan albergando la esperanza de que algún día regrese. Después, abro los ojos y me doy cuenta de que todo es una ilusión que mi mente ha creado para engañarme y poder llevar mi mierda de vida de una forma más apacible, sin tanto dolor.

La puerta se abre y entra en mi cuarto; es lo único que me he ganado, un dormitorio para mí sola en vez de la habitación, por llamarla de alguna manera, comunitaria. Al entrar, siento el olor a vodka que desprende; inunda mis fosas nasales, aturdiéndolas. Al principio me molestaba, ahora es tan habitual que a veces me agrada que llegue tan alcoholizado, ya que no tiene fuerzas para yacer sobre mí y lo dejo dormir hasta que llega el alba para después despertarlo y decirle adiós con una sonrisa que no llega a mi ojos, porque no es auténtica.

Alexey no dice nada, sólo me mira, sonriendo, mientras se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones; no pretende desnudarse; eso está bien, significa que no tiene la intención de tardar mucho. Y a mí, esta noche, me apetece estar sola. Sin mediar palabra, abre mis piernas y me penetra con fuerza. Jadeo, pero no es pasión, es por el malestar que siento cada vez que él está

dentro de mí. Gracias a Anais aprendí cosas, muchas, como ponerme mucho lubricante para evitar volver a sangrar; todavía recuerdo aquella maldita primera vez.

Me consuela pensar que, por lo menos, es sólo uno, el mismo de hace ya tantas noches que he perdido la cuenta, aunque tenga que repetir este odioso momento varias veces a la semana... La verdad es que no entiendo cómo las demás pueden seguir adelante; me siento tan vacía y tan rota que no estoy segura de poder con ello.

Sus movimientos se aceleran y me muerde en el hombro, una costumbre que tiene y que hace que mi cuello y mis hombros estén repletos de marcas de sus dientes. Cuando sale de mi interior, trato de no hacer ruido para irme de la estancia, pero su gruñido al terminar y salir me avisa y cubro mi cara. Me golpea varias veces con fuerza, frustrado porque no me hace disfrutar con *su amor* después de tanto tiempo.

—No he quedado satisfecho —suelta en ruso, ese idioma que he llegado a comprender, aunque me niego a hablar, y se marcha mientras se mete, con paso tambaleante, los faldones de su camisa dentro de los pantalones, dejándome sola sobre una cama sucia, golpeada, sangrando y triste por toda la mierda que me ha tocado tragar en esta vida.

De repente libero el fuerte suspiro que ocultaba, sin saberlo, en el pecho. No puedo continuar con esto. Son demasiadas noches, demasiados días lejos de los que amo. Las lágrimas acuden a humedecer mi rostro en cuanto la puerta se cierra y, con desesperación, busco a mi alrededor algo con lo que abrir las venas de mis muñecas en canal y acabar con toda la miseria que sigo pagando, pero, a continuación, pienso en que queda muy poco para que me libere, una mínima parte de una deuda que pago por otro... y tengo que ser fuerte, no puedo permitir que mi vida acabe por su culpa. Tiene que haber una manera de salir de aquí; tal vez si se lo pido a Vladimir, me deje, aunque queden algunas noches... ya han pasado varios años, ¿cuántos exactamente? No lo sé con certeza, hace mucho que perdí la cuenta. El mismo día en que perdí la esperanza.

Con paso tambaleante me dirijo a la ducha y me lavo; froto mi cuerpo con fuerza hasta que me levanto la piel en algunas zonas y la vuelvo de un tono rosado. Nunca podré deshacerme de las huellas imborrables que ha dejado en mi piel, en mi corazón y en mi alma.

Salgo y me envuelvo en la única toalla que tengo, triste, sin saber qué hacer, pensando en si merece la pena esta lucha que llevo a cabo, si quizá tendré de

verdad una recompensa. Veo mi cuaderno, lo único que me permiten tener, y me acerco a cogerlo con paso lánguido y cansado, igual a como me encuentro esta noche. Necesito sacar esto que me quema por dentro, esto que nunca le dije y de lo que ahora me arrepiento tanto que a veces noto que no puedo respirar. Me siento sobre el suelo y apoyo la espalda desnuda sobre la sucia y fría pared. Encima de mi cabeza, la única ventana de la que dispone la habitación, enrejada, permite entrar los primeros y tímidos rayos del sol que se despereza. Vivo en una cárcel de la que no puedo salir, encerrada entre cuatro paredes en las que las únicas visitas que tengo no son bienvenidas. Cabizbaja y con el rostro empapado en lágrimas, cojo la cera con la que puedo escribir (nada con punta ni afilado, por si acaso se me pasa por la cabeza quitarme de en medio antes de saldar mi deuda) y empiezo a escribir una carta que nunca será leída por el destinatario, pero que necesita ser escrita porque esas palabras queman en mi estómago, suben por mi garganta y desean abrasar la boca inflamada por los besos que he recibido a pesar de no desearlos.

Probablemente nunca leas esto. Tan sólo necesito expresar lo que siento por ti (o lo que sentía, pues ahora ya no estoy segura de poder volver a tener sentimientos como los de antes), lo que tal vez nunca tenga oportunidad de decirte.

Me gustaría poder abrazarte de nuevo, sentir tu calor, el aroma dulce de tu aliento mientras me susurras secretos al oído. ¡Me arrepiento de tantas cosas! De muchas, quizá demasiadas, pero hay una de la que me arrepiento más que de ninguna otra y es no haberte dicho nunca que te quiero. O que te quise.

Ahora, sumida en la fría e inmensa soledad que me envuelve, tu recuerdo es el fuego cálido que me ayuda a no perder la razón. El recuerdo de aquel beso furtivo que me robaste, ese beso inesperado que todavía me llena de aleteos de mariposas, que acelera mi corazón y deja mi respiración suspendida durante interminables segundos. Esa sensación la escondo en mi interior, el único lugar que no pueden hallar para arrebatármelo, ese mismo lugar donde mi antiguo yo se halla parapetado para no ser herido por él ni maltratado, como sí lo es mi cuerpo.

Atesoro ese momento mágico en el que me di cuenta de lo enamorada que estaba de ti. No fui consciente de cuándo había sucedido ni cómo, pero lo supe cuando sentí tus dulces labios acariciar los míos y mi mundo se tambaleó y cayó hacia ti.

Me gustaría también que supieras que, desde entonces, uso ese momento como un refugio. Supongo que nunca más volveré a verte ni a sentirte ni a poder hablar o reír contigo; pese a todo, me gustaría darte las gracias, porque ese pequeño recuerdo es lo que consigue mantenerme cuerda en este sitio en el que me hallo tan lejos de todos, tan lejos de ti.

Quizá algún día, o eso me gusta soñar, sea capaz de escapar de aquí, de reunirme contigo, y tú me seguirás esperando, porque no habrás dejado de buscarme y no habrás dejado que ninguna otra ocupe tu corazón. Yo te guardo el mío, junto con mis recuerdos. Ahora he de dejarte, mi tiempo ha acabado, así que me despido con un beso eterno que nunca cesa y un grito de auxilio silencioso.

Tuya siempre, Soledad.

Desde el infierno, con amor.

Las lágrimas, después de escribir esas palabras, no me dejan ver con claridad. Me siento tan mal, tan sola como mi propio nombre indica, ese del que apenas me acuerdo. ¡Tengo tanto por lo que llorar! Los recuerdos inundan mi mente como por arte de magia; esta carta ha abierto la caja de Pandora que con tanto recelo he ocultado y, ahora, de repente, todos ellos aparecen con fuerza, destrozándome.

Alguien llama a la puerta. No tengo que preguntar, sé que es Anais. Todavía sigue aquí, conmigo. Creo que somos las únicas supervivientes, las demás no han podido aguantar mucho tiempo esta mierda de vida en la que estamos atrapadas.

—¿Sí?

—Soy Anais. ¿Puedo pasar, *babushka*?

—Sí, claro.

Ella abre la puerta y me mira; sigo sentada en el suelo, con el cuaderno en mis manos y mis ojos hinchados en extremo, a causa de las lágrimas que todavía derramo.

—¿Qué pasa? ¿Te ha tratado mal?

—Siempre —contesto con la voz entrecortada.

—Ya queda poco.

—¿De verdad, Anais? Cada día que pasa hace que piense que nunca me va a soltar, he perdido la cuenta de los días que restan... Sólo quiero irme, pero aquí sigo y no sé si tendré fuerzas para esto.

—Debes tenerlas, tiene que liberarte pronto. Estoy segura.

—¿Aún le crees? Yo pienso que todo es mentira, que nunca va a dejarme salir de aquí y todo por culpa de ese malnacido.

—¿El que te entregó?

—El mismo.

—Nunca me has contado nada, *babushka*, de tu historia.

—¿Quieres conocer mi triste historia...?

Mis pensamientos vuelan a tiempos mejores, aquellos en los que, sin saberlo, estaba cavando mi propia tumba, por amor. ¿No se supone que es el sentimiento más poderoso que existe? ¿El que logra que todo sea posible? Entonces, ¿por qué demonios sigo aquí?

El recuerdo de aquel primer día, cuando me di cuenta, al parpadear, de que llegaba tarde... La voz de mi madre todavía resuena en mis oídos, clara, como si nunca me hubiesen arrancado de mi hogar. Cierro los ojos con fuerza, recordar a mi madre me escuece en el pecho, como si me volcasen agua hirviendo por encima... ¡La extraño tanto!

No sé si seré capaz de explicarle a Anais lo que pasó, en realidad nunca he sido propensa a contar cosas personales, de hablar sobre mis sueños o mis miedos con nadie; no es mi estilo, prefiero guardarme los detalles de la vida que una vez tuve para mí misma. Es lo único que el cabrón de Vladimir no puede arrebatarme.

—Lo siento, *babushka*, no quería ponerte triste —murmura mi amiga al verme seria.

—No pasa nada, es que todavía me entristece pensar en todo lo que quedó atrás.

—Lo entiendo...

—Conocí a Fran por casualidad —digo de repente.

—Ése es el nombre del «malnacido» —repite la palabra que yo he soltado antes en un casi perfecto español.

—Sí; había quedado con mis amigas, y él estaba ahí.

—¿Qué hacéis aquí? —nos interrumpe la voz de nuestro dueño.

—Lo siento, Vladimir —se excusa Anais—; no se ha portado bien con ella.

Vladimir se acerca hasta a mí. Es como siempre supuse que serían todos los rusos: alto, fuerte, guapo, de ojos claros y pelo dorado, pero para mí es el mismísimo diablo. Con sus dedos examina mi rostro y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no alejarme ante el contacto. Siempre comprueba

que la cara de sus chicas esté bien para que no vaya a estropeársele el negocio; nosotras no le importamos, somos sólo mercancía y, mientras tenga buen aspecto, no hay problema.

—Nada grave —murmura al comprobar que mi rostro sigue intacto; claro, no se va a preocupar por mi alma.

—Vladimir, ¿puedo hablar contigo? —pregunto.

—¿Qué sucede?

—¿Cuándo voy a terminar de pagar mi deuda? —planteo haciendo acopio del poco valor que tengo.

—Sigue trabajando, *babushka*, y, cuando esté saldada, te dejaré marchar —contesta mientras se va y me deja con la incógnita.

Anais sale detrás de él. Como siempre, me sorprende lo fuerte y decidida que se muestra cuando está sola y el perro faldero en el que se convierte cuando Vlad está a su lado. Siempre me ha dado la impresión de que, de una forma retorcida que no llego a comprender, está enamorada de él.

—*Babushka*, ha llegado una chica nueva, te la dejo a ti. Ya sabes qué hacer —dice mi amiga justo antes de cerrar la puerta.

—Sí, ya sé qué hacer... —musito triste.

Me dirijo al zulo donde dejan a las jóvenes recién llegadas; cada paso que doy en dirección a la sombría estancia me hiere. Me parece que hace una eternidad desde que yo misma me desperté atemorizada en esa sala. Por una deuda. Había llegado allí para pagar lo que debía otro, esperando que el cliente quedase satisfecho por mis servicios y todo quedase liquidado.

Cabeceo en un acto inútil de alejar las lágrimas que de nuevo emborronan mi visión; hoy no es mi día, no dejo de recordar cosas de mi pasado. Algo está cambiando en mí, quizá me estoy rindiendo... Tal vez, la cáscara vacía en la que me he convertido, se esté resquebrajando... O quizá lo que me sucede es que voy a tener que revivir el pasado de nuevo, a través de la mirada asustada de la chica que ahora paga, con toda probabilidad, la deuda de algún gilipollas por el que no merece la pena soltar ni una puta lágrima, pero que por su culpa y su ceguera está aquí, penando, como yo.

Puedo imaginar la situación, la misma que viví yo, o parecida, pero con igual resultado; ha dado con sus tiernos huesos en este infierno helado.

Abro la puerta de la sucia y oscura estancia y siento que el mundo se me viene encima y no puedo con el peso... es como verme de nuevo, desde fuera. Ahora tengo que actuar con esa joven igual que Anais hizo conmigo cuando

desperté aturdida y asustada en ese asqueroso agujero.

CAPÍTULO 3

Cobos aparcó sin miramientos y salió del coche enfurecido. Sacó al joven que llevaba en la parte de atrás esposado y lo lanzó contra el terroso y duro suelo. Estaba colérico; más que eso, estaba hasta los cojones de encontrar adolescentes muertos por culpa de la mierda que vendía esa gente para la que en ese momento trabajaba. Estaba seguro de que eran ellos, igual que lo estaba de que se habían llevado a Soledad.

Hacía ya seis años desde su desaparición... ¡Seis malditos años! Todos habían perdido la esperanza de encontrarla, de recuperarla con vida, pero él no. No podía permitírselo.

—A ver, dime ahora mismo quién coño te da esta mierda para que la distribuyas. ¿Para quién la vendes? —preguntó con rabia mientras agitaba frente a los ojos del delincuente la bolsa en la que escondía la droga.

—No lo sé —se quejó éste, arrodillado frente a él.

—Respóndeme o lo vas a pagar muy caro.

—No tengo ni puta idea... —gimió de nuevo.

Cobos no se lo pensó, poco quedaba en él de aquel joven inocente y con fe en el ser humano y en el mundo; ahora era otro, diferente, curtido por el sufrimiento. Le dio una patada en la cara al camello sin escrúpulos que tenía frente a sí, dejándolo tendido en el pavimento.

—¿Es para Olenka? No voy a repetírtelo una sola vez más. ¿Es Olenka?

—Sí, es Olenka... Es Olenka... pero no sé nada más. ¡Te lo juro! —gritó cubriéndose el rostro con sus manos esposadas.

—Está bien, ven, voy a soltarte —dijo mientras le sacaba del bolsillo el fajo de billetes que había obtenido por la venta de esa porquería que mataba a jóvenes y después le quitó las esposas—. Ten —le escupió mientras le lanzaba un billete de cincuenta euros a la cara—. Ahora, desaparece; largo de mi ciudad. Si vuelvo a verte, te mataré con mis propias manos, así que sé listo, aprovecha la oportunidad que te doy y lárgate.

—¿Y a dónde voy a ir con cincuenta euros de mierda?

—Más lejos de lo que van a llegar los tres chavales que encontré muertos por culpa de la basura esa que vendes. Y, recuerda, si vuelvo a verte, te mato.

Con esas palabras, se metió en el coche para largarse a toda velocidad, con la misma brusquedad con la que había llegado, hasta que detuvo el vehículo en seco y golpeó con fuerza el volante. Sus manos temblaban como siempre que los recuerdos lo avasallaban sin darle tregua.

El muy cerdo la había usado, a una chica inocente y dulce, como moneda de cambio, un pago para solventar las deudas de drogas que había contraído, y ¿para qué? Para terminar de nuevo endeudado con ellos y acabar muriendo entre sus brazos, desangrándose por la herida que tenía en el abdomen.

«Me lo merezco.» Ésas fueron sus últimas palabras mientras esperaban a que apareciera la ambulancia, que no llegó a tiempo; por más que Jose presionó la herida con una de sus manos, no pudo evitar el fatal desenlace.

Desde ese instante, se juró dar con ella, traerla de vuelta del infierno al que la habían desterrado, pero no fue capaz de hallar una pista fiable hasta que dio con una banda rusa que se dedicaba, entre otras cosas, a la trata de blancas.

Había podido averiguar que uno de los cargos poderosos era Olenka, una mujer tan hermosa como malvada, carente de escrúpulos y de corazón. Traían a chicas rusas y se llevaban a cambio otras, un intercambio en el que los únicos que ganaban eran ellos.

Además de la trata, también abarcaban la venta de drogas; sus víctimas eran adolescentes que atrapaban a otros adolescentes y, cuando ya no podían salir del agujero al que los empujaban, les ofrecían la oportunidad de pagar sus deudas con la vida de otra persona, casi siempre jóvenes hermosas a las que pudiesen atrapar sin que se defendieran. Las drogaban y las retenían contra su voluntad. Todavía no había sido capaz de averiguar cómo las trasladaban, pues, cuando le había tocado vigilar un «paquete», que en realidad eran jóvenes, siempre avisaba a Acero y la Guardia Civil interceptaba el envío antes de que fuese demasiado tarde, pero tenía la certeza de que las ocultaban en las bodegas de los mismos barcos que traían y llevaban sus drogas y los artículos de lujo que sacaban fuera del país.

Manejaban varios asuntos y todos ellos llevados a niveles internacionales, por lo que era difícil seguirles la pista a todos; además, estaban respaldados por poder y dinero. Había escuchado, a lo largo de los años, que había compañeros del cuerpo en el ajo y que hacían desaparecer de forma eficiente y misteriosa cualquier prueba, por pequeña que fuera, que los inculpara.

Los odiaba. Porque le habían arrebatado lo que más amaba. A ella. A Soledad. Su Soledad.

Apenas dormía, tan sólo pensaba en todo lo que debía de estar sufriendo. Se preguntaba, aunque internamente no quería reconocerlo, si estaba viva, y temía que fuese demasiado tarde cuando diera con ella, si es que lo lograba... porque quizá no quedaría ya nada de la joven que fue, igual que le había pasado a él. Recordaba a esa niña maravillosa que iluminaba con su sonrisa tímida cualquier sitio en el que se hallase. Se maldecía a sí mismo por no haber sido lo suficientemente hombre como para alejarla de Fran, por no protegerla... no se podría perdonar nunca. Y, aunque en su corazón guardaba la esperanza de liberarla, no dejaba de preguntarse en qué condiciones estaría, en cómo podría un espíritu hermoso sobrevivir a las vejaciones, maltratos, violaciones... Tal vez ni siquiera la reconocería, aunque, todavía después de tantos años, llevaba en su cartera una vieja foto que se hicieron juntos una noche de verano; a la imagen le faltaba un trozo: el lado donde Fran aparecía agarrándola posesivamente. Él tuvo la suerte de tenerla, de que lo amara y, sin embargo, la vendió sin contemplaciones... como si su vida no valiese nada... y, a pesar de estar muerto, seguía odiándolo. Con toda su alma.

Cuando logró tranquilizarse, miró la hora, ya casi tenía que incorporarse a su «trabajo». Después de la muerte de su amigo, se juró que la rescataría, y en ese momento estaba metido de lleno en el asunto. Por fin habían dado con la banda que con toda seguridad estaba detrás del rapto de Soledad. Ahora era un esbirro de Andrey Kolvzov, y estaba convencido de que esa sociedad mafiosa tenía más sedes repartidas por el territorio español y que su manera de actuar era similar. Trabajaba en contacto con otro equipo; éste iba tras la misma banda en Almería. Sospecharon que podían tratarse de la misma organización criminal cuando empezaron a hallar similitudes entre ambas.

Cuando pasó a formar parte del equipo de escoltas de Andrey, empezó a averiguar cada vez más datos sobre cómo actuaba la banda y el alcance de ésta. Cada día estaba más seguro de que ellos eran los responsables de la desaparición de Soledad, sólo necesitaba encontrar algún registro en el que apareciera alguna referencia acerca de su paradero.

El teléfono sonó y lo trajo de nuevo a la realidad, sacándolo de sus cavilaciones. Su jefe, el capitán Acero. Si lo llamaba él en persona era porque debía de tratarse de algo urgente. Descolgó sin más dilación y se preparó para

cualquier cosa; desde que estaba infiltrado en la banda de Andrey había contemplado tantas aberraciones que temía que ya nada lo afectara. Nunca más.

—¿Acero?

—Cobos, ha aparecido otro cuerpo.

—¡Joder! ¿Otro adolescente?

—No, se trata de nuevo de una prostituta, en un callejón cerca del puerto, otra vez. Te mando la ubicación.

—Está bien, tardo diez minutos. Estoy cerca —dijo antes de colgar al comprobar la dirección que su jefe le había facilitado.

Cobos arrancó a toda velocidad y condujo como un loco por las calles casi desiertas a esa hora de la madrugada; el sol todavía no se atrevía a brillar con la fuerza necesaria para apagar el brillo de la luna. Tenía que darse prisa para poder regresar junto a Andrey, pero, primero, quería ver qué era lo que habían encontrado.

Al llegar, su jefe lo esperaba; tenía esa mirada profunda y oscura que hacía temblar a cualquiera. Desde el primer día había sentido un gran respeto por él; era bueno en su trabajo y, además, cuidaba de los suyos por encima de su propia vida. Todavía no entendía cómo no había confiado en él desde el principio.

—¿Qué cojones es esto?

—Eso me pregunto yo.

—No sé quién coño anda detrás de estas muertes, me siento tan impotente...

La prostituta, igual que la anterior, estaba boca abajo, con una de sus manos atada a uno de sus pies. La ropa, destrozada, era sin duda la que usaría una ramera, y le faltaba uno de los zapatos. El forense le dio la vuelta y Jose se quedó paralizado. La joven lo miraba con los ojos claros sin vida, su pelo oscuro, la piel pálida... Creyó que iba a caer de rodillas, pues sentía que sus piernas eran incapaces de sostenerlo. Cada vez que encontraban a alguna de esas chicas, no podía evitar pensar en ella, y ésta le recordó tanto a Soledad que un nudo le apretó el pecho con fuerza. Sintió que se quedaba sin tiempo, que quizá llegaría demasiado tarde, que tal vez, en algún sucio callejón de cualquier lugar, estaba su Soledad con la misma mirada vacía.

¿Qué habría visto la joven para acabar así? ¿O la habían eliminado porque ya no les resultaba rentable...? El cabrón que ejecutaba así a las prostitutas merecía la muerte; no un juicio, sino arder en el infierno del que nunca tuvo que salir.

—¿Qué coño...?

—No lo sé, Cobos, pero cada vez podemos estar más seguros de que las eliminan por algo concreto; no parece que siga un patrón, al menos físico. Ha aparecido otra más.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Aquí?

—No, en Almería, aunque no es exactamente el mismo modus operandi.

—¿Entonces se confirma que son parte de la misma organización criminal?

—Sí, creemos que son parte de la misma banda, con sede en diferentes provincias: hay demasiadas similitudes, igual forma de actuar. Nos mantenemos en contacto con la división de Blanco; nos estamos facilitando cualquier información que pueda sernos útil. Será una operación conjunta.

—Vale. Tengo que irme.

—Cobos, ¿estás bien?

—No, Acero, no lo estoy. No dejo de pensar... —Se detuvo, pues no era capaz de poner en palabras lo que sentía.

—No lo pienses. De tu entereza depende que salgas de donde te has metido con vida y no acabes como estas tristes putas.

—Son tan jóvenes que no puedo evitar ver las similitudes.

—Han pasado ya demasiados años, deberías barajar la posibilidad de... — Cobos sabía lo que iba a decir su capitán, no era la primera vez que se lo mencionaba, y él siempre actuaba de la misma manera: no quería ni podía oírlo decir en voz alta.

—No lo digas —lo interrumpió —; está viva, estoy seguro. Nadie lo cree, pero yo no tiro la toalla. Si le hubiera pasado algo... lo sabría. Estoy convencido de eso —afirmó.

—Cuídate ahí dentro.

—Lo hago.

—Cobos...

—¿Sí?

—Mantenme informado. No quiero que esto se nos vaya todavía más de las manos.

Sin mediar palabra, asintió y se marchó con paso acelerado, tratando de aplacar el odio que le quemaba por dentro.

CAPÍTULO 4

Abrir la puerta de la habitación, si es que puedo llamarla así, me trae recuerdos duros y tan intensos como el olor que respiro. Sé enseguida de qué joven se trata; la única que llora y tiene la mirada desquiciada, al borde de la misma locura a la que yo misma me enfrenté tiempo atrás.

Me parece oír la voz de Anais calmándome y haciéndome callar.

* * *

Estaba hacinada en esa pequeña habitación con bastantes más chicas como yo. No entendía a ninguna. Todas hablaban idiomas que se me hacían extraños, desconocidos. No eran ni inglés ni francés ni portugués. Sonaba tan duro... ¿Tal vez alemán?, ¿ruso? No tenía ni idea, lo único que sabía era que algo malo me había sucedido, pero... ¿qué?

¿Dónde estaba? Me habían raptado... ¡Me habían cogido!

El miedo se apoderó de mí al ser consciente de lo que había sucedido. Comencé a temblar; no era capaz de llorar, sólo de tiritar. Estaba aterrada. Me habían capturado como a todas las otras muchachas que compartían sala conmigo. Todas jóvenes, todas extranjeras. ¿Para qué? ¿Prostitución? ¿Venta de órganos?

Me levanté, me dirigí hacia la única puerta que vi y empecé a golpear con fuerza pidiendo auxilio. Chillé, pataleé y aporreé la madera con desesperación. ¿Dónde estaba? ¿Quiénes me habían secuestrado? ¿Cuántos días habían pasado?

¿Por qué demonios no esperé el puto autobús? Oh, Dios mío... Mi madre, mi padre, Jose...

Los gritos dieron paso a un llanto histérico al darme cuenta de la realidad. Traté de comunicarme con las otras, preguntándoles dónde estábamos, quiénes eran, para qué nos querían... pero ninguna dijo nada. Parecía que la única que estaba asustada era yo. ¿Por qué todas parecían estar tranquilas?

—Siéntate —ordenó una de ellas con un marcado acento ruso—. Si sigues así... vas a conseguir que nos den una paliza a todas o que maten a alguna.

Asentí mientras sorbía por la nariz y abrazaba mis rodillas para tratar de calmar los temblores.

Me senté a su lado; después de todo, era la única, que yo supiese, que hablaba mi idioma.

—Mi nombre es Anais —se presentó, marcando la erre en un español aceptable.

—Soledad —murmuré entre hipidos—. ¿Dónde estamos?

—En un burdel, en Rusia; te han traído para prostituirte.

—¿Por qué?

—Bueno, ésa es la pregunta que nos hacemos todas o casi todas. Supongo que, si les preguntases a ellos, te dirían que para ganar dinero a tu costa o para divertirse.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Imagino que por las mismas razones que las demás; a algunas las engañaron diciéndoles que iban a trabajar en el extranjero sirviendo a alguna familia; otras fueron raptadas; otras, entregadas en pago para que, con sus cuerpos, saldasen las deudas de otros...

—¿Entregadas como pago...?

—Sí; a veces, las mafias cobran deudas en especias. ¿Por qué? ¿Conoces a alguien metido en asuntos de drogas, *babushka*?

—Sí, conozco a alguien: mi exnovio.

—Bien, pues él se libró de la deuda y te ha dado a ti como pago.

—Eso... eso no puede ser... No... no habrá sido capaz...

—Bueno, *babushka*, si no ha sido él, habrá sido alguien de su entorno.

—¿Y... ahora? ¿Qué va a ser de mí?

—Ahora —rio—, ahora nos toca obedecer al amo y abrirnos de piernas.

—¡No!, no puedo...

—¿No puedes? Todas podemos, para eso las tenemos.

Miré a la joven sucia que me hablaba; su tranquilidad me sorprendía, pero no tenía claro cuánto tiempo llevaba recluida, quizá toda su vida... A su alrededor todas mostraban la misma expresión perdida, sin esperanza, como si se hubiesen rendido hacía mucho y tan sólo aceptarían un destino que no estaba en sus planes.

—No, no lo entiendes, yo... nunca...

—¿Crees que yo sí? Me arrebató la pureza la polla arrugada de un viejo desdentado. Para nuestros amos, las vírgenes son valiosas. Hay hombres que

pagan mucho dinero por tener el honor de hacerse con una.

La escuchaba horrorizada y no podía evitar que las lágrimas tomaran el control; no podía detenerlas, al igual que mis pensamientos, que me gritaban en qué mierda de mundo me había metido por mi estúpida ceguera con Fran...

—Lo siento —murmuré.

—Yo también, *babushka*.

Tardé unos minutos en recuperar la compostura, tenía la cabeza hecha un lío; pasaba del terror a la desesperación y de ésta, a la impotencia, en segundos. Cuando creí que podía hablar sin hipar, continué con las preguntas.

—¿De dónde eres?

—Soy rusa, de un pequeño pueblo muy al norte.

—Hablas español bastante bien.

—Sí; es triste, ¿verdad? Tengo un cliente fijo que nació en España y me enseña. Tengo que aprovechar para hacer algo más que esto, espero que algún día me devuelvan la libertad.

—Quiero morirme, esto no puede estar pasándome a mí...

—Eso decimos todas, pero, míranos, aquí seguimos, día tras día.

—Y, ahora, ¿qué?

—Ahora llegarán los ayudantes del amo, te ducharán y te prepararán para subastarte.

—¿Subastarme?

—Sí, te subastarán y ganará el mejor postor. El que más dinero esté dispuesto a pagar por ti, se quedará contigo. Eres muy exótica... El amo va a hacer un buen negocio contigo.

—¿Exótica? No valgo nada...

—Tienes el pelo oscuro como la noche y los ojos verdes como los prados; no estás mal y eres extranjera y... además... virgen. Sí, estoy segura de que el amo Vladimir ganará mucha pasta contigo. Quizá, si te portas bien y le das bastante dinero, te dejará libre pronto.

—Voy a escapar.

—No —rio—, no se puede, *babushka*. Sólo saldrás cuando saldes la deuda. Con suerte, en un par de años.

—Dos años... —musité llorando de nuevo. Quería morirme... No, ya estaba muerta.

Me di cuenta de la verdad aplastante que trataba de negar: por más que me buscaran, jamás me encontrarían. ¡Estaba en un prostíbulo ruso! Tan lejos de mi

hogar... Nadie iría a por mí hasta allí, nadie... Nunca se les ocurriría. Pensé en el dolor de mis padres, de mis amigos... en la soledad, la misma soledad que anunciaba mi nombre... ¡Qué bien me quedaba éste en un momento así, en el que me sentía la viva imagen de la misma!

* * *

—¿Quién eres? —pregunta la joven sacándome de ese maldito recuerdo.

—Soledad.

—¿Dónde estoy?

—En el infierno —contesto sin pensar.

El llanto de la muchacha se eleva y sus temblores me obligan a estrecharla entre mis brazos con fuerza. Sé con exactitud todo lo que pasa por su mente y por eso la abrazo como hacía mucho tiempo que no abrazaba a nadie.

Después de un par de horas, logro que la chica deje de llorar. Es española, como yo, y está tan asustada como lo estuve en su situación. La llevo a una de las habitaciones y la meto en la bañera; voy a prepararla para la subasta.

El agua caliente entre mis manos, el dolor en la mirada perdida de ella, el saber lo que vendrá a continuación... es demasiado y temo romperme. ¿Cuánto hace ya? ¿Cinco años? ¿Seis? Soy incapaz de recordarlo con exactitud; lo que no puedo olvidar son los detalles.

Me acuerdo con claridad de las palabras que Anais me dijo, una por una, y de lo que vino después, cuando me vistieron con esas lentejuelas color jade; la incertidumbre que siguió, mientras mi futuro era decidido por unos hombres que me miraban de forma extraña... La sonrisa de Vladimir al cerrar el trato. Me habían «alquilado» por varios años a un solo hombre. Sólo uno, mi protector... quien a partir de ese momento sería mi dueño y dispondría de mi tiempo y de mi vida como quisiera.

—Voy a darte un consejo... —me interrumpo al advertir que no sé su nombre.

—Me llamo Adela.

—Voy a contarte qué va a suceder, ¿vale?

La chica asiente con la cabeza, con la mirada vidriosa.

—Van a subastarte. Ahora unos hombres pujaran por tu virginidad; si tienes suerte, estarás sólo con uno.

—¿Sólo uno?

—Sí, aunque a veces no es así... En algunas ocasiones quieren quedarse contigo, pero algo sale mal y, entonces, deciden no pagar tu deuda de golpe y te toca pagarla a ti con distintos clientes...

—¿Es lo que te ha sucedido a ti?

—Bueno... Alexey me compró. Es mi protector.

—¿Es malo?

—No lo era, pero quiere más, algo que no puedo darle.

—¿Quiere amor?

—Sí, pero no puedo enamorarme de esa bestia... y además...

—¿Tu corazón pertenece a otro hombre?

—Sí, pero no supe verlo a tiempo, me eclipsó otro —contesto dejando que la imagen, ya difusa, de Jose inunde mi mente mientras froto el cuerpo algo menos tembloroso de la chica.

—¿Otro?

—Sí, el que me vendió.

—¿Te vendió?

—Así es. Estoy convencida de que me usó como moneda de cambio para saldar su deuda.

—¡Eso es horrible!

—¿Sabes por qué te han elegido?

—No... no tengo ni idea. Estoy tan asustada...

—Puedo hacerme una idea.

—¿Qué me va a suceder ahora?

—Ahora te vestiré y te llevarán a una sala en la que varios hombres decidirán qué precio mereces y por cuánto tiempo están dispuestos a pagar por ti a Vladimir. Serás una mera espectadora, sin poder de decisión, mientras ellos deciden tu futuro... aunque tu futuro se ha acabado para ti: todos tus días se van a convertir en una sucesión de instantes que querrás que pasen rápido y que tu mente no recuerde, pero resulta imposible. No vas a poder olvidar nada, los momentos que vas a vivir a partir de ahora se van a apropiarse de los antiguos, los corroerán hasta enterrarlos muy hondo.

—Eso es tan triste... —balbucea y llora de nuevo.

—Lo es, pero no quiero mentirte.

—Cuéntame algo. Por favor...

—¿Algo?

—Sí, cualquier cosa que me distraiga —me ruega.

Pienso un segundo; la chica necesita centrarse en otra cosa que no sea lo que se le viene encima. Suspiro y empiezo a recordar, algo que no me he permitido el lujo de hacer hasta este preciso momento, pero la veo tan necesitada como lo estaba yo el día que llegué, y no puedo evitar querer ayudarla.

—Era verano, agosto —comienzo a explicar—. Un agosto caluroso, de esos en los que la humedad del mar se pega a tu cuerpo y le da ese olor a sal aunque no lo quieras. Estábamos de feria.

—¿De dónde eres?

—De Málaga.

—Yo, de Barcelona.

—Bien... como te contaba —continúo, perdiéndome de nuevo en los recuerdos—, íbamos a la feria, mis amigas y yo. Todas estábamos contentas porque era la primera vez que nos dejaban salir solas y regresar tarde. Entonces, un chico tropezó conmigo, golpeó mi hombro con fuerza y me caí al suelo. Enseguida me ofreció su mano y una disculpa, y me encontré con el corazón desbocado, mirando unos ojos oscuros y penetrantes que me observaban con sorpresa. Era un Ferrero, así llamábamos mis amigas y yo a los tíos buenos. ¿Se sigue diciendo eso?

—Ahora decimos que está cañón.

—Ah... Lo miraba embobada cuando él habló. «¿Estás bien, sol?», me dijo.

—¿Lo conocías?

—No. Al principio pensé que sí, pero me di cuenta de que era su forma de llamar a todas las chicas. Entonces lo increpé un poco enfadada, le dije que me había hecho daño. «Lo siento, de verdad, voy con mucha prisa. Me persiguen», añadió acercándose tanto a mí que pude saborear su aliento en mi rostro, a tabaco y chicle de menta.

—¿Y qué paso?

—Antes de que pudiese decir nada, se marchó. Mi amiga, Vanesa, se acercó a ver cómo estaba y dio la casualidad de que lo conocía, pues se había liado con él hacía un par de fines de semana, y me advirtió. Me avisó diciéndome que no era trigo limpio y que no debía acercarme a él. Yo no le di más importancia y me marché a bailar y a disfrutar con mis amigas lo que quedaba de noche. —Me di cuenta de que la joven estaba perdida en sus pensamientos—. ¿Estás bien?

—Sí, pero no sé por qué estoy aquí.

—Yo tampoco, pequeña. ¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—Lo siento tanto...

—Yo también... —suspira llorosa.

La ayudo a salir de la bañera y coloco una toalla alrededor de su tembloroso cuerpo. Antes de darnos cuenta, estamos abrazadas llorando de nuevo; ella, por todo lo que le quedaba por sufrir, y yo, por todo lo que ya he sufrido.

CAPÍTULO 5

Cobos llegó a la mansión de Andrey. Después de tanto tiempo, tendría que estar acostumbrado a la majestuosidad que desprendía cada rincón, pero no podía evitar preguntarse cuánto dinero ganaba el cabrón gracias a jóvenes como Soledad o como las prostitutas que aparecían degolladas, o gracias a los adolescentes a los que engañaba, enganchaba, y que después aparecían muertos y por los que, más tarde, Acero tenía que acudir a casa de sus padres y darles la mala noticia entre llantos y gritos desgarradores.

Bajó directamente al sótano, en el que, además de la oficina, se escondían habitaciones de castigo, celdas privadas y salas de reuniones, todas equipadas con todo lujo de detalles. Andrey no escatimaba en invertir en todo aquello que facilitara la tortura de sus víctimas.

Cada vez que bajaba, debía apretar los dientes y los puños; lo odiaba de una manera feroz, aunque lo disimulara.

Allí, esperando, estaban los dos hombres que, junto a él, formaban el equipo de protección personal de Andrey, Dmitry y Nicolay. Nunca le había gustado ninguno de ellos; en realidad, no le gustaba ninguna de las personas que tenían relación con Andrey, eran todos escoria.

Cobos no había dejado de pensar en todo el tiempo en sus dos compañeros; su instinto le decía que uno de ellos era, sin duda, el causante de las muertes de esas jóvenes prostitutas, pero ¿cuál? Si tuviera que elegir entre ambos, apostaría por Nicolay, pues le parecía el más oscuro y siniestro.

Era silencioso, voraz, y disfrutaba del dolor ajeno. Su mirada azul era tan fría como su semblante, y su altura, de casi dos metros, y su volumen asustaban. Lo primero que le llamó la atención de él fueron sus tatuajes: llevaba trece calaveras en la mano derecha y un alambre de espinos que le recordaba, de forma vaga, la corona de Jesucristo. El recuerdo de los tatuajes en la mano del agresor de su amigo era impreciso y, además, todos los esbirros de Andrey estaban tatuados; por tanto, no era una pista de la que pudiera fiarse. Aun así, no podía dejar de preguntarse si cada calavera no representaba una víctima. De

todas formas, todavía no tenía suficientes pruebas como para empapelarlos. Con lo que tenía hasta ese momento no le bastaba para apartarlos para siempre de las calles. Con todo, sabía que su tiempo se agotaba, el reloj seguía su cuenta atrás, y temía, aunque no lo reconociera, que, cuando la localizase, ya sería demasiado tarde.

Andrey los hizo pasar y todos ocuparon su lugar: Dmitry y Nicolay a derecha e izquierda, respectivamente, y él, detrás. Andrey estaba sentado en su gran sillón, de cuero negro y madera, mientras miraba la puerta con atención. Al parecer, tenían visita.

Uno de los sirvientes de la casa llamó con los nudillos y entró, tras recibir el permiso de Andrey, con Olenka, que llegaba seguida de su tropa. Desconfiaba de esa mujer; era fría, calculadora y carente de sentimientos... y bien podría ser ella misma la que hubiese acabado con la vida de esas mujeres. Nunca le había gustado, jamás. Desde el principio el recelo entre ambos fue evidente; la enemistad se acrecentaba y Cobos no podía evitar sentir que, el día que la pusiera entre rejas, iba a disfrutarlo más de la cuenta.

Olenka tenía el cabello dorado y los ojos azul zafiro; era alta, esbelta y aún conservaba la belleza salvaje de su juventud, pero ésta estaba empañada por la edad y por sus actos, transformándola en una máscara fría e imponente.

—Buenas noches —saludó marcando las eses—, Andrey, Nicolay, Dmitry y... ¿Cobos? Nunca recuerdo bien tu nombre, *español*.

—Olenka —dijo con tono serio Andrey tras hacer un gesto de la mano que Cobos entendió.

Andrey comenzó a hablar en su lengua natal; después de un tiempo junto a ellos, algunas palabras le eran familiares, pero no comprendía de qué hablaban, aunque su tono era duro y raído; estaba enfadado y Olenka le contestaba de la misma manera, como si le gritara. Entre el intercambio de palabras, del que Cobos creyó entender que trataba de la forma de llevar otro cargamento a Rusia, aunque no sabía de qué, le pareció captar la palabra «traidor».

—Estoy cansada, Andrey; no hemos podido sacar ni un solo cargamento, han sido todos descubiertos de forma inesperada, me parece muy sospechoso. Vladimir está enfadado, se está quedando sin existencias y yo... nosotros —reculó—, sin dinero.

«“Existencias”, así las llama, eso son para esa perra rusa», pensó Cobos, que se alegraba de que Olenka no pudiese leer sus pensamientos; en caso contrario, no hubiese salido de allí con vida.

—Hemos tenido una racha de mala suerte, Olenka, eso es todo.

—¿Una racha de mala suerte que dura meses? —preguntó irónica—. Creo que hay un traidor entre nosotros y, cuando lo encuentre, lo desangraré como la alimaña que es —amenazó.

«¿Igual que a las jóvenes prostitutas? ¡Jódete!, perra, que quien te jode todos los envíos soy yo.»

—Mi apreciada Olenka, es demasiado pronto para decir que hay un traidor entre nosotros.

—Lo hay, lo sé.

Cobos se tensó, ¿acaso lo habían descubierto? Acercó las manos a los bolsillos del pantalón y las puso sobre sus armas, la que siempre llevaba cuando estaba fuera de servicio y la que el propio Andrey le había entregado para su seguridad.

Sopesó la situación; sabía que, de ser así, no saldría vivo de allí, y eso lo apenó, pues pensó en que, de nuevo, iba a fallarle a Soledad, pero, al menos, acabaría con la perra de Olenka y con Andrey, si tenía suerte, antes de que le dispararan a él.

Cuando parecía que la tensión, de tan espesa, iba a estallar sola, entraron dos hombres con una chica colgando de sus musculosos brazos, por una puerta trasera que tenía la oficina hacia la calle, por si alguna vez había que desalojar a Andrey.

«¿Quién es? ¿Se referirán a ella con lo de traidor? ¿Será otra prostituta que va a terminar como las demás jóvenes?»

Esperó expectante, tenso; no sabía qué iba a suceder en esa habitación, pero no le gustaba ninguna de las posibles alternativas que barajaba. Todas acababan con la chica muriendo frente a sus ojos, y él tendría que aguantar impotente sin hacer nada, sin decir ni mu.

—¿Quién es?

—Es la perra que se está yendo de la lengua, ¿verdad? ¡Verdad! —gritó Olenka para que ésta le hiciese caso.

—La muchacha está medio muerta, ¿no lo ves? —dijo de repente Cobos.

—Lo sé, he sido yo quien la ha dejado en ese estado, para que la vieseis, para que disfrutarais de ella. ¿No te apetece follártela, *español*? ¿No? —volvió a preguntar mientras se acercaba a él con su andar felino—. Veo que no sabes apreciar un regalo; Nicolay, sin embargo, se relame, ¿no es cierto? Así es como le gustan. Quédatela, es toda tuya.

Nicolay sonrió y se llevó una mano a la polla; se había empalmado sólo con el pensamiento. La colocó sobre sus hombros y salió de la estancia después de recibir la bendición de Andrey. Cobos no podía dejar de apretar la mandíbula; sabía que luego iban a dolerle las mejillas, pero tenía que hacer un acto sobrehumano para contener lo que en realidad deseaba hacer.

—Olenka, ¿algo más?

—Nada, de momento, *golova*. ¡Ah!, sí, otra cosa: no me gustan los españoles —lo provocó riendo mientras se dirigía a Cobos.

—Ni a mí las perras rusas —escupió éste sin poder contenerse.

—Bueno, al menos, sabemos que la animadversión es mutua.

Una vez que se hubieron ido, la atmósfera se relajó y Andrey frunció el ceño.

—Dmitry, sal, necesito hablar a solas con Cobos.

—Sí, *golova*.

—¿Qué sucede, *golova*? —preguntó Cobos, utilizando el mismo término en ruso que sus compañeros, que significaba «jefe», sin saber qué vendría a continuación.

—Si hay un traidor entre nosotros, quiero que lo encuentres y le arranques los cojones, los pongas en una bandeja de plata y me los traigas junto a su cabeza.

—Sí, *golova*. Si hay un traidor, lo encontraré. ¿Sospecha de alguien en particular?

—Olenka.

—¿Ella? —no pudo evitar preguntar, presa de la sorpresa—. Pero si precisamente es quien le ha dado la idea.

—No me gusta, creo que quiere más de lo que tiene. Estoy seguro de que quiere el control de todo.

—Está bien, la controlaré.

—Cobos...

—¿Sí, *golova*?

—Cuídate las espaldas, creo que Olenka te quiere quitar de en medio.

—Es evidente; así lo haré, gracias.

—Ya no sé en quién confiar, todo está patas arribas.

—Yo lo pondré todo en su lugar —dijo mientras salía y pensaba que era la primera verdad que había dicho desde que se adentrara en el oscuro mundo de Andrey.

CAPÍTULO 6

Contemplo a la joven a la que he preparado para asistir a su propio funeral. No puedo evitar, de nuevo, recordar todo por lo que yo misma he pasado, cómo llegué aquí, mi último día normal, ese en el que nunca pensé que me iba a suceder nada así.

* * *

Caminaba de regreso a casa; era un lluvioso día de otoño y los autobuses no se habían detenido en la parada frente al instituto porque ya iban llenos. Después de que dos de ellos se saltaran a la torera la parada, decidí ir andando, pues estaba convencida de que llegaría antes a casa, así que abrí el paraguas y comencé a andar bajo la torrencial lluvia.

Para llegar a mi casa debía coger una ruta poco transitada, que en días como aquél aún era más solitaria. No solía ir por allí, porque el camino estaba pegado a una vieja vía del tren y no había ningún tipo de separación o protección entre ambos, pero preferí ensuciarme de barro que esperar, en vano, el próximo bus.

Miré el reloj y vi que eran las tres, aunque cualquiera hubiese dicho que eran las siete de la tarde, pues el cielo estaba tan oscuro que parecía de noche. El paraguas no era suficiente escudo contra la tromba de agua que estaba cayendo, así que iba calada hasta los huesos, manchada de salpicaduras de barro y, también, asustada, mientras me decía que mi madre estaría histérica pensando dónde me habría metido.

Algunos coches pasaron despacio por mi lado; ese camino era peligroso, más con la lluvia tan fuerte que apenas dejaba visibilidad. Estaba llegando al cruce del tren; sólo tenía que pasar por la vía y me encontraría sana y salva en mi barrio.

Nunca llegué.

Nunca crucé.

Unas manos peludas y enormes, como las zarpas de un oso gigantesco, me agarraron con fuerza y no me soltaron... jamás.

* * *

—Soledad, ¿piensas en el pasado?

—Sí, en cómo llegué aquí.

—Tengo miedo. No paro de repetirlo, pero tengo tanto miedo... —solloza Adela.

—Lo sé, lo sé... Me gustaría ser capaz de mentirte, decirte que no pasa nada, que todo va a estar bien, pero no puedo; sólo se me ocurre darte los consejos que me dio Anais el primer día.

—¿Anais?

—Es otra chica, la que se encargó de mí a mi llegada.

—*Babushka*, ¿está lista la nueva? —nos interrumpe Vladimir.

—Sí, ¿puedo acompañarla? —me atrevo a preguntar.

—Sí, ve con ella. Quédate atrás, con las manos cruzadas a la espalda, que sepan que tú ya tienes protector.

—Sí, Vladimir.

—Adela, espera —murmuro mientras me acerco y finjo que le doy unos retoques en el cabello—. No llores, no grites, no te quejes y todo irá bien; si no, te golpearán con bolsas de naranjas. No dejan marca, pero te destrozan. Y no te preocupes por la cara, por lo general nunca la tocan para no estropear la mercancía, aunque debes tener en cuenta que aquí sólo eres un objeto para la venta; te exprimirán hasta que no puedan sacar más jugo de ti y después, con suerte, quedarás libre.

—¿Y si no tengo suerte? —susurra con inocencia.

—Bueno, si lo piensas, teniendo en cuenta la vida que nos espera, quizá estar bajo tierra no sea tan mala opción —digo quizá con demasiada brusquedad, pero ¿de qué sirve mentir?—. Otra cosa —la advierto de nuevo—: No tomes nada que te ofrezcan, ni drogas ni alcohol... Procura estar siempre lúcida, aunque eso signifique que tu espíritu vaya muriendo lentamente... Al menos serás consciente de lo que te hacen. Cuídate y protégete todo lo que puedas.

—Sí, lo entiendo.

—Hay algo más todavía: utiliza siempre condón, siempre, te digan lo que te digan. No creas ni una palabra cuando te ofrezcan la posibilidad de sacarte de aquí a cambio de no usarlo, te estarán mintiendo... y debes evitar coger alguna enfermedad de esas raras... ni tampoco quedar embarazada.

—Vale.

—¿Tomas la píldora?

—¿La píldora?

—Sí, pastillas anticonceptivas.

—No, no tomo nada.

—Te las conseguiré; es mejor ser prevenida, pues nunca se sabe cuándo se va a romper el condón o va a fallar.

—¿Qué puedo coger? —pregunta mostrando de nuevo su inocencia.

—Muchas enfermedades... Protégete, por tu bien. —Adela asiente y agradece el esfuerzo que supone para mí informarla cuando no nos están observando—. Vladimir tiene un catálogo sobre el que los clientes eligen con un día de antelación; las elegidas son las únicas que pueden abandonar esa pequeña pocilga, las demás se quedan encerradas sin agua y sin comida como castigo. Si durante una semana no eres solicitada y has pagado tu deuda, eres liberada, pero si el saldo es aún a su favor... mejor que no pienses en ello. Ahora quédate quieta y cógete las manos. Mira al suelo y olvídate de todo. Te toca luchar por tu vida.

La chica asiente sin decir nada más y camina con paso inseguro detrás de mí; lo sé porque percibo el susurro incierto de sus pasos. ¡Maldita sea!, ¿así de joven e inocente fui una vez?

Llegamos a una gran sala iluminada. Todo pasa más rápido de lo que imaginaba. Los hombres allí reunidos hablan en voz baja y una chica de ojos azul cielo, pelo rubio platino y un vestido que no deja nada a la imaginación habla por teléfono sin prestar atención a los demás.

Espero impaciente a ver lo que sucederá con la muchacha; en este momento están subastando su virginidad. Aquí, de pie y expuesta, me siento como si asistiera a una venta de esclavos, pero, ¿acaso no es exactamente eso?

La pobre niña no mira a ningún lado que no sea el suelo y me pregunto si yo luciría así de aterrorizada cuando, hace ya tantos años, estuve en esta misma situación. Mi estómago se encoge por el recuerdo y el dolor que me provoca ver a otra chica pasar por el mismo infierno. Por un instante, siento que me desvanezco, que no soy capaz de aguantar tanta tensión.

Miro a Vladimir y me sorprende lo sereno que se mantiene, ajeno a todo lo que sucede. En otras circunstancias lo habría considerado un hombre atractivo, pero no puedo verlo de otra forma que no sea como un maldito cabrón que nos alquila por un gran precio que llena sus bolsillos sin sentir el más mínimo de los remordimientos.

Me da la sensación de que las pujas van bien. Vlad sonrío complacido y absorbo en lo que la rubia platino gesticula con sus manos; de repente, alza una

mano y los demás guardan silencio. Por un instante, todos los presentes se miran unos a otros y no tengo ni idea de qué sucede. Por instinto miro a Adela, quien, nerviosa, se agarra con fuerza los dedos, estrujándolos sin parar. Al cabo de unos segundos, la rubia sonríe, alza de nuevo su larga mano y todos los presentes se quedan en silencio, dedicándole miradas de desprecio y decepción.

 Qu  estar  ocurriendo?  Qu  significa ese gesto en sus miradas? No dejo de barajar preguntas para las que no tengo respuestas y entonces me doy cuenta de que, a pesar de todo, sigo siendo demasiado ingenua como para comprender la realidad del mundo que me rodea y me arrepiento de todos los momentos en los que me sent  frustrada por la protección de mis padres, por sus consejos, por su amor, su apoyo, su excesiva precaución...  C mo los echo de menos ahora! Siento unas tremendas ganas de llorar, pero me trago esas lágrimas y me quedo con la gran lección que tanto me ha costado aprender.

El salón queda desierto, tan sólo quedamos la chica rubia platino, Vladimir, Adela, que tiembla sin parar y no es capaz de moverse ni de respirar, y yo. Vladimir se acerca a la rubia y le dice algo en voz baja, se dan la mano y la joven se despide con una sonrisa igual de grande que la que deja en la cara de Vladimir, que observa a Adela, analizándola. Sin duda, como un lobo mira a un cordero asustado, que es precisamente como se ve.

—Enhorabuena, has conseguido un protector —explica Vladimir dirigiéndose a la joven.

— Un protector? —pregunta con voz temblorosa y el estómago encogido.

—S .

—Y...  eso es algo bueno?

—S , *babushka*, lo es.

— Por qué?

—Expl cale por qué, Soledad.

—Significa que tu protector ha pagado mucho dinero por ti, el suficiente como para dejarte marchar cuando acabe el contrato.

— El contrato?

—Sí, el contrato.

— Qu  contrato? —plantea angustiada.

—Al que hayan llegado.

—Durante dos años, han pagado por ti. —Vladimir sonríe—. Soledad, acomp  nala a su habitación.

—S , Vlad. Camina y no digas nada —le advierto a la chica.

Salimos de la sala y ella parece derrumbarse; la oigo llorar a pesar de que voy varios metros por detrás.

—Adela, no llores. Piensa que ha sido algo bueno, al menos sólo tendrás que compartir la cama con uno y tendrás tu propia habitación. Después de ese tiempo, te liberará.

—¿Todo esto es verdad, Soledad?

—Sí, es lo que parece. Tendrás que aprender algo de ruso; te ayudará a pasar los largos días y las eternas noches.

—¿Eternas noches? —Su voz suena asustada.

—Puede usarte, durante esos años, como desee. Ten por seguro que tus noches van a resultarte eternas.

Adela agacha la mirada y las lágrimas amenazan con delatar su terror.

—Eso es bueno, Adela —murmuro mientras acaricio sus hombros temblorosos—, sólo un hombre. Sólo uno. Estarás bien cuidada, en una habitación con una cama de verdad, dormirás en un colchón y no en el suelo, comerás tres veces al día, podrás ver a un médico si es necesario...

—¿No es así siempre?

—No, no todas tienen la suerte de tener un protector. Lo normal es estar en la estancia en la que te despertaste cuando llegaste... Ahora —digo cambiando de tema—, te voy a enseñar tu cuarto, me quedaré cerca unos días.

—¿En serio?

—Sí, voy a hacerte compañía y a enseñarte algo de ruso.

CAPÍTULO 7

Cobos vigilaba de cerca al grupo de Olenka; se habían metido en uno de los locales de alterne que Andrey tenía repartidos por la ciudad. Algo le rascó la parte superior de la pierna y, al meter la mano en el bolsillo, sacó su cartera, de la que sobresalía la esquina de un papel; la abrió, curioso, para encontrarse con la fotografía antigua que con tanto celo guardaba. En ella aparecían Soledad y él; la llevaba siempre, aunque la tuviese olvidada últimamente.

Tocó los bordes rotos; recordaba cómo había arrancado la imagen de su amigo de esa foto. Se sentía mal porque seguía odiándolo a pesar de los años y de que estaba muerto. Sin poder hacer nada por evitarlo, aunque lo intentó, los recuerdos aparecieron para torturarlo, sólo que esa vez el dolor que sintió no fue amortiguado por el embriagador sueño.

* * *

—¡Qué sorpresa! —dijo al verlo.

—Sí, sé que no me esperabas, pero tenía que hablar contigo.

—¿Qué sucede? ¿Pasa algo?

—Sí, algo relacionado con tu amiga Vanesa.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

—Sí, en serio.

Soledad lo miró a los ojos y él sintió cómo su corazón latía desbocado, ¡era tan bonita! No sólo su exterior, sino también por dentro. Era una buena chica, cariñosa y sincera, y, sin saber cuándo ni cómo, se había enamorado de ella. Soledad debió de sentir pena al verlo, porque le dio un abrazo y, cuando él se lo devolvió, pasando sus manos por su estrecha cintura, de repente, pareció incómoda.

—¿Y de qué se trata? Ella no me ha dicho nada... ni siquiera me ha llamado. Sea lo que sea, ¿ha sucedido hoy?

—No, pero no he tenido ganas de hablar con nadie de esto hasta ahora.

—¿Cuándo fue?

—El sábado. En el cumpleaños de Marta.

—¿Marta?

—De la clase de Fran, ¿no te ha hablado de ella?

Soledad no dijo nada, pero él sabía que Fran se lo había ocultado, como tantas otras cosas.

—Así que tú también fuiste al cumpleaños, ¿no?

—Sí. La verdad es que, si te dijese que me extrañó no verte allí, te engañaría. Sabía que Fran no quería que vinieras —soltó sin pensarlo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo sabías?

—Me lo dijo él.

El silencio se hizo espeso entre ambos. Sabía que, quizá, no debía contárselo él, pero le había dado tiempo de sobra de hacerlo al que en ese momento no estaba seguro de llamar amigo.

—Creo que te interesará saber que los encontré en la cocina, a los dos.

—¿Qué dos? ¿Qué me estás tratando de decir, Jose?

—Verás... Vanesa le decía de forma muy sugerente, mientras estaba enterrada entre las piernas de Fran, quien estaba sentado en la encimera de la cocina de Marta, que ella era capaz de darle lo que tú no le dabas.

—Mientes —escupió ofendida.

—No, no miento. ¿Crees que me inventaría algo así?

—Me dijo que Fran no le interesaba.

—Pues, al parecer, ella sí mintió.

—¿Qué más sucedió?

—Nada.

El suspiro de alivio que escapó del pecho de Soledad fue audible para ambos.

—Nada —continuó Jose—, porque los interrumpí. No ha venido a verte en toda la semana, ¿no es así?

—No —contestó con las lágrimas agolpándose en sus ojos.

—¿Habéis hablado mucho?

—La verdad es que no, las veces que lo he llamado... ha estado poco hablador u ocupado...

—Es un cabrón. Le advertí de que o te lo contaba él o te lo contaba yo.

—Pero... ¿por qué?

—Ya te lo dije. Es mi mejor amigo, pero está metido en asuntos... peligrosos. Deberías aprovechar la situación y poner tierra de por medio.

—Pero... ¿qué asuntos? Nunca habláis claro.

—Fuma maría.

—Bueno, eso no es demasiado malo, ¿no?

—Según se mire... Antes sólo lo hacía de vez en cuando, alguna cerveza... pero últimamente, desde que se ha unido al club de Marta, es algo que hace día sí y día también. Consume a diario y, además, ha empezado a tomar éxtasis, algo de coca... Tan sólo quiero que sepas por dónde van los tiros.

—Lo siento, Jose, es sólo que yo... no puedo creerte.

—Bueno, yo sólo te aviso, Soledad, porque eres una buena chica y... —«estoy loco por ti»—, mi amiga. Fran no es buena compañía desde hace un tiempo, y ahora está peor. Ándate con ojo. Cuídate, no dejes que te arrastre.

—Él me quiere —lo defendió.

—¡Él quiere que tú lo dejes! —escupió enfadado.

—¿Cómo?

—No tiene el valor de dejarte. Es un rastrero y un cobarde.

—Vete de mi casa, por favor —lo echó.

—Me iré, pero, aunque me vaya, eso no va a cambiar nada ni significa que lo que te he dicho no sea cierto.

Soledad lo miraba llorando; las lágrimas se desbordaban de sus ojos, incapaz de contenerlas por más tiempo. Jose se acercó con la mirada azul velada por la tristeza y la cogió por los hombros.

—Al menos, prométeme que te fijarás en los detalles.

—Lo haré. Ahora márchate. Quiero estar sola.

Justo cuando la puerta se cerró, sus rodillas, temblorosas, no lo soportaron más y pateó la pared del portal para liberar algo de la tensión que amenazaba con vencerlo y hacerlo caer al suelo. Se sentía la peor persona del mundo, pues sabía que había hecho daño a Soledad y que, las lágrimas que seguro estaba derramando y el dolor que estaría sintiendo, se los había provocado él.

* * *

—¡Joder! —gritó al volante a la vez que lo golpeaba.

El teléfono sonó y vio el nombre de su jefe en la pantalla; se podía imaginar qué iba a decirle, que había aparecido otro cuerpo.

—Cobos al habla.

—¿Puedes venir?

—¿Otro cuerpo?

—Sí, otro.

—¿Dónde?

—En un pequeño hostel.

—¿Otra prostituta? —preguntó a pesar de conocer la respuesta.

—Sí, ya van tres; esto se nos va de las manos, Cobos.

—Voy.

Condujo a toda prisa hasta allí, un reducido establecimiento conocido por alquilar habitaciones por horas. De nuevo el equipo de forenses y los compañeros estaban acordonando el lugar. El dueño, un tipo mayor con una sordera evidente, miraba sorprendido hacia todos lados mientras no dejaba de usar su inhalador una y otra vez.

La prostituta estaba colocada de igual forma, con el pie y la mano atados a su espalda, boca abajo y con las mismas heridas en el cuello y la muñeca que presentaban las otras víctimas. Estaba claro que era obra del mismo cabrón.

Cuando le dieron la vuelta, Cobos la miró atónito; la conocía.

—Mierda —murmuró.

—¿Sabes quién es?

—Esta noche se la ha llevado Nicolay, estaba medio muerta cuando la trajeron.

—¿Crees que es él?

—Puede ser, vigilaré sus tatuajes.

—¿Tatuajes?

—Creo que se tatúa uno por cada víctima.

—Panda de malnacidos.

—Sí, eso es justo lo que son.

—Cada vez me gusta menos tenerte ahí.

—Pero soy de gran ayuda.

—Capitán, teniente —los interrumpió Fernández.

—A ésta le falta una mano —dijo de repente—. No sé a qué juegan: a la primera, los dedos de un pie; a la segunda, una oreja, y a ésta, la mano que tenía libre de ataduras... se la han cortado justo por la muñeca.

—¡¿Qué coño hará con eso?! —exclamó Acero.

—¿Qué pretende ese hijo de puta, hacer una mujer entera con trozos de las que va asesinando? —preguntó el teniente, furioso.

—Como si fuera el puto Frankenstein —señaló el capitán, con la rabia

marcando su expresión.

—No puedo decirles nada más, de momento. Pero el modus operandi es exacto; está claro que ha sido el mismo individuo en las tres ocasiones.

—¡Joder! ¡Putá mierda!

—Cobos, haces todo lo que puedes —intentó consolarlo su jefe.

—¿Seguro? Primero esos adolescentes muertos por sobredosis de una droga que no tenemos ni catalogada y, ahora, esto...

—Debes tener paciencia, mucha paciencia. Ya sabes que no siempre se hallan las pruebas necesarias para incriminar al culpable.

—No sé si voy a poder soportarlo durante más tiempo.

Cobos se paseaba nervioso alrededor de la escena del crimen, no podía dejar de darle vueltas al asunto. ¿Por qué la habían asesinado? Y lo más importante: ¿quién?, ¿Nicolay? ¿O quizá querían que fuera el cabeza de turco?

CAPÍTULO 8

Le enseño a Adela la que será su habitación desde este momento y trato de calmarla, pero bien sé que es un acto inútil, que nunca va a conseguirlo. Además, no quiero mentirle, lo que está por llegar es una mierda y no podemos hacer nada para evitarlo, salvo, tal vez, tratar de no perder la cordura.

Me asomo a la ventana enrejada, igual a la mía, y observo los copos de nieve caer. Me gusta la nieve, es lo único hermoso de este infierno helado en el que vivo.

—¿También tenías miedo?

—Mucho.

—Yo nunca...

—Lo sé, por eso has conseguido un protector; si no, estarías abajo, esperando a que alguno de los clientes te eligiera.

—¿Sabes? No dejo de pensar en todo lo que está sucediendo, no entiendo por qué yo.

—Yo tampoco hasta que llegué a la conclusión de que Fran era el culpable.

—¿Puedes contarme más... de tu historia? Tu voz me tranquiliza.

—Nunca he dicho nada al respecto, a nadie; vas a ser la primera.

Me siento en la cama y Adela me imita; es cierto, jamás he hablado en voz alta del joven por cuyo amor me condené en vida. Dejo que los recuerdos me trasladen a otra época, a otro tiempo en el que todo era felicidad, sonrisas y oportunidades de futuro.

—Después de esa noche...

—¿En la que chocaste con él? —me interrumpe, interesada.

—Sí, después de esa noche, la primera en la que nos encontramos, volví a verlo. Había quedado con mis amigas para ir de nuevo a la feria, esta vez al centro y, al llegar, lo vi. A él y otros dos chicos. Uno de ellos, Jose, era vecino mío, pero apenas lo conocía. A su lado estaba él, sobre su potente moto; nunca lo olvidaré... Llevaba unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca que resaltaba su

piel morena. Vanesa me presentó al resto y nos fuimos. Recuerdo... es curioso las cosas que a veces recuerda la mente con exactitud, que el autobús iba hasta arriba de gente y el olor a alcohol y sudor formaban una mezcla explosiva.

—Sí, es verdad: en verano, ir en un autobús abarrotado es lo peor. ¿Qué pasó luego?

—Bailamos, tomamos refrescos y picamos algo. Me senté porque me dolían los pies y Jose se sentó a mi lado...

—¿Te pone triste recordarlo?

—Sí, ¡me lo advirtió tantas veces...!, pero yo estaba tan cegada por la luz que desprendía Fran... «¿Cansada?», me preguntó. «Sí, mañana voy a tener agujetas de tanto reírme», le contesté. «Tienes una sonrisa muy bonita», susurró.

—Parece buen muchacho —comenta Adela.

—Sí, lo era... «Sol, aunque apenas nos conocemos, pareces una buena chica, demasiado buena para él. Por favor, mantente alejada», me avisó mi vecino y yo... yo me enfadé, le grité que qué demonios le pasaba a todo el mundo, que estaba harta de que me aconsejaran que lo alejara y, sin embargo, ellos seguían a su lado. «Está interesado en ti; tal vez en esta ocasión se enamore de verdad, pero no te fíes. Tiene sus problemas... Sólo quiero que lo tengas en cuenta.»

—¿Jose sabía en qué andaba metido?

—Al menos tenía una idea. —Sonrío triste.

—Y después, ¿qué sucedió?

Sonrío aún más, hacía mucho que una sonrisa no aparecía en mi boca y me gusta saber que todavía soy capaz de esbozar una. La verdad es que Adela parece una niña pequeña pendiente de su madre mientras ésta le cuenta una historia de princesas... sólo que este cuento es doloroso; una historia que, con cada palabra que se pronuncia, abre una nueva cicatriz en mi alma. He callado durante tanto tiempo lo que me sucedió, he enterrado tan profundos los recuerdos, que sacarlos duele.

—Después me colgué por Fran. Caí rendida a él y me enamoré por primera vez, y resultó ser el mismísimo demonio.

La puerta se abre y el que imagino que es el protector de Adela entra con paso seguro y firme mientras sonrío. Son unos perros salvajes que no esperan a que la presa se enfríe. Es el vencedor de la puja, todo un honor. Nunca entenderé lo que los mueve a comportarse así. ¿Qué tiene de honorable comprar a una niña para robarle el alma?

El tipo habla en su lengua natal. Sé que Adela no entiende nada de lo que dice; yo lo entiendo todo, demasiados años en este maldito infierno. Al menos va a tener suerte dentro de toda esta mierda.

—Es tu protector, Sergey; me ha dicho que eres suya durante dos años y que piensa empezar a usarte ahora —le explico a Adela.

—¿Ahora? —gime.

—No llores —le ordeno al ver que sus ojos están a punto de delatarla—. Recuerda todo lo que te dije: sé fuerte, haz de tripas corazón. Consuélate con que al menos es joven y bastante agraciado. Ahora, he de irme.

—Tengo miedo —suplica.

—Lo sé; a pesar de todo, tengo que dejarte a solas con él.

Me marcho de la estancia, cerrando la puerta despacio, como si me abandonase a mí misma, a un yo más joven e inocente. Toda esta historia de Adela está abriendo viejas heridas que supuran dolor y arrepentimiento y cada vez estoy más segura de que no deseo vivir toda mi vida de esta manera.

Me apoyo contra la puerta de mi habitación al cerrarla; me faltan las fuerzas y los recuerdos se aprovechan de mi debilidad para sacudirme de nuevo. Tal vez, si los dejo salir, el dolor no será tan intenso y dejará de oprimirme con vigor el pecho, privándome del poco aliento que me queda.

* * *

—Toma, Sol —dijo con su arrebatadora sonrisa—, y siento de verdad el golpe del otro día.

—Ya te dije que no fue nada, pero, dime, ¿de quién huías? —pregunté interesada por saber por qué todos me querían lejos de él.

Sonrió mientras daba un sorbo a la bebida.

—Bueno... asuntillos.

—Asuntillos no suena demasiado bien.

—Es lo que tiene ser tan guapo... que las chicas me persiguen sin descanso.

Dejé escapar una carcajada; desde luego no necesitaba a nadie que lo adulase, se bastaba él solito. Era impertinente, descarado y, al parecer, complicado, y todo eso lo hacía irresistible.

—Supongo. Aunque no sé qué verán en ti para perseguirte, ¿eres rico? —repliqué desafiándolo.

—No, no lo soy, pero lo estoy, ¿tú no lo crees? —continuó con la broma.

—Bueno, no te conozco —contesté avergonzada por la pregunta tan directa, y un ligero rubor tiñó mis mejillas.

—Ni yo a ti, al menos no todavía, pero me pareces una auténtica preciosidad.

El rubor se intensificó y agaché la mirada. De repente sentía que los pulmones no me respondían, no era capaz de respirar con normalidad.

—Gracias —balbuceé—, pero no es cierto. Soy normal —concluí encogiéndome de hombros.

—Sí, sí... normal... —Sonrió de nuevo—. Sol, me gustaría que quedásemos algún día... solos. Tú y yo. Podemos tomar algo, dar un paseo, ir al cine... lo que prefieras.

¡Vaya! Estaba alucinando. ¿Me estaba pidiendo salir? Debía andarme con cuidado, no debía caer rendida a sus pies sin más. Nunca lo hacía.

—Preferiría que no me lo pidieses más —respondí—, no puedo.

Fran se sorprendió; sin duda no estaba acostumbrado a que le diesen muchas calabazas.

—¿Por qué no?

—Pues, lo primero, porque no salgo con chicos.

—¿Nunca? —preguntó asombrado ante tal afirmación.

—Nunca. Y lo segundo...

—¿Así que jamás te han besado? —me interrumpió sin dejarme terminar la frase.

«¿Y a ti qué te importa? Es asunto mío y de nadie más», pensé. Aunque fuese la verdad, pues nunca me habían besado.

—¿A ti qué te importa? —solté, de pronto, molesta.

—Tienes razón. Lo siento. ¿Qué más querías decirme?

—Lo segundo es que sé que estuviste una noche con Vanesa y ella es muy buena amiga mía.

—Eso fue un error. No debería haber pasado. Ella sabía que yo no estaba por la labor, pero no se dio por vencida y, al final, su insistencia y el alcohol hicieron el resto. Ni siquiera me acuerdo.

—Eres un poco engreído, ¿no? Ah, y un gilipollas. ¿Cómo eres capaz de decir eso? ¿Es que no has oído la parte en la que te he dicho que Vanesa es muy buena amiga mía? —Me levanté airada y Fran me agarró de la mano suavemente, pero con firmeza.

—Lo siento de nuevo, no te vayas. Lo cierto es que no estoy acostumbrado

a hablar con chicas que me gustan, normalmente no es hablar lo que hago con ellas.

No pude evitar mirar al cielo infinito; no podía entender cómo un chico podía llegar a decir en un segundo tantas tonterías como para estropearlo todo. ¡Era sumamente engreído!

—Sol, Soledad, en serio... No te vayas, siento ser tan gilipollas a veces... pero me gustas de verdad —murmuró tirando de mi mano despacio, haciendo que me sentara otra vez a su lado.

Me miraba con intensidad, de esa manera que sólo había visto en las películas de amor. Era cierto que nunca me habían besado, pero tampoco había sentido el deseo de ser besada por nadie, hasta ese instante. Ahí sí lo sentí. Estaba viviendo en primera persona todas las sensaciones que había oído describir a las demás. Era la más pequeña del grupo, hasta diciembre no cumpliría los dieciséis años, y todas mis amigas habían besado ya a algún chico... y no un beso de esos castos, no, sino uno de esos que te dejan sin aliento, que te hacen cosquillas en la tripa y te aceleran el corazón hasta el punto de que parece dejar de latir...

Así que ahí estaba, con un guapo y presuntuoso casi desconocido, notando cómo la garganta se me secaba, cómo la respiración se detenía y cómo mi corazón latía acelerado y ruidoso al compás de una rumba. Expectante. Deseosa. Disfrutando de las mariposas mientras su boca se acercaba a la mía, sin prisa. Iba a concederle el privilegio de ser el primero que me besara. El miedo encogía mi estómago. Nunca había hecho algo así, no tenía experiencia y, en ese instante, un montón de preguntas que me parecían de vital importancia llenaron mi mente y arruinaron el momento... ¿Sabría hacerlo?, ¿besaría bien?, ¿le gustaría?, ¿y a mí? Miles de dudas me asaltaron, la tensión se apoderó de mi cuerpo y las manos comenzaron a temblarme.

Fui a decir algo, abrí levemente la boca y, entonces, sucedió. El beso, su beso, me calmó. Noté los labios suaves contra los míos. Primero un dulce contacto, inocente, casi un beso casto en los labios que, sin embargo, me arrancó un gemido. Después, otro igual de suave pero que me hizo jadear de nuevo. El tercero fue un poco más atrevido: succionó el labio inferior y, ante el gesto, abrí más los labios, sorprendida. Fran aprovechó la oportunidad, la estaba esperando, pues sabía lo que se hacía y, en esa ocasión, me besó con intensidad, invadiendo con la lengua el interior de mi boca.

Era agradable, excitante, revelador. Todo mi interior estaba descolocado y

el corazón latía de forma irregular: a veces parecía ir a mil por hora, otras era como si ni siquiera llegase a veinte pulsaciones. Las mariposas se colaron por todas partes con sus ligeros aleteos, y la respiración se transformó en jadeos de pasión. De placer.

Me gustaba. Besaba muy bien o eso me parecía, aunque en realidad no tenía con qué comparar. No separaba su boca de la mía, besándome lentamente, como para enseñarme. Cuando su lengua otra vez invadió mi boca, la mía, atrevida, se unió al juego.

Por un momento, dudé. Temía haberlo hecho mal, hasta que noté cómo Fran se apretaba contra mi cuerpo, hasta que percibí su jadeo, su necesidad. El beso le estaba gustando tanto como a mí.

Desconozco cuánto tiempo duró, y tampoco me importó. Nada me importaba en ese instante; ni el tiempo, ni los ojos abiertos e incrédulos de los que nos observaban, ni estar en plena calle... nada. Excepto él.

Cuando el beso acabó, lo supe. Estaba enamorada por primera vez. De él.

CAPÍTULO 9

Cuando Sergey, su protector, cerró la puerta y se quedaron a solas, Adela sintió una oleada intensa de ansia y mareo que tuvo que obligarse a controlar. El hombre, tal y como Soledad había señalado, era bastante joven y no era feo, pero sabía qué quería de ella y eso la aterrizzaba.

Estaba tan asustada por lo que sabía que iba a suceder... Ese tipo iba a desvirgarla, se la iba a follar durante dos largos años de todas las maneras que se le antojasen y, además de no poder hacer nada por evitarlo, no podía quejarse ni protestar.

Recordó a Soledad y sus consejos; parecía una chica que había padecido mucho, pero había luchado por sobrevivir y eso le infundió ánimos; si Soledad lo había conseguido, ella también podría.

Suspiró. Había llegado el momento y no estaba lista, ¿no había tenido tiempo de asimilar la mierda en la que nadaba! Sólo esperaba ser fuerte y poder soportarlo. Tenía la esperanza de que la estuvieran buscando, de que sus padres no se rendirían jamás, no sin un cuerpo al que llorar, y de que las autoridades, tarde o temprano, hallarían alguna pista sobre su paradero.

Sergey se acercó, sonriendo. Le quitó con desesperante lentitud el vestido de lentejuelas con el que la habían vestido para él, en tonos dorados. Le habían hecho dos coletas, para que pareciese todavía más novicia e inocente, como si eso fuese posible...

Una vez la hubo despojado de todas las prendas, la echó sobre la cama y Adela vio horrorizada cómo su polla, dura, la apuntaba. Él estaba excitado; Adela era joven e ingenua, pero percibió claramente que ese tío disfrutaba con el miedo que leía en sus ojos. Se acercó a ella, separó sus piernas por primera vez y la penetró, sin más.

Adela no podía soportar el dolor y se aferró a las sábanas para no gritar, pues era lo que deseaba. Tenía dentro de su cuerpo a ese extraño que había pagado mucho para robarle la virginidad. Había creído, ¡ilusa!, que no sería tan difícil, que sería llevadero... al fin y al cabo, todo el mundo lo hacía, ¿no? Pero

no era así, no podía engañarse, era la cosa más horrible, humillante y asquerosa que había sufrido en toda su vida. Y lo peor de todo consistía en que era incapaz de pensar que eso se repetiría durante todos los días y noches, cada vez que él quisiera, de dos malditos largos años.

Setecientos treinta días, con sus noches... Cuando el plazo acabase, ¿qué iba a quedar de ella? Nada.

Y, encima, tenía que estar agradecida, porque, al tener un protector, sólo iba a estar con él. ¿Cómo de horrible debía de ser para el resto de sus compañeras, que eran vendidas una y otra vez durante una misma noche, noche tras noche, a más de un hombre?

Decidió que era mejor no pensar en eso, porque la idea de tomar drogas y no ser consciente de la realidad cobró fuerza. Podía entender por qué algunas chicas las tomaban... ¿cómo, si no, soportar esa tortura y permanecer cuerda?

Las lágrimas vencieron sus esfuerzos por retenerlas y el hombre, al verlas, aceleró sus embestidas. Una de ellas, especialmente brusca, desgarró su vagina y rompió su alma. La despojó de dignidad y le robó algo que ella tenía derecho a decidir a quién entregar. Había perdido ese momento, el de regalarle ese instante a alguien que la quisiera, alguien a quien amase y la amara.

Sergey repitió la operación dos veces más durante la noche, sin mediar palabra, sin importarle si estaba herida o si padecía dolor. Y Adela sentía dolor, mucho... uno profundo que convertía su alma en miles de trozos diminutos, pedazos que no sabía dónde habían ido a parar y que tenía la certeza de que no sería capaz de encontrar jamás para recomponer su alma.

Estaba segura de ello, nunca podría. La habían vaciado de vida y ésa era sólo la primera larga noche de las setecientos treinta que le restaban.

CAPÍTULO 10

Andrey había reclamado la presencia de Cobos, debía hablar con él sobre algo urgente. El teniente aún estaba cabreado por haber visto a la muchacha muerta; desearía haberlo podido evitar, pero ¿cómo, sin descubrir su tapadera?

Al llegar a la casa, una joven con mirada perdida abrió la puerta y lo acompañó hasta el despacho, a pesar de que ya conocía el camino. Se preguntaba qué querría a esas horas de la mañana, pues por lo general siempre trabajaban de noche. Durante el día, Andrey se sentía seguro en su jaula de oro, pues Dmitry y el cabrón de Nicolay se quedaban en la casa. Cobos había rechazado el ofrecimiento de obtener residencia gratuita porque tenía que mantenerse alejado de ellos para no ser desenmascarado y, además, limitar las horas que les dedicaba para volcarse en esas que eran necesarias para el desempeño de sus funciones como agente de la Guardia Civil.

La chica tocó a la puerta por él y lo dejó pasar. Andrey estaba de espaldas a la entrada, con los codos sobre los reposabrazos del sillón. Aun sin verlo con claridad, sabía que tenía los dos dedos índices apoyados en la boca y que una de sus piernas se movía nerviosa sobre el suelo de tarima oscura.

Lo conocía a la perfección, pues había memorizado cada gesto, cada reacción; lo había observado como la presa que era para él, su gran cacería. El león negro al que debía dar caza.

—Cobos —dijo sin darse la vuelta.

—*Golova* —contestó con sequedad, intentando no dejar que ningún sentimiento traspasase la coraza que se había fabricado.

—Vamos a hacer un viaje y quiero que vengas conmigo.

—¿Un viaje? ¿A dónde?

—A mi amada Rusia —susurró con añoranza.

—¿Rusia...? —No pudo disimular la sorpresa que le causó aquella noticia. Era la oportunidad que había estado esperando, allí podría buscar a Soledad. Seguro que estaba en alguno de los clubs que regentaba Vladimir y, por mucho que le costase dar con ella, lo lograría.

—Sí, Vladimir quiere que nos reunamos. Ha sucedido algo que lo cambia todo, y me ha pedido que te lleve. Quiere conocerte.

—¿A mí? ¿Para qué? ¿Por qué?

—Supongo que lo has impresionado.

—No me conoce.

—Pero yo sí y, a mí, me has impresionado desde el principio.

—Gracias, *golova*.

—Ten tus cosas preparadas, en unos días nos marcharemos. Déjalo todo bien atado, pues no tenemos fecha de regreso. Ahora, tómate unos días de vacaciones y aguarda mi llamada.

—Así lo haré. Esperaré su llamada, *golova*.

Salió de la estancia casi sin respiración y, al cerrar la puerta, soltó todo el aire que guardaba dentro del pecho. No tenía claro cuándo se irían ni a qué lugar de Rusia se dirigirían, pero saber que tenía la oportunidad por la que había esperado durante tanto tiempo le insufló nuevas esperanzas y el ánimo suficiente como para aguantar un poco más y aliviar, fugazmente, su maltratada alma.

En cuanto se hubo alejado lo suficiente de la casa, y después de dar varias vueltas sin sentido por la ciudad para cerciorarse de que no lo seguían, aparcó el coche y se marchó caminando hacia su cuartel. Tenía que informar a su superior de que iba a salir de España destino a Rusia. Sabía, de antemano, la respuesta que Acero iba a darle, pero no pensaba dejar escapar la ocasión; con su apoyo o sin él, iría de todos modos.

—Capitán. —Se cuadró al verlo.

—¿Todo bien?

—Me marcho a Rusia —anunció sin más.

—¿Te vas a Rusia? Pero ¿qué coño...?

—Andrey quiere que lo acompañe; va a presentarme a la persona que lo dirige todo.

—No podemos ofrecerte apoyo allí; lo sabes, ¿verdad?

—No me importa, me iré bajo mi cuenta y riesgo. Si tengo que firmar algún documento donde quede reflejado que es por propia voluntad, lo haré.

—Esto es más que... —se interrumpió—. Tengo que contestar la llamada.

Jose no dijo nada, tan sólo esperó en silencio a que su jefe hablase entre dientes, pero supo, por su actitud seria, que algo muy malo había vuelto a suceder. Acero era un tipo solitario, tan frío como el propio metal; siempre había pensado que su apellido hacía honor a su personalidad. Desconocía si tenía

familia o amigos, ni siquiera si había alguna mujer, pero le daba igual. Lo apoyaba y confiaban el uno en el otro, y eso le bastaba. Nunca le había echado en cara que fuese algo personal lo que lo había llevado hasta allí; a Acero no le importaba el motivo, sino los resultados.

—Cobos, vamos. Ha aparecido otra.

—¿Otra prostituta?

—Sí, en la playa.

—Mismo asesino.

—Eso parece. El equipo forense ha llegado ya; está trabajando recabando pistas.

—Esto ya se está desmadrando.

—Parece que realmente ha pasado algo y buscan al culpable, o tal vez están dando un ejemplo a las demás.

Acompañados por un silencio sepulcral, se personaron en la dirección que les habían facilitado y, al llegar, comprobaron que los forenses trabajaban minuciosamente, tratando de no pasar por alto nada de nada, por nimio que pudiera parecer.

—¿Qué tenemos, Fernández?

—Mismo asesino, Acero.

Ambos observaron el cuerpo de la mujer que vestía con lentejuelas y demasiadas transparencias; estaba boca abajo sobre el suelo arenoso, con la mano derecha atada al tobillo izquierdo. Desangrada, rota igual que un triste cántaro al lado de una fuente.

—La autopsia de la otra está acabada y puedo asegurar que ésta tendrá también algunos huesos rotos. No sé cómo o por qué —se adelantó el forense a la pregunta de ambos—, pero tenía algunos huesos rotos y a ésta, además, le falta la lengua —concluyó.

—¿La lengua? —inquirió el teniente.

—¿Será una advertencia para que las demás no hablen? —especuló Acero.

—Puede ser. Tenéis que encontrarlo. Han sido demasiadas en muy poco tiempo y están empezando a filtrarse datos a la prensa. Van a asustar a la población.

—No es para menos. Cualquier cosa puede pasar por la mente de un hijo de puta de este calibre —soltó Cobos pensando en Nicolay.

—Sí, cualquier cosa —apoyó su capitán.

De nuevo la imagen de Nicolay apareció en su mente; le devolvía la mirada

sonriendo, desafiándolo, provocándolo, ansioso porque tratase de darle caza, e involuntariamente apretó las manos hasta clavarse las uñas en las palmas.

El teléfono de su capitán sonó de nuevo; esta vez se alejó de ellos, mientras Cobos hablaba con Fernández sobre el cuerpo e intercambiaban opiniones sobre por qué y cómo las desangraba. Acero, a cierta distancia, escuchaba a su interlocutor con semblante serio y contestaba en voz muy baja. Al cabo de unos minutos, se acercó hasta ellos con la mirada ausente.

—Cobos, tienes que ir a Almería.

—¿A Almería? No puedo... —empezó a protestar, pues tenía pendiente realizar, en breve, un viaje un poco más lejos.

—Puedes y debes. Era el sargento Vallejo; ha llamado de parte del capitán Blanco: han desarticulado a los que operaban allí... supongo que por eso Andrey quiere viajar a Rusia, querrá quitarse de en medio una temporada o, tal vez, ir a reclamar Almería también para él. No lo sé, lo que sí sé es que tienen información relacionada con Soledad.

Jose, al oír esa última parte, notó que se rompía; sus piernas temblaron con tanta fuerza al asimilar las palabras que cayó de rodillas. ¿Habían encontrado algo sobre Soledad, su Sol?, ¿sería cierto?

—¿Estás bien? —preguntó su superior al verlo en esa tesitura; era la primera vez que no mantenía la calma.

—Sí. Estaré de regreso esta misma noche —jadeó tratando de incorporarse.

—Buen viaje y suerte.

—Gracias, Acero.

El capitán miró a su teniente. Ese joven había sido el primero de su promoción; su ahínco y arrojo lo hacían único, y esperaba que no se desinflase por el camino y que, si de verdad llegaba a encontrar a esa joven con la que parecía tener mucho más que una historia pendiente, no se derrumbase por no hallar ya nada de ella. Nada de la persona que fue, si es que aún seguía con vida.

Cobos todavía tenía palpitaciones; las manos le sudaban y era incapaz de inspirar el aire por el que sus pulmones clamaban. Habían descubierto algún dato sobre ella; no sabía qué, pero algo era algo... Nervioso, arrancó el coche y se comió los kilómetros que lo separaban de esa información con la misma ansia que lo consumía por conocer las noticias que Blanco tenía en su poder.

CAPÍTULO 11

Anais entra en mi habitación. Después de la larga noche, sabe que estoy triste y probablemente se siente culpable por haberme hecho pasar el mal trago de atender a la recién llegada. Todavía debe acordarse de lo asustada que llegué y la cara que puse cuando me soltó: «Sólo abre la boca para chuparla y para decir que te ha encantado, o que tiene la polla muy grande y dura. Si haces algo que lo moleste, Vladimir te castigará añadiendo días a tu deuda».

Ya no queda nada en mí de aquella joven, soy otra mujer. Una diferente. La frialdad de Rusia y el infierno en el que estoy encerrada han transformado mi carácter, haciendo que aquella cría inocente y cálida haya quedado sepultada bajo capas de gélida y cruda realidad.

—Buenos días, *babushka* —me saluda al entrar.

—Buenos días, Anais.

—¿Una mala noche? —pregunta a pesar de conocer de antemano la respuesta.

—La nueva no ha dejado de llorar mientras Sergey se la follaba. Me ha traído recuerdos.

—De tu primera noche.

—Sí, de mi primera noche. Al menos después tú estabas allí para meterme en la bañera y lavarme las heridas; yo ni siquiera he podido ir a verla, porque él todavía no se ha ido.

—Se acaba de marchar, lo he visto.

—Entonces, vamos.

Las dos tocamos con suavidad a la puerta y Adela, o lo que queda de ella, abre y nos deja pasar sin hacer preguntas. La abrazo con fuerza y lloramos durante un rato, el tiempo que la bañera tarda en llenarse de agua caliente. La metemos dentro y comenzamos a lavarle las heridas.

—Chist, *babushka*, ya ha pasado todo. Ya ha pasado lo peor... —Anais trata de calmarla, pero Adela es incapaz de dejar de tiritar. Aun así, no deja de susurrarle.

—¿En serio ya ha pasado lo peor? Lo dudo. ¿Cómo va a mejorar esta mierda con el tiempo? No va a mejorar jamás; no quiero que me vuelva a tocar ni a utilizar de esta manera... ¡nunca más! —grita fuera de sí.

—Adela... —empiezo a decir, pero ¿cómo consolarla? ¿Qué decirle, si tiene razón?

—Soy inexperta, lo sé —continúa entre hipidos—, pero también sé que hay muchas formas de tener relaciones y tengo miedo de que me obligue a hacerlo... Si me he sentido así de mal teniéndolo dentro, ¿qué voy a hacer cuando me pida que le chupe su asquerosa polla o a mantener relaciones anales?

—¿Os cuento algo? —murmura Anais para que la situación no se le vaya de las manos.

—¿Qué...? —farfulla Adela, llorando.

—Han encontrado a una chica en su habitación, muerta.

—¿Un cliente? —inquiero.

—No, parece ser que iba hasta arriba de drogas.

Las palabras de Anais me hacen recordar algo que había olvidado, pero que ahí está.

* * *

Abrí los ojos y me di cuenta, asustada, de que estaba en una camilla de hospital. Llevaba una vía en la muñeca, en la que había empezado a aparecer un hematoma. ¿Qué diablos me había pasado?

Miré a mi alrededor, confusa, y en el sillón destinado a las visitas me encontré con una cara amiga. Una cara triste y, también, furiosa: Jose.

—¿Estás mejor?

—Jose... No sé qué ha sucedido...

—Caíste fulminada. Tuve que llamar a una ambulancia.

—¿Y Fran?

—No estaba en su mejor momento; la última vez que lo vi, Marta le sostenía el pelo mientras vomitaba para evitar las salpicaduras.

—¡Menuda mierda! —exclamé apenas sin fuerzas—. ¿Mis... padres?

—Como eres menor de edad, los médicos me han obligado a llamarlos; lo siento —se disculpó acercándose a la camilla con las manos en los bolsillos.

—Sólo ha sido un desvanecimiento, sólo estoy cansada —argumenté.

—No, ha sido más que eso. Me asusté mucho, te quedaste como... muerta. Todavía tiemblo.

—Gracias —dije sin apenas voz—. ¿Muerta? —repetí al darme cuenta de la gravedad de esa palabra.

—Los médicos han dicho que presentabas signos de intoxicación por drogas, así que te han sacado sangre para unos análisis.

—Yo no tomo nada —jadeé nerviosa.

—Lo sé... ¡Maldita sea! Se lo he dicho mil veces, pero no me creen. Piensan que trato de ocultar tu adicción, para protegerte de tus padres.

—De verdad, Jose, tú lo sabes, ¡no me meto nada! —me defendí, ahora llorando—. Nunca he consumido drogas, ¡si ni siquiera bebo una simple cerveza! Tú me conoces, ¿verdad...?

Mi voz sonaba desesperada; miles de confusas imágenes acudían a mi mente. Mis padres decepcionados, preocupados y enfadados, sin saber exactamente en qué orden. Imágenes de Marta, de su madurez, de su elegancia, su libertad. El beso de Fran en la boca, su beso. El beso... De repente parecía de vital importancia, ¿por qué? ¿Y si él...? No, no habría sido capaz... No podía ser; sin embargo, no había bebido nada, ¡ni siquiera había llegado a pisar la disco! Por tanto, nadie podía haber puesto alguna sustancia en mi bebida para drogarme sin que me diera cuenta, sólo él.

Cabeceé abrumada y tratando de negar mis propios pensamientos; no lo haría, él sería incapaz; a pesar de todo, me quería. Tal vez tuviese sus problemas, pero me amaba.

Jose, al verme dudar, se acercó más. Leyó en mi rostro el miedo, el debate interno, y temió lo peor.

—¿Ha sido él? —inquirió con la voz dura y quebrada.

—No, no lo creo. No recuerdo...

—Esperaremos a tener los resultados de los análisis —sentenció, pero sabía que estaba molesto; apretaba las manos dentro de los vaqueros sin cesar.

—¿Qué les contaste a mis padres?

—Que te habías desmayado sin motivo aparente y que había llamado a una ambulancia. Cuando llegamos, los telefoneé otra vez para dar el nombre del hospital al que nos habían traído.

—Gracias, Jose —agradecí empezando a llorar.

Jose se acercó y arrastró mi cabeza hacia su pecho. Noté de nuevo su calor, la fuerza que ocultaba bajo la ropa; nunca le había prestado demasiada atención

como hombre, porque ya era un hombre, y todo porque estaba cegada por la luz resplandeciente de Fran, que me atraía como una polilla hacia ese brillo. Pero en ese momento, mientras me acunaba en silencio, sin exigir nada y dándomelo todo, no pude evitar sentir que el corazón me latía un poco más aprisa por él.

Alcé la vista y lo vi... no como amigo, sino como hombre, uno que me miraba con profundidad y que tenía la intención de besarme escrita en sus ojos.

Sin hablar, le otorgué un permiso silencioso que Jose entendió y se acercó hasta que nuestros labios se fundieron en uno solo. Y ese beso, que me desgarró por dentro haciendo que olvidase el pasado y le diese la mano a un nuevo futuro, me hizo despertar y disfrutar de un beso que llegaba de una boca diferente y a la vez familiar.

Las manos de Jose se enredaron en mi despeinada melena y gemí de placer al saborear su lengua, que jugaba con la mía; sin vergüenza, disfrutaba del contacto.

La voz de mi madre, que rayaba la histeria, se oyó en toda la planta. Y el beso terminó, dibujando en la mirada de Jose algo parecido a la esperanza.

—Ya están aquí —susurré—, deséame suerte... —Sin saber por qué, la voz de Marta apareció en mi mente riéndose de mi poca fortuna.

En unos segundos la puerta se abrió con estrépito y mi madre entró llorando. Mi padre, tras ella, no lloraba, pero la preocupación en su rostro era más que evidente.

—Ay, mi niña... —dijo hipando—. ¿Estás bien?

—Sí, mamá, eso creo. Un poco mareada todavía.

—No tienes buen aspecto —intervino mi padre, serio.

—No sé qué sucedió, mamá... y eso me asusta. Sabéis que yo no tomo drogas, ¿verdad?

—Sí, hija, claro que lo sabemos —contestó sin pensar mi madre. Mi padre, en cambio, no hablaba, y eso me asustaba más.

—Le han hecho algunas pruebas; los médicos dijeron que presentaba claros signos de intoxicación por drogas —intervino Jose.

—Soledad... —murmuró mi madre, llevándose las manos a la boca.

—No sé nada de eso, mamá, no recuerdo haber tomado nada... No sé, en serio... Sólo os puedo asegurar que, si encuentran alguna sustancia extraña en esa analítica, no la he ingerido por elección propia —afirmé desgarrada por el llanto que atenazaba mi pecho.

—Dejarás de verlo —sentenció mi padre de pronto, con la voz seca y

cortante. Ese tono de voz que no dejaba lugar a réplicas—. No te conviene; desde que lo conoces, tu vida es un caos. Te has quedado sin amigas; tus notas han bajado; siempre pareces triste, alterada, y no duermes ni comes bien. Se acabó Fran.

—Papá... —traté de protestar, a pesar de saber que era algo inútil.

—Se acabó, Sol, ¿me oyes?

Busqué con la mirada a Jose tratando de encontrar su apoyo, pero éste se encogió de hombros. ¿Qué podría hacer él en contra de mi progenitor? Además, estaba conforme con la decisión que había tomado éste, él estaría encantado de que dejase de verlo, lo sabía y, entonces, en esa camilla de hospital, podía entender sus motivos. Al final iba a meterme en un buen lío de los de verdad.

Cuando la cosa se tranquilizó un poco, un joven médico se presentó en la habitación y, en el momento en el que se cercioró de que los adultos presentes eran mis padres, se los llevó fuera de la habitación.

—Jose, gracias de nuevo.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿no es así, Soledad?

—Claro, eres mi amigo. Mi único amigo, parece.

—No, Soledad... quiero decir... que yo...

La puerta se abrió de repente y un huracán de miedo, decepción y rabia lo arrasó todo a su paso.

—Sal, Jose, hijo, por favor.

—Sí, señor. Estaré fuera, Sol.

—¿Drogas, Soledad? ¿Éxtasis? —gritó mi padre hecho una furia sin esperar a que Jose se fuese.

—No sé de qué me hablas... papá...

—Esa mierda han encontrado en tu cuerpo, una dosis para haberte matado. ¿Cómo has podido? —Y en ese instante, mi padre hizo algo que nunca antes había hecho: me abofeteó. Sentí cómo la cara me ardía igual que las lágrimas que trataba de retener. La mano de mi progenitor se alzó de nuevo, dispuesto a darme otro bofetón, pero Jose lo detuvo.

—No creo que haga falta repetirlo, señor —lo cortó en seco, pero de forma educada.

El médico entró en la habitación, sin duda alertado por el estado de mi padre, y se lo llevó de allí para intentar sosegarlo, aunque yo tenía claro que ni un calmante para elefantes conseguiría tranquilizarlo. Nunca lo había visto tan

furioso. No dejaba de gritar improperios y de acordarse de todo el mundo. Mi madre me miraba aterrada, confusa, dolida y decepcionada, todo a la vez. Y yo era incapaz de dejar de llorar.

—Mamá, te lo juro, no he tomado nada —repetía sin cesar.

—Soledad, aunque tu padre no debería haberte pegado, entiendo su enfado.

—Ya, mamá, pero de verdad...

—A partir de ya, se acabó Fran. Dejarás de verlo, de llamarlo... y tampoco te permito que preguntes por él. Volverás a tus estudios y a tus amigas. No saldrás los próximos fines de semana y quiero saber a cada segundo dónde y con quién estás.

Agaché la cabeza, no podía decir nada al respecto. No, de momento; más tarde trataría de pelear y negociar una tregua, pero hasta entonces no podía hacer nada, salvo aguantar el chaparrón.

—Tengo una pregunta, hija.

—Dime, mamá.

—¿Dónde se supone que está tu novio mientras tú estás ingresada en un hospital?

—No lo sé, mamá, no lo sé... No recuerdo nada... —sollocé—. Jose dice que lo dejó vomitando y que él me acompañó.

—Jose se ha ido.

—¿A dónde?

—No tengo ni idea, pero espero que a ajustar cuentas con su amigo.

No me había dado cuenta del instante en el que Jose había abandonado la estancia, pero mi madre sí.

—Estoy cansada —dije todavía llorando y cerré los ojos, rezando porque de verdad el sueño apareciera y me llevase lejos de allí.

* * *

—¿Ha venido la policía? —pregunta Adela haciendo gala de nuevo de su ingenuidad y logrando atraer mi atención.

—No, *babushka*, aquí la policía no entra; lo habrán limpiado todo los matones de Vladimir.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Anais?

—No lo recuerdo, toda una vida —confiesa encogiéndose de hombros.

—Soledad —murmura un poco más tranquila—, ¿me cuentas qué pasó después? Me refiero a la historia con tu novio...

—Después... después fue el principio del horror. Quedé con Fran para ir al cine y me pareció un chico normal de mirada canalla. Al principio me sorprendían las cosas que era capaz de hacer... Eran tan románticas que me convencí de que estaba viviendo mi gran historia de amor. Una noche, regresando de un paseo por el parque, vi unas rosas rojas preciosas y, sin decir nada, Fran, ni corto ni perezoso, se metió entre los rosales y me hizo un ramo. Nunca olvidaré cómo le sangraban las manos después de meterse de lleno en la rosaleda para cortar algunas para mí. Fue un gesto sencillo que me llegó al corazón. Fran lo era todo, el único. Era *él*. No tenía la menor duda, estaba segura de que nuestro destino era estar juntos hasta el fin de nuestros días.

—Nunca has hablado de él, *babushka* —interviene Anais, escuchándome con la mirada soñadora.

—No, pero creo que ha llegado el momento.

—¿Y después? —insiste Adela.

—Acabó el verano, comenzaron las clases y sólo dejé tiempo para Fran, pero el comienzo del curso trajo más cambios, unos que yo no era capaz de ver, pero que ahí estaban. Cada vez nos veíamos menos y, una noche de sábado en la que no habíamos hecho planes porque tenía un examen de griego el lunes siguiente, apareció por casa.

«Estaba estudiando, pero me ha salido otro plan mejor y vengo a decirte que voy a salir, solo, no estás invitada. Espero que no te importe», me dijo. Me importaba, claro, pero no quería que nada empañase la felicidad que me envolvía. Recuerdo que me sentí mal, abandonada y triste, mientras lo observaba bajar la escalera para irse en su moto cuando, de repente, soltó la moto de golpe contra el suelo y subió los escalones de tres en tres para estrecharme entre sus brazos y besarme profundamente, de esa manera que me dejaba sin sentido. «No olvides que te quiero», murmuró, como siempre que me besaba así.

—Eso es muy romántico —suspira Anais.

—Lo era. Eran esos pequeños detalles los que me hacían estar loca por él, pero, como ya sabéis, él no sentía lo mismo. Cada vez salía más sin mí y yo me quedaba en casa, sola, sin amigas, sin él... Un día, apareció Jose.

—¿Ese del que sigues enamorada?

—¿Sigo estándolo...? Supongo que sí... —suspiro, pensando en si de verdad lo estoy; al fin y al cabo, me aferro a él para no perder la poca esperanza que me

queda, ¿no es así?—. Llegó y me contó que había roto con la chica con la que salía, Vanesa, una de mis mejores amigas, porque los había pillado a ambos, a ella y a Fran, en la cocina en una actitud poco apropiada.

—¡Qué puta!

—¿En serio, Anais? —No puedo evitar sonreír.

—Sí, en serio. Nosotras somos prostitutas, pero no putas —puntualiza. A veces me arrepiento de haberle enseñado tan bien mi idioma.

—Está bien, pues la puta de mi amiga —digo sacando una sonrisa a mis dos oyentes— le decía que con ella tendría lo que yo no le daba y Jose los oyó. Yo no quise creerlo; pensé que eran celos, que estaba herido, pero el tiempo le dio la razón. Más tarde, esa semana Fran me llamó. Las cosas estaban tensas entre ambos y me di cuenta de que, en realidad, Jose me había dicho la verdad y lo que pasaba era que quería que yo rompiera con él porque no tenía valor para hacerlo.

—¿Qué valor va a tener un cabrón que vende a su novia?

—Sí, tampoco lo vi venir... No se lo puse fácil; si quería dejarme, que le echara huevos.

—Así se habla, *babushka*.

—¿Qué significa *babushka*? —interrumpe Adela.

—Es una muñeca de madera que dentro lleva otra y, dentro de ésta, otra... —trata de explicar Anais ayudándose con las manos.

—Ah, como las *matrioskas*.

—Sí, exactamente, sólo que a mí me gusta más la palabra *babushka*.

—¿Por qué nos llamas así?

—Porque somos *babushkas*, muñecas dentro de otras y de otras, unas más rotas que otras, pero todas parte de una misma —aclara Anais.

Un silencio inesperado nos pilla por sorpresa. Siempre me ha gustado ese término cariñoso que ella usa y ahora sé que tiene un significado más profundo del que pensaba; eso hace que mi corazón se caliente un poco, una sensación complicada cuando todo a tu alrededor es de un frío desolador.

—Me gusta que me llames *babushka*, me parece apropiado —comenta Adela, algo más animada—. Y, entonces, ¿qué pasó? —me pregunta a mí de nuevo; parece que no sabe decir otra cosa, pero no me molesta, al menos la estamos distraendo un poco del dolor.

—Le eché en cara lo que Jose me había contado; Fran lo negó todo, me dijo que la había rechazado porque estaba enamorado de mí y me besó para hacer las

paces... y quiso que el beso fuese mucho más allá, pero no estaba segura y me negué. «¿Es que piensas ser virgen toda tu puta vida? Tienes que espabilar, ¡coño!» me gritó enfadado.

—¿Qué le contestaste?

—Algo así como «¿Para ti, espabilar, es que me deje follar?».

—Ésa es mi *babushka*. ¿Y luego?

Ambas me miran con atención; nunca antes me había sentido preparada para contar lo que ocurrió, los acontecimientos que me llevaron a estar en este preciso instante. Sin embargo, ha llegado el momento, ya no duele tanto como para imposibilitarme respirar, parece que soltarlo deja un hueco dentro de mí que me permite sosegarme.

—Discutimos y me fui de su casa, sola, de noche y llorando. Iba sumida en mis pensamientos, triste y pensando todo lo que me estaba ocurriendo, cuando oí el ruido de su moto y sonreí al creer que me seguía para disculparse y llevarme a casa... ¡Qué tonta era!

—¿No fue así?

—No, Adela, no fue así. Pasó de largo y ni siquiera me miró. Como si no valiese nada. Como si todo nuestro amor no hubiese sido real, sólo una burda mentira. Y, sin esperarlo, Jose apareció. Me llamó y aparcó su moto. Al verme llorando, su rostro cambió; estaba furioso con su amigo. Al comprobar lo triste que estaba, me arropó entre sus brazos y me dejé acunar. «No te habrá puesto una mano encima, ¿no?» fue lo primero que preguntó. Le dije que no me había pegado, que me había gritado y que él tenía razón, que no me amaba, que no me quería a su lado, lo único que sucedía era que le faltaba valor para dejarme.

—¡Cobarde! —grita Anais enfadada.

—Lo fue. Me senté en un banco de madera junto a Jose y hablamos durante mucho rato; era mi amigo y siempre estaba en los momentos tristes, en los malos y en los pocos buenos que tuve.

Anais y Adela suspiran a la vez y de nuevo me sacan una sonrisa. Hoy voy a batir un récord, parece que soltar la carga pesada que acumulo me está sentando bien.

—¿Cómo es Jose? ¿Es atractivo? —pregunta Anais marcando la erre.

—Bueno, ahora no lo sé, pero cuando era más joven, era alto, moreno y con una intensa mirada azul.

—Es guapo. —Anais sonríe.

—Guapo, sí, era guapo.

—Deberías haberlo elegido a él.

—Lo hice, pero tarde. Me arrepiento cada día de todo lo que no le dije.

—¿Lo besaste? —pregunta Adela.

—Vamos, sal, el agua está fría —ordeno salpicando un poco su rostro— y tienes que dormir algo. La noche llegará antes de que te des cuenta.

—No quiero que llegue la noche —murmura con la voz rota.

—Créeme, ninguna queremos, pero, por desgracia, no podemos escapar de ella.

CAPÍTULO 12

Las palabras de Adela rondan en mi cabeza mientras Anais y yo la secamos y le curamos las heridas; las del cuerpo, pues las del alma nunca desaparecen, eso es algo que tendrá que aprender a sobrellevar.

Cada vez que intento pensar en otra cosa, la misma escena se repite una y otra vez, una y otra vez... como un bucle del que no tengo claro si quiero salir.

* * *

—¿Te estás dejando la barba? —Sonreía a la vez que pasaba una mano por la mejilla de Jose.

Éste abrió los ojos por el inesperado contacto y posó su mano sobre la mía, que todavía reposaba en su rostro. Sentí el calor nacer en mi estómago, pero decidí ignorarlo; «No es nada, tan sólo la situación, la noche, el estar a solas y tan a gusto con un chico guapo», me dije.

Pero el contacto se alargó; ninguno de los dos se apartaba y era como si un hechizo nos tuviese presos de la mirada del otro. Por un instante me pregunté cómo sería mi vida con Jose. Él era más tranquilo, más centrado y menos... peligroso. Nuestros rostros se acercaron un instante y, sin buscarlo, sucedió. La boca de Jose rozó mis labios sonrosados e hizo que me olvidase de todo: del dolor, de las preocupaciones, de la culpa. Jose me besó de nuevo, esta vez fue un contacto más profundo, sobre los labios y otra vez deseé abandonarme a mis deseos, pero no fui capaz.

—Lo siento —susurré—, no puedo.

—No, yo soy quien lo siente; me he dejado llevar.

—Fran me lo ha dicho, pero no quería creer que fuese verdad.

—¿Qué te ha dicho?

—Que sientes algo por mí, pero no puede ser cierto, porque te necesito como amigo.

—Soledad, si lo que necesitas es que sea tu amigo, lo seré, pero ten en cuenta que puedo esperar.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A que te des cuenta de que no es él.

—Tengo que irme, ya es muy tarde —dije para poner algo de distancia entre ambos; me sentía muy confusa.

—Te llevo a casa, ¿vale? —me propuso.

—Vale —acepté. Realmente era muy tarde para irme sola andando por la calle y tampoco me apetecía alejarme de él, a pesar de lo que le había dicho. Se subió a la moto y se percató de que no llevaba otro casco.

—Toma, ponte el mío —me ofreció.

—¿Y tú? —pregunté extrañada.

—Si tiene que pasarnos algo, prefiero que tú vayas segura —sentenció serio mientras me abrochaba el casco.

—Me queda grande. —Sonreí, nerviosa.

—Te va perfecto, estás preciosa.

Agaché la mirada y noté cómo mi rostro se encendía; seguramente estaba roja como una amapola.

—Sol, cuenta siempre conmigo, para todo, ¿de acuerdo? Y recuerda: no tienes que aguantarle nada que no quieras.

Tras esas palabras, asentí sin más y Jose arrancó el vehículo; pasé las manos por su cintura y noté lo fuerte que estaba, ¿desde cuándo? Inconscientemente paseé mis manos por su abdomen para comprobar que estaba en plena forma. De repente, una de las manos de Jose se colocó sobre las mías y comenzó a acariciarme como si nada, como si fuese lo más normal del mundo y las mariposas que aleteaban en mi estómago fuesen sólo producto de mi imaginación. Llegamos a casa y el momento de despedirse.

—Gracias. Por traerme. Por escucharme. Por estar ahí.

—Sol, de verdad, cuenta siempre conmigo —repitió dándome un beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

Antes de que pudiese contestar algo, Jose se había marchado con su moto y el casco en el brazo e, inconscientemente, acaricié la zona donde me había besado y, con un nudo en el pecho que no me dejaba respirar, me marché a casa con la cabeza tan liada como mi corazón.

CAPÍTULO 13

Cobos llegó al cuartel de la Guardia Civil, desde donde el capitán Blanco coordinaba la operación. Todo estaba revuelto, como él mismo; parecía que estaba, sin lugar a dudas, en el lugar adecuado y en el momento preciso. Vio a uno de sus compañeros pasar por su lado y decidió abordarlo.

—Busco al capitán Blanco —soltó sin más.

—¿Eres Cobos?

—Sí; lo siento, no me he presentado, teniente Jose Cobos.

—Sargento Alberto Vallejo, hemos hablado por teléfono. Ven, aquél es su despacho, te acompaño.

—Gracias, tío; no sabéis lo que supone esta información para mí...

—¿Es algo personal?

—Sí, era... es mi amiga. Una buena amiga.

—Parece que todos tenemos cosas personales contra ellos.

—Han hecho mucho daño.

—Capitán Blanco —llamó tocando a la puerta del despacho y abriéndola a la vez—, el teniente Cobos.

—Me alegra que hayas podido venir tan pronto —dijo desde detrás de la mesa, tendiéndole la mano.

—Dígame qué tenemos —preguntó sin dilación.

—Al parecer la vendieron a Rusia, a una casa de prostitución que regenta un tal Vladimir. Creemos que es la cabeza de todo esto a nivel internacional.

—Sí, así es; Vladimir es quien lo organiza todo, y todos, sin excepción, tienen que rendirle cuentas. Voy a hacer un viaje a Rusia y a conocerlo.

—Ten cuidado, es gente muy peligrosa, a la que no le importa la vida de los demás.

—Lo sé. Temía que Soledad hubiese ido a parar a Rusia. La utilizaron de moneda de cambio para saldar una deuda. Estará...

—No puedo asegurarlo, pero, según las anotaciones de las cuentas, aún no han recibido la totalidad del pago por ella.

—¿Eso significa...?

—Parece que la compró un tal Alexey; no hay más datos, sólo que pagó un millón y debe otro... así que es probable que permanezca con vida.

Blanco ojeaba algunos de los papeles que tenía sobre la mesa. Cobos no le quitaba el ojo de encima, cualquier cosa era importante, pero el dato del precio que habían abonado por ella lo había dejado fuera de juego.

—¿Un millón de euros? ¿Cuándo se supone que tiene que realizar el siguiente pago?

—Sí, un millón de euros; son unos bastardos con pasta. Según esto, dentro de tres semanas.

—Gracias. No sabéis lo que significa esto para mí... —trató de explicar Cobos, compungido. Después de tantos años de búsqueda, por fin obtenía una pista fiable que quizá lo llevaría hasta ella, quien probablemente seguía viva.

—Suerte, muchacho —le deseó Blanco, tendiéndole una copia del expediente.

Cobos asintió y se llevó el expediente de Soledad; se aferraba a él como si fuera oro, pues era la única prueba de que no estaba muerta. Todavía sin poder creerlo, empezó a trazar un plan de actuación que básicamente consistía en ir a Rusia a sacarla de allí sin importarle nada más, ni siquiera si tenía que hacerlo sin ayuda de nadie. Por fin podía ir en busca de Sol, su sol.

Por fin un poco de maldita buena suerte, después de tantos años. Durante todo el camino de regreso estuvo contento, incluso se atrevió a canturrear las letras de algunas de las canciones que sonaban en la radio. Deseaba llegar cuanto antes y prepararse para el viaje. Ahora sabía que la tenía el hijo de puta de Vladimir, y él iba a ir a conocerlo en persona y nada ni nadie se lo iba a impedir, como tampoco nadie evitaría que la trajera de vuelta, le costara la vida a quien le costase.

Llegó a Málaga de madrugada; no había parado para nada, sólo para repostar. Después del largo trayecto, no le quedaban apenas fuerzas y agradecía que Andrey le hubiese dado unos días libres para preparar todas sus cosas; necesitaba descansar y leer con detenimiento el expediente. Trazaría un plan de escape, encontrando una vía alternativa para largarse de allí cagando leches en cuanto la tuviese consigo.

Salió del coche tras aparcarlo en un callejón alejado de su casa; le gustaba ir andando y asegurarse de que nadie lo seguía.

De repente algo cambió en su visión, lo veía todo borroso. Las escasas

luces se fueron apagando lentamente hasta que, sin darle tiempo a nada más, se sumió en una profunda oscuridad.

Cuando abrió los ojos de nuevo, no reconoció el sitio donde estaba, pero lo tenían preso; la sensación de tener unas esposas resultaba difícil de olvidar. Ahogó un jadeo, estaba molesto.

«¿Cómo coño he podido ser tan imbécil?», se recriminaba. Había bajado la guardia y, por eso, en ese momento se encontraba en esa absurda situación. Impotente. Ya no servía de nada lamentarse, no podía hacer nada... más que esperar a ver qué era lo que sus captores querían. Lo habían atacado inesperadamente y a traición; por la espalda, mientras hacía planes para traerla de vuelta, mientras imaginaba la alegría que mostraría su rostro al verlo, al saber que no la había olvidado, su propia dicha cuando comprobase que estaba, por lo menos, con vida.

Y esos descuidos se pagaban caros, bien lo sabía él. Estaba esposado a una silla de pies y manos. Le habían cubierto la cabeza con algo oscuro y suave y, hasta entonces, no le habían hecho daño. Sólo sentía hambre y sed, mucha sed. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero iba a averiguarlo en breve. Se oía, cada vez más cerca, el ruido de unos tacones al andar. Firmes. Rotundos. Jose se preguntaba quién podría ser cuando la puerta se abrió y, con el aire fresco que llegaba de fuera, otro olor, familiar y que odiaba, le llegó con claridad. El aroma a lavanda inundó su alrededor; Olenka. Era su olor. Con una sola vez que se oliese su perfume era más que suficiente, pues éste se metía muy adentro; era espeso, amargo... ideal para una mujer como ella.

Notó cómo la luz se hizo a través de la oscuridad y una mano ruda le sacó la tela de forma brusca sin aflojar el lazo que llevaba alrededor del cuello, lo que hizo que al sacarlo le punzara un incómodo dolor.

—Cobos —siseó la serpiente.

—Olenka —saludó sin sorprenderse.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Varias opciones rondaron por su cabeza, entre ellas la de que habían descubierto que era el traidor que malograba todos sus envíos.

—No, no lo sé. Pero tengo la ligera sospecha de que me lo vas a decir tú.

Olenka se paseó con su repiquetear de tacones por el suelo húmedo y mohoso con las manos a la espalda. Su larga melena dorada se mecía con el movimiento y sus ojos, de un azul glacial, se perdían en un punto que Cobos no era capaz de descifrar.

Una malévola sonrisa se dibujó en su cara para hacerle saber que era la dueña de su destino en esos instantes.

—Sé quién eres —soltó sin más, mientras lo observaba con ganas de morderlo como la víbora que era.

—¿Quién soy? —trató de seguirle el juego para ganar tiempo. Un tiempo que se acababa para ambos.

—Quédate tranquilo, Andrey no sabe nada, sólo yo. Él no suele enterarse de nada. No le gusta ensuciarse las manos, pero yo disfruto de ello.

—Soy —continuó Jose— la mano derecha de Andrey.

—No, no lo eres. Lo sé... porque te recuerdo —murmuró acercándose a él y acariciando la incipiente barba de su mejilla—. Cuando te vi la primera noche, dudé... porque fue hace ya bastante tiempo. Eras más joven, es cierto, pero nunca, *nunca*, olvido una cara.

—No sé de qué crees que me conoces, Olenka, pero la primera noche que nos vimos fue la única también, la que nos presentó Andrey.

—No, no es cierto. Ahora estoy segura. Te recuerdo: aquel joven frustrado, que trataba de llamar con dedos torpes a una ambulancia mientras sostenía la cabeza de su amigo moribundo, para luego taponarle la herida inútilmente... eras tú.

Jose se quedó sin respiración, había dado en el clavo. ¿Cómo cojones lo sabía? Sólo podía ser porque ella hubiese estado aquella noche allí. De pronto sintió miedo, notó cómo sus entrañas se infectaban con el veneno que Olenka escupía con cada una de sus certeras palabras y supo, de repente, que iba a perder la oportunidad de traer a Soledad de regreso. Apretó los puños para que le sirvieran de apoyo y trató de soltarse, pero fue consciente de que no iba a conseguirlo; aun así, debía asegurarse de que hacía todo lo posible.

De nuevo, iba a perder. No iba a poder ayudarla, otra vez... y la impotencia lo consumía tan lentamente como la ponzoña que Olenka acababa de derramar con sus palabras por su cuerpo.

—Tu silencio habla por sí solo; tengo razón y puedo adivinar más allá —continuó—. Es a ella a quien buscas, ¿verdad?

Al oírla hablar de Soledad, se tensó de nuevo y la máscara que trataba de mantener se descascarilló sin poder hacer nada para evitarlo.

—Es así, ¿no? —silbó de nuevo la víbora con su dulce acento ruso, susurrando en su oído. El olor a lavanda era más intenso y Cobos notaba que le dificultaba la respiración, sentía que se ahogaba—. No necesito que digas nada,

con tu silencio me basta. Sé que estoy en lo cierto. Ella, la joven de ojos verdes y piel canela. Tan exótica... he oído que pagaron mucho por ella. Por su primera vez.

Al oírla hablar de Sol, Jose no pudo más. Trató de levantarse de la silla con todas sus fuerzas, peleó duro contra el acero de las esposas, pero, a pesar de la ira que se arremolinaba en su interior deseando escapar, no pudo hacer nada, salvo esperar a que ésta explotara dentro de su cuerpo y lo destruyese todo a su paso.

—Tranquilo, no quiero ofenderte ni molestarte. Si me haces un pequeño favor... te la devolveré —sentenció.

Jose se quedó inmóvil; tenía que pensar, pues no sabía nada de Soledad y estaba interesado en lo que le ofrecía. Sin duda era preciso mantener la calma, de nuevo, por ella.

—¿Todavía está viva?

—Sí, tuvo suerte.

—¿Suerte? —Sonrió triste y eso no tuvo que fingirlo.

—Sí: tiene un protector, uno rico. Eso significa que, mientras pague a Vladimir por ella la cantidad desorbitada que he oído que han pactado, la mantendrá con vida y en buenas condiciones. No dejará que nadie la toque o le pegue. Si enferma, tendrá oportunidad de ir a un doctor. Es mucho teniendo en cuenta dónde está.

—¿Sabes dónde la retienen?

—Sí, en su más lujoso club.

—¿En Rusia?

—Antes de seguir hablando de ella, quiero que hagas lo que necesito, después te daré todos los datos. Es más, yo misma voy a traerla de vuelta.

—¿Cómo sabes de ella?

—Yo la capté y siempre me gusta saber qué es de ellas.

La ira regresó con fuerza, intensificándose dentro de su cuerpo, y en ese preciso instante juró que acabaría con la serpiente... sin piedad, le arrancaría la cabeza, incluida su lengua viperina.

—Explícate.

—Buscaba a alguna chica con sus características, Vladimir se impacientaba en Rusia. La calidad de los envíos estaba bajando y, entonces, la vi. ¡Cómo sonreí! Supe al instante la cantidad de dinero tan grande que iba a recibir por ella, gracias a Marta, por supuesto.

Marta, Fran, Olenka. Todos relacionados, todos en contra de la persona más pura que él había conocido.

—Así que la entregó a cambio de que le perdonarais la deuda...

—Nadie lo obligó, él aceptó.

—Fran no tenía ningún derecho a hacer esa atrocidad.

—Puede ser, pero yo me salí con la mía. Nos dio toda la información que requeríamos y la vigilamos hasta que tuvimos la oportunidad perfecta. Cómo disfruté al verla alejarse del autobús y adentrarse sola por el camino solitario en un día tan lluvioso. Se trataba de un recorrido que nadie iba a hacer a pie y ningún conductor repararía en nada extraño, al llevar la vista fija en la calzada. Cuando puse mis ojos en ella por primera vez, supe que era justo el tipo de chica que calmaría a Vladimir. Fue una presa fácil, inocente...

—No tenías derecho, ni Fran. Ella era libre. ¡Me la arrebatasteis! —gritó fuera de sí.

—Cometió un error y lo está pagando.

—Ella no cometió error alguno.

—Sí, lo hizo. Se enamoró de la persona equivocada.

—Fran está muerto.

—Lo sé; Dmitry lo hizo.

—¿Por qué, si ya habías conseguido lo que querías?

—Porque osó amenazarme.

—¿Fran? No me lo creo, no habría tenido huevos.

—Los tuvo. Dijo que me iba a delatar, que la liberase, que estaba arrepentido.

—¿Y por eso lo mataste?

—Sí, lo quité de en medio.

—¿Qué daño te podía haber hecho? No estaba en condiciones.

—También lo sé. Era un miserable yonqui que no dejaba de aumentar la deuda. Aun así, Dmitry, de vez en cuando, necesita un hueso con el que jugar.

Cobos tomó aire; necesitaba un descanso, demasiada información, demasiados sentimientos, demasiado dolor... ¿Era Dmitry el que acababa con las prostitutas? En ese instante no tuvo tan claro que fuese Nicolay.

—¿Qué quieres que haga? —planteó por fin.

—En realidad, no te importa; sea lo que sea, lo harás, lo tengo claro. Puedo ver en tu mirada que la amas.

—Sí, la amo. Desde siempre. Por siempre.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—No sabes quién será la chica con la que te encontrarás ahora.

—Siempre seguirá siendo ella.

—No, no lo es. Ha cambiado, igual que tú. Ahora no eres ese chico con ilusión y esperanza, con ganas de creer que puedes cambiar el mundo. Ahora eres más... como nosotros.

—No es cierto.

—Sí, Jose, es la verdad. Sé que eres teniente. Te he investigado al saber que te conocía. Tengo infiltrado a alguien en el departamento. Sé que estás detrás de los últimos intentos, por tu culpa fallidos, de nuestros intercambios.

Jose sonrió; desde luego que había sido él el responsable de los chivatazos, pero nadie lo sabía. Ella no podía estar segura, debía de ser una suposición.

—Mis infiltrados me han dado toda la información sobre ti. Sé que nadie sabe que estás metido en esto porque me ha costado mucho conseguir algo. Mi pregunta es, ¿sigues de incógnito o has cambiado de bando?

—Eso no te incumbe. ¿Qué quieres? —Jose tan sólo sonreía. No pensaba darle más pistas de las que ya tenía.

—Quiero que te encargues de Andrey.

—¿Qué me encargue de Andrey?

Cobos miraba atónito a Olenka desde su posición de inferioridad en la silla. ¿Estaba pidiéndole lo que creía que le pedía? No podía creer que fuera eso... Lo quería desbancar, la serpiente quería el trono.

—Sí, quiero que acabes con su vida cuando estéis en Rusia.

—¿Por qué allí?

—Porque así yo tomaré las riendas aquí. Vladimir no va a dejar sus negocios desatendidos y me debe mucho.

—Así que quieres destronar al rey para coronarte reina. —Ella sólo sonrió sin decir nada, pero tampoco hizo falta, era obvio, ¿no?—. Tienes que asegurarme que está viva.

Esperaba una ratificación por su parte; la información que Blanco le había dado apuntaba a que así era, pero necesitaba que alguien de dentro se lo confirmara.

—Lo está. Es más, te diré que todavía le quedan dos meses de estar a salvo.

¿Dos meses? Juraría que Blanco y el informe decían que tres, ¿acaso le mentía para apremiarlo?

—¿Qué significa eso? —preguntó, aunque ya sabía a qué se refería, al último pago de Alexey.

—En dos meses, hará seis años de su secuestro. Su protector pagó por ella por esos años. Así que, mientras el contrato con Vladimir esté vigente, ella estará a salvo.

—¿Qué significa exactamente «un protector»?

—Cuando una muchacha llega virgen, lo que sucede en raras ocasiones, Vladimir la expone y la subasta, entregándola al mejor postor. De esa manera, saca de ellas mayor partido. En raras ocasiones, algunas se hacen con un protector. Éstos pagan unas cantidades de dinero enormes para tenerlas, para ser los primeros en follárselas... —Jose deseó de nuevo desatarse y poder golpear a la maldita serpiente—. No te enfades, es así, ¿o acaso pensabas que estaba allí estudiando ruso? —Jose se calmó; él ya lo sabía, y además había sopesado todas las opciones—. Piensa, mi querido Cobos, que al menos sólo ha estado con uno y no ha pasado de mano en mano, como la mayoría de las que caen en su poder.

—¿Y pretendes que te dé las gracias, Olenka?

—No, por supuesto que no. Sólo quiero saber si hay trato, ya me has entretenido bastante. Estoy cansada por hoy.

—Sí, hay trato. Cuando esté en Rusia, acabaré con él. Pero quiero saber el nombre del sitio.

—Aunque te lo diga, no podrás sacarla de allí; morirás antes de poder hacerlo.

—De todas formas quiero saber el nombre de la prisión donde está recluida.

—Edem. Está en el Edem.

—¿Cuánto han pagado por ella? —El teniente recordaba perfectamente la cifra que le había mencionado Blanco y quería comprobarla.

—Dos millones de euros: uno al quedársela, el resto al acabar.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, lo es, pero lo vale, ¿verdad?

CAPÍTULO 14

La noche llega y, con ella, nuestra tortura. Anais ha sido elegida esta noche por dos clientes diferentes, así que tendrá turno doble, como le gusta llamarlo. Adela tiembla sin parar por lo que le espera y yo... yo sólo deseo que esta noche Alexey aparezca borracho de nuevo y se quede dormido.

La puerta se abre. Lo espero, como siempre, con la más fina lencería en color blanco. A él le gusta el contraste de este color sobre mi piel canela. Lo miro y advierto que viene fresco y finjo una sonrisa que no siento. Sólo quiero que acabe pronto y se vaya. A veces no sé por qué me molesto en seguir viva, si muerta estaría mucho mejor.

He perdido la esperanza de poder regresar algún día, y seguro que mis padres me han enterrado y pasado el luto correspondiente.

—*Koritsa*, estás preciosa esta noche —me dice con su marcado acento, llamándome *canela* en ruso.

—*Spasiba* —le doy las gracias en su idioma.

Ésa es toda nuestra conversación. Las manos de Alexey acarician mi cuerpo con rudeza, como siempre, pero esta noche algo es diferente; yo. Ese momento me lleva a otro que tenía olvidado y en el que sentí miedo, casi tanto como la primera vez que estuve con Alexey.

* * *

Los días después de mi estancia en el hospital necesité desintoxicarme, y no del éxtasis que me había dado Fran, sino del propio Fran. No había sabido nada de él desde aquella noche y lo agradecía, pues tenía algo que me embujaba y me hacía perder la cabeza, aunque supiera que era un cerdo que no se merecía ni los buenos días. Una tarde, caminaba por la calle para reunirme con Jose cuando lo vi de nuevo.

—Vaya, vaya... ¿a quién tenemos aquí? —Se dirigió a David y a un nuevo compañero que yo no conocía, en tono burlón—. ¿Cómo estás, Sol?

—¿Acaso te importa? —escupí.

—Claro que me importa. Lo sabes —me acusó acercándose y agarrándome del brazo con fuerza.

—No, no te importa, lo sé.

—Seguro que vas a ver a ese capullo de Jose. Ese que bebe los vientos por ti y al que tú ni siquiera ves, porque sigues enamorada de mí. —Y dicho esto, le hizo una señal a su amigo para que nos dejara a solas.

—Sí, es cierto —dije con calma—: He tenido la gran desgracia de enamorarme de ti, pero ya le estoy poniendo remedio y aquí el único capullo que hay eres tú.

Ante la inesperada réplica, se quedó sin saber qué decir. No le hice ningún caso y seguí mi camino hacia el parque, cuando su mano sujetó la mía.

—Lo siento, Sol. Estaba preocupado, en serio. Quería verte, llamarte... pero ese gilipollas de Jose me dijo que tus padres te habían prohibido acercarte a mí y que estabas castigada de por vida, así que...

—Así que para qué molestarte en llamar, ¿no?

—Bueno, yo...

—No digas nada más, Fran. ¿Dónde coño estabas mientras casi me muerdo en el hospital?

—Estaba mal, mezcle éxtasis con alcohol y me sentó fatal. Gracias a Marta, que me cuidó, porque si no hubiese acabado ingresado también.

—Sí, gracias a ella... ¿Fuiste tú, verdad?

—Fui yo, ¿qué?

—Quien me dio el éxtasis, con el beso.

—La verdad... No sirve de nada mentir, ¿no? —dijo encogiendo sus hombros—. Sí, fui yo; te lo pasé con la lengua, no creí que fuera a sentarte tan mal.

—Eres un cabrón.

—Lo sé. Te quiero.

—Tú no me quieres; no sabes lo que es querer a alguien. Eres un egoísta que tan sólo piensa en sí mismo.

—Sol, dame otra oportunidad, de verdad que quiero cambiar. Últimamente sé que me paso de la raya con las drogas y con el alcohol... Todo es una mierda: Jose no me habla, mis padres están peor que nunca y no dejan de presionarme, mi hermano no quiere saber nada de mí, te perdí... Por favor, perdóname, Sol. Mi Sol. Mi reluciente y hermoso sol.

—Fran, déjame en paz, olvídame —contesté con mucho esfuerzo.

—Sólo dame el sábado por la noche. Es mi cumpleaños, no quiero pasarlo solo.

—Lo intentaré —susurré.

Me escabullí como pude el sábado por la noche. Fran me esperaba en un camino alejado de la casa para que nadie nos viese. Monté en su moto y nos marchamos juntos a un local del centro, el Tocata Bar.

Había gente de todas las edades y ponían buena música; era agradable, para variar. Nos sentamos y él se pasó toda la noche bebiendo ron con cola y empecé a preocuparme por su estado, aunque en el peor de los casos podría ser yo la que condujese la moto. Hablamos mucho, lo increpé por todo y él trató de defenderse como pudo, pero sabía que no tenía argumentos de peso para justificar sus acciones. Me había engañado desde el inicio; no sólo se follaba a Marta, también a Vanesa, desde el principio. Y me sentí tan ingenua... Un pensamiento acudió a mi mente, preguntándome si Jose lo sabría. Jose, mi Jose... Desde hacía un tiempo no podía dejar de pensar en él y me sentía extraña con Fran; me había acostumbrado a que fuese otra voz la que me hablara, otras manos las que me tocaran delicadamente con alguna que otra caricia inocente... Traté de concentrarme en lo que Fran me contaba; se había metido en líos de los que no sabía cómo salir y no estaba bien, había empezado a pincharse... estaba desesperado. Intenté verlo como antes, comprenderlo, pero el miedo que empezaba a inspirarme se instaló en mi estómago y creció a una velocidad vertiginosa.

—Pide ayuda a tus padres... —le aconsejé.

—Ellos no van a ayudarme. Nadie puede. He adquirido deudas... grandes deudas; al final acabaré mal, muy mal. Soledad, será mejor que te alejes de mí... Marta es mala, deliciosamente mala. Ella me conviene más que una putita virgen como tú, que se cree superior a los demás. —Sonrió con la voz pastosa por el alcohol.

—Yo, ¿superior? Qué equivocado estás... Tienes totalmente deformada la percepción de las cosas, del mundo...

—Sí, superior porque eres preciosa, lista, ingenua, agradable... todo lo que cualquier chica desea ser, y posees lo que todo hombre quiere. Y yo lo quiero. Quiero ser el primero en besarte, deseo ser el primero en estar dentro de ti... déjame hacértelo, Sol. Déjame. Me lo merezco; he esperado pacientemente, ahora deja que te abra las piernas y me hunda en ti...

—Eres un cerdo y estás borracho. No consentiré que me toques. Venir ha

sido un error... No te mereces ni mi perdón ni mi tiempo. Te odio, Fran, odio todo lo que me recuerda a ti, desde aquel primer encontronazo hasta el día de hoy. Lo único bueno que he sacado de ti es la amistad de Jose. Nada más.

Me levanté y salí por la puerta del bar. Pretendía buscar un taxi y pedirle que me llevase a casa. Me adentré por algunas calles desconocidas y que no estaban muy transitadas ni iluminadas en mi prisa por huir de Fran. No conocía demasiado bien la zona y temí haberme perdido. Una mano me giró y me topé con su mirada; glacial y decidida. Me agarró por la cintura del vaquero y me atrajo con fuerza mientras me desabrochaba el botón del pantalón.

Mi primera reacción fue quedarme paralizada por el miedo; estaba horrorizada, no sabía qué hacer, pero, gracias a Dios, la cordura regresó rápido. Fran tenía los pantalones oscuros ya desabrochados, iba a violarme... No necesitaba preguntarle lo que pretendía, su siniestra mirada lo decía todo.

—¡Déjame en paz! ¡No me toques! —gritaba a la vez que le golpeaba las manos, pero Fran me las apresó con fuerza, anulándome.

Mis gritos se transformaron en alaridos que helaron mi propia sangre. Seguí tratando de golpearlo enérgicamente, intentando impedir que llevase a cabo su plan, y algo en mi actitud desgarrada tuvo que activar la única fibra sensible que quedaba en su cuerpo, pues me soltó y se apartó para dejarme escapar.

Ésa fue la última noche que lo vi.

* * *

Ahora me siento justo así, como si de nuevo Fran me obligase a estar con él. Alexey me ha penetrado, por supuesto no lo disfruto. He aprendido a dejarle hacer su parte y yo me limito a no protestar. Anais me trae lubricante una vez a la semana para evitar los desgarros y el dolor. Por más que lo he intentado por mi propio bien, no he conseguido que nada de lo que Alexey me ha hecho me excite, ni siquiera ha llegado a ser algo soportable.

De nuevo soy aquella joven que desea librarse de un hombre que la humilla y contra el que no puede hacer nada. Estoy sola, perdida y triste, como he estado continuamente durante los últimos años de mi vida.

Cuando Alexey acaba, se va sin más. Esta noche no estaba hablador. Me alegro. Me alivia. He tratado de hacer lo que Anais me aconseja, pero soy incapaz de sentir nada por Alexey, ni siquiera tolero su charla o su compañía. Es mi castigo, un castigo eterno.

Paso la noche en un duermevela que me desespera; he recordado todo mi pasado de golpe y ahora sólo me apetece llorar. ¿Y por qué no? Estoy sola y hacerlo me vendrá bien, así que me cubro con las mantas y dejo que las lágrimas que guardo desde hace tanto salgan todas a la vez.

CAPÍTULO 15

Desde su asiento en el avión, Cobos divisaba cómo la tierra se iba volviendo cada vez más pequeña; las nubes eran espesos pegotes de algodón blanco que incitaban a ser acariciados. Sus pensamientos volaban de un hecho a otro. Debía ordenar sus ideas y el plan de acción, bastante precario, que había organizado.

Tenía claros algunos puntos: el primero era que debía sacar a Soledad como fuera de ese lugar en el que la retenían, era lo primordial; lo segundo que tenía cristalino era que debía evitar acabar con Andrey, pues se merecía un castigo más doloroso que una muerte rápida; el tercero era averiguar cuál de los hombres de Andrey acababa con las jóvenes prostitutas. Luego había otro punto que no tenía claro, pero que a ser posible quería resolver: cortar la cabeza pensante de raíz, y eso significaba derrotar a Vladimir, algo muy complicado, ya que estaba solo y bajo su cuenta y riesgo. También tenía un plan alternativo por si nada salía como esperaba, y ése implicaba acabar con Andrey para que la zorra de Olenka cumpliera su parte del trato y lo ayudase a rescatar a Soledad.

Se jugaba mucho... Acero le había dejado claro que no podían echar por tierra tantos meses de trabajo, además tampoco se fiaba del alcance de la banda, sabía de buena tinta que tenía hombres en todos lados, ocupando todo tipo de puestos: policías, jueces, abogados... Aunque, le había prometido que, si lograba sacar a Soledad del agujero donde estaba retenida, contaría con ayuda una vez que pisara España y haría todo lo posible para meter en prisión a toda la banda, pero dentro del antro que regentaba Vladimir estaría solo.

La Guardia Civil quería encontrar pruebas suficientes como para meter entre rejas a Vladimir, y también estaban tratando de que un juez diese por válidos los informes en los que aparecía su nombre, pero, al parecer, no bastaban para emitir una orden de arresto a nivel internacional. Cobos supuso que, de conseguirlo, el marrón caería sobre los de la Interpol.

El vuelo transcurrió sin percances y, una vez que hubo puesto un pie en suelo ruso, suspiró aliviado; al menos la primera parte del plan, que era llegar sano y salvo a Rusia, estaba cumplida. Entonces, más que nunca, debía ponerse

la máscara de frialdad que usaba cuando estaba con ellos y tratar de calmar todo lo que bullía en su interior. Debía mantenerse firme si no quería desbaratar sus planes al caer sobre sus rodillas al verla.

El aire era tan frío que le iba a servir como pegamento para que la máscara se fusionase a su piel y no se desvaneciese; esperaba que, el calor que sentía al pensar en Soledad, no fuese tan grande al verla como para derretirla.

Al salir del aeropuerto, un coche negro grande y lujoso los esperaba. Andrey pasó primero y él entró justo después, seguido de Dmitry y Nicolay.

Olenka y su tropa de indeseables se habían quedado en España; al menos, de momento, no suponían un problema y respiraría tranquilo durante unos días. Acero estaba al tanto de todo y vigilaría el más leve movimiento de cualquiera de los integrantes de la banda.

Andrey habló con el chófer en su lengua materna y el vehículo se puso en marcha, por lo que Cobos dedujo que se dirigirían a la mansión de Vladimir, esa prisión de hielo donde ocultaba a las chicas y donde hacía dinero con ellas.

Por lo que había oído, ese tipo era peor que todos los demás: despiadado, sin escrúpulos y, al contrario que le pasaba a Andrey, al parecer no le importaba manchar sus propias manos.

No era algo que lo asombrara; ¿cómo, de otro modo, se hubiese convertido en quien era?

El trayecto acabó y, cuando Jose bajó del coche, su sorpresa fue mayúscula, tanto que la máscara que se había autoimpuesto casi se desvanece en una milésima de segundo. Allí, frente a él, con letras brillantes, se podía leer «Edem».

El corazón se le disparó, al igual que la adrenalina. Detrás de esas anchas y largas paredes, en alguna de sus decenas de habitaciones, estaba ella. En alguna estancia.

Sola.

Asustada.

Prostituida.

Tuvo que contenerse con todas sus fuerzas, clavando los pies en la fría y dura nieve que lo cubría todo, para no echar a correr. La respiración se le aceleró. La tenía tan cerca, con tan sólo extender una mano...

—Os quiero detrás de mí. Haced vuestro trabajo —ordenó Andrey sin añadir nada más.

Éste comenzó a caminar y Dmitry, Nicolay y él mismo, sus fieles perros

guardianes, lo siguieron para cubrirle las espaldas.

A cada paso que daba, más cerca estaba de la entrada de la cárcel de Soledad, y más inseguro se sentía, pues miles de dudas lo asaltaban como bandoleros en un camino desolado.

Estaba ahí, tan al alcance de la mano... ¿Tendría la oportunidad de verla? ¿Habría sufrido mucho? ¿La reconocería? ¿Y ella a él?

¿La habrían tratado, en verdad, de una manera especial, tal como le habían comentado? ¿La habría cambiado mucho ese mundo? ¿Quedaría algo de aquella joven de la que seguía enamorado? La culpable de que su corazón se hubiese cerrado para cualquier otra estaba tras esa maldita puerta que deseaba aporrear hasta derribarla y así poder estrecharla entre sus brazos. Había pensado que no saber dónde estaba era el peor de los castigos, pero se había equivocado: estar ahí, sin echar a correr como quería para buscarla, era todavía peor, una tortura mucho más dolorosa.

Las dudas continuaron aguijoneándolo mientras subía la larga escalera de mármol tan blanco como la nieve que lo cubría. Las luces permanecían apagadas; no estaba seguro de la hora que era, pero aún era por la mañana temprano, aunque la oscuridad del cielo le impedía hacerse una idea más aproximada.

¿Estaría despierta? ¿Tendría derecho a deambular libremente por la gran casa que más parecía un hotel? Si se la cruzaba, ¿qué ocurriría? ¿Cómo iba a darle a entender que no debía decir nada? También cabía la posibilidad de que no lo reconociese, pues había cambiado mucho en esos años.

Perdido en sus pensamientos, atravesó la verja que rodeaba la enorme casa. En la puerta principal de la misma, unos hombres descomunales con abrigo de piel, que le recordaron de nuevo a grandes yetis, custodiaban la entrada. Éstos saludaron a Andrey con una inclinación de cabeza, mostrándole sus respetos, y les permitieron acceder al interior. Continuaron caminando tras Andrey en un silencio sepulcral. No sólo ellos no decían nada, pues en toda la casa reinaba un mutismo extraño, como si estuviesen en un lujoso cementerio.

Cobos calibró la situación y se dio cuenta de su desventaja: sólo eran ellos tres para defender a Andrey de un posible ataque. Si éste sucedía, sin duda iban a salir mal parados. Aunque nada tenía que pasar, ¿verdad?, iban en calidad de invitados. No eran enemigos, sino amigos. Andrey, a pesar de las observaciones de Olenka, era la mano derecha, al menos de momento, de Vladimir.

Otros dos esbirros de Vladimir les abrieron las puertas de una sala inmensa.

Ésta no parecía la estancia más idónea para mantener una charla discreta, así que consideró que los recibían allí con la intención de tener a los posibles enemigos a una distancia considerable.

—Bienvenidos —dijo en un español más que aceptable al verlos entrar una joven de pelo claro y ojos color zafiro.

Vladimir sonrió, sentado en su gran trono; resultaba evidente que quería dejar claro, desde el primer instante, que el rey que gobernaba ese mundo de mafia y corrupción era él.

Jose, al oírla, se sorprendió; tal vez pudiese hablar con ella a solas y descubrir algo sobre Soledad.

—Ésta es la sala de subastas —empezó a explicar la dama de hielo.

Cobos comprendió el significado de sus palabras, y Andrey intercambió con Vladimir una mirada complacida. Jose inclinó la cabeza para agradecerle a Vladimir el detalle de haberle facilitado una intérprete; en realidad, agradecía en extremo, más de lo que ese malnacido pudiese imaginar, poder contar con ella.

¿Sería una de las chicas que prostituía o sólo una traductora? Por la ropa que llevaba puesta, debía de ser una de sus rameras.

Andrey se acercó a Vladimir y se pusieron a hablar, olvidándose de los demás. La joven que parecía una ninfa de las nieves se acercó a Cobos.

—Resolveré cualquier duda que tengas. —Luego se le insinuó—: Vladimir me ha pedido que te trate con mucha amabilidad y que te dé *todo* lo que necesites. —Acabó la frase con una sonrisa pícaro en su boca demasiado maquillada.

Algo en su tono le dijo que ese «todo lo que necesites» se refería, sobre todo, a sus apetencias sexuales. Un regalo que Vladimir le ofrecía y del que no haría uso. No estaba allí para fomentar la prostitución, estaba allí por ella.

—Hablas muy bien español —la aduló tratando de iniciar una conversación.

La chica se sonrojó y Jose pensó en lo triste que debía de ser su vida si tan sólo por esa observación se azoraba. Realmente, era un asco cómo les robaban la juventud y la vida a todas ellas y, de nuevo, pensó en su Soledad... ¿qué quedaría de ella?

—Gracias; me enseñó un cliente que era de España y ahora lo practico a diario.

Esas palabras hicieron que el corazón de Cobos diese un vuelco. ¿Sería posible? ¿Sería con Soledad con quien lo hablaba? Quería pensar que así era,

pero no debía hacerse ilusiones antes de corroborarlo, ni dejar que se entreviese que su interés iba más allá de la mera curiosidad.

—¡Qué sorpresa! ¿Y eso? ¿Eres una enamorada de mi idioma?

—Tengo una compañera española —soltó sin más.

«Dios mío, cálmate, ¡cálmate, Cobos! No puedes estropearlo ahora, quizá sea otra, tal vez no sea Sol... Pero tiene que serlo, sería demasiada casualidad. Está viva, de verdad está viva...»

—Qué casualidad —dijo tan sólo, tratando de no parecer ansioso, sino simplemente sorprendido al encontrar a una compatriota en tierras tan lejanas.

—Yo la ayudo en lo que puedo, somos amigas.

—¿Podré conocerla? —demandó.

—No, eso es imposible, es una de las privilegiadas... —le aclaró sin más—. Me llamo Anais.

—Anais, como el perfume —murmuró mientras besaba su mano.

—Sí, como el perfume, el favorito de mi padre. Siempre le regalaba uno por su cumpleaños a mi madre; cuando me concibieron pensó que ponerme este nombre les recordaría su amor...

Anais contaba la historia con tristeza, sin duda, al recordar un pasado donde fue feliz. Sus padres debían de haber sido una pareja con una vida común y dichosa, algo que ella, por culpa de Vladimir y todos los demás desgraciados, no tendría.

—Así qué hay privilegiadas... y, eso, ¿en qué consiste?

—¿Trabajas para Andrey? —preguntó cambiando de tema.

—Así es, soy su hombre de confianza.

—No lo parece, no conoces mucho acerca de estos temas.

Cobos sonrió. Anais era una joven inteligente y había sido guapa, quizá todavía lo era bajo esa capa de maquillaje que apenas dejaba transpirar su piel. Evidentemente sabía lo que significaba, la perra de Olenka se lo había dejado bien claro, pero buscaba que Anais hablase sin presiones, pues lo último que necesitaba era que sospechase de él.

—Bueno, me encargo de su seguridad. Los negocios no son lo mío —replicó encogiendo los hombros.

—Sí, se nota —murmuró acariciando los brazos masculinos—; eres un hombre fuerte y... apuesto. —Cobos le devolvió la sonrisa. ¿Anais coqueteaba con él sólo porque Vladimir se lo había pedido o porque le parecía atractivo? A

lo mejor Vladimir le había ordenado que lo mantuviese ocupado para que descuidase la protección de Andrey; tenía que valorar todas las posibilidades.

—Gracias, Anais, también eres muy hermosa. Bueno, entonces, ¿me vas a poner al día?

—Sí, claro —contestó sonriendo de forma juguetona—. Llamamos «privilegiadas» a las que, por suerte, encuentran un protector.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que ellos pagan grandes sumas de dinero para ser los únicos en poder disfrutar de ellas.

—¿Y eso es un privilegio?

—Al menos te libras de estar con unos y con otros; algunas veces, incluso tenemos que estar con varios hombres diferentes en la misma noche. Ellas no.

—¿Os tratan bien?

Anais lo miró, de nuevo con tristeza, como cuando había recordado a sus padres, y miró a Vladimir. Su mirada perdida y silenciosa hablaba por ella. Anais sentía algo por el desgraciado que la tenía presa, ¿cómo era posible? Por un momento, Jose temió que Anais rompiese a llorar y le contase la verdad que ocultaban sus tupidas pestañas de oro.

—Sí, nos tratan muy bien. No es que yo me encargue de las nuevas, pero me encomendaron ayudar a Soledad.

Cuando Jose escuchó a esa voluptuosa diosa de hielo pronunciar el nombre de su amada Soledad, sintió que las rodillas no lo iban a sostener e iba a caer al suelo. Debía recomponerse, no podía permitir que sus sentimientos traspasaran la máscara, así que se concentró en que estaba allí... ya era una certeza, estaba en alguna habitación y, al parecer, no demasiado mal.

—¿Soledad? —musitó con la voz contenida.

—Soledad ha tenido mucha suerte, es la privilegiada del momento. Le pagaron mucho dinero a Vladimir por ella, aunque el contrato está llegando a su fin.

—Y, cuando finalice, ¿qué le pasará a tu amiga?

—Entonces, Vladimir debería dejarla ir.

—¿Debería? ¿Acaso no cumple sus promesas?

—Yo tenía que haberme ido hace mucho tiempo, pero siempre encuentra la manera de acrecentar la deuda mientras pueda seguir sacándonos partido. Y Soledad es una mujer muy hermosa, todavía puede ganar mucho dinero con ella.

—La voz de la joven volvía a ser triste, nostálgica. Había rozado la libertad y se la habían negado otra vez—. Una «queja» de un cliente, una mirada fuera de lugar, algo de valor que desaparece...

Anais seguía hablando con la mirada perdida; no lo miraba a él, tan sólo se dejaba llevar. Era una mujer que necesitaba contar a alguien sus problemas y Cobos había preguntado.

—Así que imagino que las mismas artimañas utilizará con Soledad.

—Con ella tiene más motivos que con las demás.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial?

—Quizá para ti no resultaría tan espectacular como se la considera aquí —«Créeme, lo es, y mucho más», pensó Cobos al oír esas palabras—, pero con esa larga melena oscura, su tez canela y esos impresionantes ojos verdes que no puedes dejar de mirar... es preciosa y ni siquiera lo sabe —continuó—; los hombres pagarán mucho por pasar sólo un rato con ella.

—Bueno —prosiguió Cobos apretando las manos para no derrumbarse—, por lo que me has explicado, ya ha ganado mucho dinero con ella, ¿no?

—Sí, se rumorea que su protector pagó dos millones de euros por ella. Creo que es la primera vez que sucede algo así.

—Con esa suma ya habrá saldado su deuda...

—Sí, claro, de sobra. Pero, como te he dicho, Vladimir hallará la manera de retenerla. Sólo ha estado con un hombre, así que tiene una larga lista de espera de hombres interesados en ella, dispuestos a pagar una gran suma, impacientes por disfrutar de su cuerpo.

Cobos metió sus manos en los bolsillos del pantalón para que nadie notase cómo apretaba los puños, que además le temblaban al tratar de contener toda la rabia, el dolor y la desesperación que en ese mismo instante gobernaban su cuerpo.

«Tiene una puta lista de espera. Una lista llena de nombres de desconocidos dispuestos a pagar para poseer su cuerpo, tan sólo por el placer de decir que ha sido suya, pero ¿eso qué tiene de mágico, si no es recíproco? Lo mejor es estar con una mujer que se entrega libremente. Nunca entenderé el placer de forzarlas. ¡Hijos de puta! ¡Cuánto habrá sufrido mi Sol, cuánto habrá llorado...!»

—Lo siento —susurró Jose sin saber qué más añadir.

—No tienes la culpa —murmuró Anais, que se había acercado a él más de lo conveniente.

—Siento que sí... trabajo para ellos, los protejo.

—Quizá, como nosotras, no tuviste elección.

«Cuánta razón tienes... aunque no seas consciente de ello.»

—¿Te gustaría irte? —soltó el teniente de repente.

Como respuesta, una sonrisa sincera, franca y triste.

—¿Y a dónde iría? ¿Qué haría con mi vida?

—Vivir —susurró Jose.

—No sé si sería capaz, esta vida te deja marcada para siempre. —El silencio los envolvió a ambos, que se miraban tratando de adivinar qué ocultaban los ojos del otro—. No pareces uno de ellos —rompió el mutismo Anais.

—Bueno, lo soy, pero es sólo un trabajo, no mi vida —replicó, y no mentía.

—Entiendo; yo también traté, durante un tiempo, de que no me afectara, pero, al final, esta mierda es tan espesa que te ahoga.

—Lo supongo. ¿Nunca has pensado en escapar?

—¿Tú me lo sugieres? —La risa de Anais fue fresca, auténtica.

Jose se encogió de hombros, sonriendo también; después de todo, si ella podía reír, ¿por qué no lo iba a hacer su Soledad?

—La verdad, español, es que no me gustaría correr el riesgo. He oído rumores.

—¿Rumores?

—Sí, sobre lo que los hombres de Andrey hacen a las chicas como yo cuando intentan huir, irse sin vuestro permiso.

—¿Hacemos? Te aseguro que nosotros no hacemos nada a las chicas como tú.

—Los rumores han llegado hasta aquí; a ellos les interesa que lo sepamos, así todas nos mantenemos dentro de la raya sin necesidad de amenazas. A ninguna se nos ocurriría escapar.

—¿Qué rumores? —preguntó Cobos para corroborar que era lo mismo que pensaba.

—Lo que les hacen a las que tratan de escapar o de delataros...

—Y, ¿qué les hacen? —insistió para que le confirmase que se refería a las jóvenes prostitutas que se habían encontrado. ¿Así evitaban que se sublevaran? ¿Contándoles cómo acababan con la vida de las otras?

—Nada —carraspeó poniéndose en guardia. El momento de intimidad había pasado demasiado rápido—. Vladimir me ha pedido que te muestre las instalaciones; ¿qué quieres que te enseñe?

—No lo sé, Anais; todo, supongo.

—Pues vamos, te daré una vuelta por la casa.

Anais se aferró al brazo de Jose como si de ello dependiera su vida, sin ser consciente de que probablemente ésa era la realidad.

CAPÍTULO 16

Jose estuvo atento a todo lo que Anais le mostró del lugar, memorizó las entradas y posibles salidas, dónde estaban colocadas las cámaras de seguridad, así como los matones que vigilaban el gran burdel a esa hora en el que permanecía cerrado al público y la vigilancia se relajaba. Cualquier detalle que creyó importante se grabó en su mente. Dio gracias una y otra vez a Dios por haberle otorgado una memoria casi fotográfica. Con suerte, no olvidaría nada de lo que había visto hasta entonces.

Anais le sirvió un vodka, que aceptó por cortesía y no porque realmente le apeteciera, y le dedicó un sinuoso baile privado.

—¿Es esto lo que haces todas las noches?

—No, ya no. No todas, sólo a veces. Desde que me asignaron a Soledad, gané algunas ventajas.

—Entonces, ¿qué haces?

—La ayudo, la aconsejo, la cuido...

—¿Sois amigas?

—Se podría decir que sí; la verdad es que es encantadora. Todavía recuerdo la primera vez que la vi, cuando despertó del sueño provocado por las drogas... Peleó, gritó y lloró con todas sus fuerzas, hasta que la advertí de que, si no se callaba, le darían una buena paliza y a alguna de nosotras también.

Jose cerró los ojos sólo un instante; deseaba ser capaz de poder borrar de su Soledad todos los malos recuerdos, que fuese como si nunca hubiesen existido, aunque en el fondo sabía que todo eso había dejado una huella incandescente en su alma. Una marca imborrable que ni siquiera el paso del tiempo lograría eliminar.

—Debió de ser muy duro.

—Sí, lo es. La primera noche es la peor; yo lo pasé mal, verdaderamente mal, pero Soledad casi no lo cuenta.

—¿La lastimó?

Cobos tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano al escuchar esas palabras para no salir corriendo y llamarla a gritos por toda la casa para sacarla de allí aunque tuviese que matar uno por uno a todos los que la habitaban. Se clavó las

uñas en sus propios muslos para que la ira no le jugara una mala pasada y lo estropeará todo cuando ya estaba tan cerca de encontrarla, por fin, después de seis largos y duros años.

—No, no, bueno, no más de lo normal. Pero ella tenía herida el alma. Aún me acuerdo del olor a vómito unido al sonido del llanto. La encontré tirada en el suelo del baño, con la cara inflamada y los ojos rojos por la llantina, y las pequeñas venas del rostro rotas por el esfuerzo de devolver todo lo que contenía su estómago.

Jose no tenía fuerzas para seguir escuchando lo que le contaba, resultaba tan duro... demasiado doloroso, y no podía ponerse sentimental, se jugaba el pellejo, el suyo y el de Soledad, pero era tan difícil permanecer impasible... Necesitaba aguantar hasta ponerla a salvo. Después, ajustaría cuentas con Olenka; puede que Fran ya no estuviese, y deseaba con toda su alma que estuviese ardiendo en el mismísimo infierno, pero Olenka estaba viva y pagaría por cada una de las noches infernales que le había hecho pasar a Sol, por cada una de las más de dos mil noches. Sin embargo, de momento debía centrarse en sacarla de allí, pero ¿cómo lo lograría solo? Ésa era una pregunta con una respuesta difícil y enrevesada, así que mejor se lo planteaba sobre la marcha, porque, si no, no iba a ser capaz de llevar a cabo el rescate. Y, si algo tenía claro, era que de allí se la llevaba de una forma y otra.

Volvió a colocarse la pesada máscara en su sitio, la que le permitía mantener ocultos sus verdaderos sentimientos, para poder pensar con frialdad. Tenía que pensar como el teniente que era, para poder rescatarla, y como el matón que jugaba a ser, para poder salir ileso de ese sucio agujero en el que se había colado.

* * *

Estoy nerviosa, algo sucede en la casa. Visitantes. Visitantes que llegan de España, y uno de ellos es español. Me duelen las rodillas, pues me he pasado lo que Alexey me ha dejado de tiempo libre rezando sobre la alfombra, a los pies de la cama. He rogado a Dios que ese compatriota que está de visita desee ayudarme, para que me saque de este antro que me come viva.

He rezado para que no sea un degenerado más, aunque soy consciente de que es una posibilidad ínfima.

De todas formas, voy a intentarlo. Cuando amanezca voy a tratar de verlo, de contactar con él a través de Anais. Vladimir le ha pedido que se encargue de él. Vlad, a pesar de comprender y hablar mi idioma con bastante fluidez, se niega a hacerlo. Anais ha estado encantada de acatar esa orden, como cualquier otra que la libre de estar a disposición de los clientes.

Nerviosa, paseo por la habitación. Estoy ansiosa porque Anais llegue y me ponga al día sobre el invitado. De repente, la puerta suena con varios golpes de nudillos que hacen que me levante de prisa y corra hasta ella.

—Hola, ¿me esperabas? —se burla.

—¡¡Ya sabes que sí!! —grito eufórica—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—Vamos, Anais, no seas así, cuéntame...

—Pues el español es gentil y amable y tiene una bonita sonrisa, aunque sonrío poco. Parece triste.

—¿Sí? ¿Y qué más?

—Es guapo y fuerte. Tiene unos ojos tan azules que parecen zafiros.

—No entiendo nada, ¿es gentil y amable? Pero ¿no es uno de los matones del tipo que lleva la organización en España?

—Sí, a mí también me ha sorprendido mucho, pero ¿sabes qué me dijo?

—No, ¿qué?

—«Es un trabajo, no mi vida.»

—Vaya... sí que es diferente.

—Es uno de esos chicos con los que te casarías.

—Eso quedó en el olvido —suspiro; de todo lo que Anais me ha explicado, me quedo con lo que considero más importante: es gentil y amable. Tal vez me ayude, nos ayude a escapar a las tres, pues no podemos dejar a Adela aquí.

Me distraigo un momento con mis pensamientos... Le suplicaré que nos saque de este agujero, éste no es nuestro sitio. El mío, al menos, está junto a mis padres, mi familia... y quizá mis amigos, si es que alguno de ellos quiere volver a verme.

Se oye ruido al fondo del pasillo y salimos y nos acercamos sigilosamente para ver qué sucede, para arrepentirnos de inmediato, pues dos de los hombres de Vladimir llevan a rastras a una chica joven; parece... muerta. Su cabello cuelga sobre su rostro como si fuese una muñeca de trapo llevada por un niño.

—No mires —me advierte Anais, pero es tarde. Ya lo he hecho y lo he visto.

—Es... es... ¡Oh, Dios mío! —grito sin poder contenerme.

—Te he dicho que no miraras —me increpa Anais—. Vete a tu habitación. Sí, es Adela. Voy a ver si averiguo qué ha sucedido, *babushka*. Mantén la calma, por favor.

—Dios mío, Dios mío... —repito sin cesar.

Me doy la vuelta con las manos en la boca. Necesito soltar todo lo que desea salir de mi pecho, pero no puedo: si exploto, seré la siguiente a la que saquen así y, aunque eso no me hubiese importado días atrás, ahora es diferente, hay una pequeña ventana abierta para mí.

Camino temblorosa por el pasillo para ocultarme en mi habitación. Las rodillas apenas me sostienen y trato, desesperada, de encontrar el aire que me falta, cuando de pronto noto una mano que me agarra desde atrás por la cintura y otra que me tapa la boca, pillándome desprevenida, y luego me encuentro suspendida en el aire. Esas mismas manos me cargan hasta encerrarme en mi cuarto, que permanece en penumbra, y sólo consigo agitarme en el aire, desesperada por liberarme.

—Chist —me susurra al oído—. No grites, Sol. No grites, por favor —me ruega.

Al oír sus palabras en mi lengua natal y detectar con claridad que me llama por mi nombre, me relajo. ¿Será posible que, después de todo, este hombre esté dispuesto a ayudarme? Escucharlo me reconforta; me resulta... familiar.

Asiento con la cabeza para que entienda que no voy a chillar y me gira hacia él. Al tenerlo frente a frente en medio de la semioscuridad, mi corazón se detiene un instante y me quedo sin aire; no puedo respirar. Todo lo que deseo decirle se acumula en mi garganta, comprimiendo mi pecho hasta imposibilitarme la entrada de oxígeno.

—No grites, por favor —me pide de nuevo, ¡cómo si pudiese decir algo!—; si lo haces, me van a descubrir y no podré ayudarte. Soy yo, Sol, soy Jose. He venido a por ti.

—¿Qué? ¿Eres...? —pregunto sin saber qué sentir. Soy incapaz de procesar qué me dice ese hombre que tengo frente a mí; miles de cosas pasan por mi cabeza tan deprisa que estoy confusa. No puedo verlo con claridad, pues la luz de mi habitación está apagada, pero, en ese momento en el que todo comienza a saturarme, un rayo plateado entra por la ventana e ilumina el rostro de... Jose. Mi mente, al procesar lo que veo, encaja todas las piezas, pero... ¿es posible? ¿Es real? ¿O sólo un engaño de mi subconsciente? Lo miro con atención, tratando de

controlar las emociones que amenazan con dejarme fuera de juego. Su voz familiar, esos ojos que me observaban con intensidad, ese rostro anguloso... ¿puede ser él?

Mis manos se pasean por el rostro de quien dice ser Jose, que cierra los ojos para disfrutar de mi caricia... Mis dedos dibujan su mejilla rasposa. Es cierto. Es real. Es él y está aquí, conmigo. Por fin.

Tiemblo por la emoción mientras froto con mis manos el vello que cubre el rostro que me ha servido de guía todas estas malditas noches y lloro con tanta intensidad que por un segundo creo que voy a morir en este preciso instante.

Jose no abre los ojos; percibo por la expresión de su cara que pasa del alivio a la tortura que siente, algo parecido a lo que ahoga mi interior. Es tan hermoso que esté aquí... He soñado con este momento tantas veces...

—¿Eres tú? ¿Eres mi Jose? ¿Mi querido amigo? —«¿Ese al que he inventado tantas noches, ese cuyo beso me dejó marcada de por vida, ese mismo al que acudo para olvidar que es el cuerpo y el rostro de Alexey el que me posee?»

Barajo todas mis posibilidades, es algo que he tenido que aprender a la fuerza, y llego a la conclusión de que no tengo nada que perder; si es cierto, si está aquí conmigo de verdad, estoy salvada, por fin.

—Jose... —murmuro de nuevo.

Al escuchar mi voz llamándolo otra vez, abre sus ojos y se topa con los míos, tan sorprendidos y emocionados como los suyos en este instante. Las lágrimas no dejan de bañar mi rostro.

—Te he encontrado... —susurra tan bajo que me cuesta oírlo—... viva —suspira como si no lo creyese—. Al final tanto sufrimiento ha merecido la pena —confiesa—. Soledad, mi Sol... —musita cerca de mi boca.

—Jose, ¿de verdad eres tú? —murmuro mientras continúo la caricia, tan suave que parece el aleteo de una mariposa.

¡Quiero decirle tantas cosas! Pero soy incapaz, mi voz se ha evaporado en ese mar de sentimientos que llena mi interior y no sé si voy a poder regresar o moriré ahogada junto a todas las palabras que quiero expresar en este momento y no sé cómo. Cierro de nuevo los ojos tratando, en un acto desesperado, de recuperar las fuerzas que he perdido y la calma que me falta, pero la caricia me distrae y me sume en un cálido oasis del que no quiero escapar, jamás.

Asiente, exhausto, con las lágrimas resbalando de sus cansados ojos. No puede hablar. Está tan impactado como yo misma.

—¿Cómo...? ¿Por qué...? ¿Qué...? —intento formularle muchas preguntas, pues quiero saber cómo ha descubierto mi paradero, por qué está aquí, qué pretende que hagamos ahora, pero todavía no puedo creerlo y soy incapaz de completar ninguna de las preguntas que me asfixian de emoción.

Lo tengo frente a mí; sin duda es él... No es un sueño ni producto de mi imaginación. Ha cambiado, está más maduro. Ha perdido cualquier rastro de la infancia que compartimos, de ese adolescente de rasgos redondeados y con pecas que conocí y del que me enamoré demasiado tarde. Ahora es todo un hombre, tan atractivo como Anais me había dicho. Sus ojos zafiro se han oscurecido, tal vez por los años y el dolor, igual que su rostro.

Necesito tocarlo de nuevo, confirmar que realmente lo tengo delante, y mis dedos vuelven a acariciar el rostro masculino. Me gusta la sensación, la caricia áspera gracias a la incipiente barba que cubre sus mejillas.

Jose parece más sosegado y me observa con la misma intensidad con la que lo hago yo. Con hambre. Quizá recordando aquel beso que compartimos.

—Soledad —dice por fin—, ¿estás bien?

—Eso ahora no importa; dime, ¿qué haces aquí?

—He venido a por ti, ¿no es obvio?

—¿De verdad? Pero... ¿cómo? ¿Eres uno de ellos...?

—Bueno, es una larga historia —suspira.

Los dos nos miramos, como si lo que viésemos fuesen visiones emborronadas por las lágrimas que no hemos podido contener durante más tiempo.

Jose... el hombre que se ha atrevido a bajar al infierno dispuesto a correr el riesgo de enfrentarse al mismísimo Satanás para liberarme.

Sin poder contenerme más, me aferro a él y lo abrazo con toda la fuerza que me queda para asegurarme de que es real y, cuando él me envuelve entre sus brazos, mi cuerpo se agita sacudido por unas lágrimas que, por primera vez en muchos años, son de felicidad.

—Soledad —susurra—, debemos tranquilizarnos.

—¿Crees que podría? —contesto hipando—. Soy tan feliz, y justo hoy, el día de mi cumpleaños.

—Sí, sé que hoy es tu cumpleaños. He llegado a tiempo para soplar las velas.

—Todavía no había pedido mi deseo y, aun así, se ha hecho realidad.

—¿Y qué ibas a pedir?

—Un héroe en un caballo blanco.
—No soy un héroe —replica, y sonríe triste.
—Sí, lo eres. Siempre lo has sido.
—Tengo tantas preguntas.
—Y yo. ¿Cómo están mis padres?
—Destrozados, no voy a engañarte... pero siempre les doy ánimos. Saben que sigo buscándote, que no me he rendido.
—¿Eres uno de ellos?
—No exactamente, pero ahora no podemos hablar de nada. Las paredes oyen.
—Ya me siento a salvo, estás aquí.
—Sólo necesito saber cómo sacarte de este maldito lugar. En cuanto lo tenga claro, nos iremos, pero debes estar preparada para salir en cualquier momento.
—Siempre estoy preparada, no hay nada que desee llevarme conmigo. Nada.

He sufrido tanto que no sé cuándo los recuerdos pueden aplastarme y hacerme caer, pero confío en que, con el tiempo, mis heridas van a sanar; aunque profundas, no son mortales, y él me va a ayudar. Siempre ha estado a mi lado y siempre lo va a estar, lo sé. Desconozco cómo, pero lo sé. Igual que he conseguido enterrar algunos momentos de mi vida, enterraré estos años; esta vez, espero, bajo pesadas capas de felicidad.

Ha venido a buscarme, ¿qué mayor prueba de amor que ésta? Él va a borrar todos los recuerdos horribles, los besos de Alexey, sus caricias. Las sustituirá por otras nuevas, otras que desearé y permitiré.

Detecto que no puede contenerse más, me mira igual que aquella vez que me robó el primer beso. Sube despacio sus manos por mi espalda y las pasa por mi cuello. Me atrae, con lentitud. Sé que me da tiempo, que me pide sin palabras que lo rechace si lo deseo, pero no quiero alejarlo. Nunca más voy a alejarlo, ya he sufrido por lo que hice y ya me he arrepentido bastante.

Dejo que se acerque bebiendo de sus ojos las emociones que me transmite; posa su nariz sobre la mía y suspira cerrando los ojos. Ese simple contacto lo ha hecho estremecer, lo noto porque respira agitado.

En respuesta, jadeo y cierro los ojos esperando que pose sus labios sobre los míos, ¿estoy loca por desearlo después del infierno que he sufrido? Tal vez, pero no hay lugar en mi vida para las lamentaciones ni para arrepentimientos. Quizá

no consiga salir con vida de aquí después de todo, y me niego a seguir soñando con algo que tengo al alcance de las manos, algo que se ha hecho realidad en un instante inesperado.

Sus labios se posan en mi mejilla y el calor recorre mi cuerpo; sus dedos acarician el contorno de mi cuello como para asegurarse de que soy real; todavía nos cuesta creerlo. Abro los ojos y me encuentro con los suyos, parece que se han vuelto más claros, que es feliz.

—¿Estás segura, Sol? —murmura sin dejar de rozarme.

—Nunca he tenido nada tan claro —confieso.

Y su boca se posa sobre mis labios, un suave beso que me llena de algo parecido al amor que una vez pude sentir y me hace vibrar y creer que tal vez sí que exista una manera de juntar mis trozos y que tan sólo consista en que él me abrace fuerte, muy fuerte.

El delicado beso termina con ambos jadeando y su boca se acerca de nuevo a la mía y me besa con mayor intensidad, dejando que su lengua saboree la mía, tratando de calmar el hambre que he alimentado durante tantos años con mis fantasías. Su sabor no ha cambiado; es el mismo, incluso mejor de lo que recordaba. Antes de darme cuenta, estamos enredados en un beso que nos arranca destellos de pasión. Éste acaba y nos miramos sin aliento, perdidos en la mirada del otro, celebrando el reencuentro y saboreando una libertad que está tan próxima que puedo tocarla con la punta de los dedos.

CAPÍTULO 17

Tras la puerta, un llanto ahogado, profundo y triste pasó desapercibido para ellos. En la cabeza de Anais, que acababa de oírlo todo por casualidad, pues su intención era contar a Soledad lo que había descubierto sobre la muerte de Adela, tan sólo resonaba esa palabra: «nada». No había *nada* que quisiera llevarse de ese lugar... ni siquiera a ella... a su mejor amiga, después de todo lo que había hecho por ella... pero no lo iba a tener fácil, nadie saldría de allí con vida antes que ella.

* * *

Jose abrió los ojos y encontró sólo oscuridad; le dolía la cabeza y supo que de nuevo estaba maniatado a una silla y con una capucha puesta. Dos veces en muy poco tiempo; se estaba convirtiendo en un guardia civil muy descuidado. Y torpe. Lo cierto era que en ese mismo instante no era capaz de llamarse teniente a sí mismo.

¿Quién habría sido? ¿Los esbirros de Andrey? ¿Los de Vladimir? ¿Los de Olenka? ¿En qué clase de lío estaría metido? «Ahora, precisamente ahora, no, no me viene nada bien, la verdad. La he encontrado y estamos a punto de largarnos de este maldito lugar.»

Afinó el oído... Pasos, luces... cámara y acción. Era como estar en una peli, sólo que no tenía a un especialista para que le sustituyera en las escenas de riesgo.

Alguien tiró de la capucha con brusquedad, hiriéndole de nuevo la piel del cuello. Parpadeó varias veces para enfocar con claridad y acostumbrar los ojos a la brillante luz que lo apuntaba amenazante. Una luz muy potente, demasiado después de tanta negrura.

Era incapaz de distinguir rostros, tan sólo borrones con manchas, que dedujo que eran bocas y ojos. Palabras en ruso, algunas conocidas, otras no tanto. Estaba completamente desorientado hasta que una figura masculina, peligrosa, fría y a la que conocía, se acercó.

—Así que eres de los buenos... —La voz de Vladimir era tan cortante y dura como su aspecto. Un demonio de piel clara y ojos fríos. Era aterrador. Si de algo estaba seguro era de que ese encuentro no iba a terminar bien... al menos para uno de ellos. Estaba tan triste, lo sentía tanto... no por él, sino por ella. Por su Soledad, su niña a la que por fin había encontrado... y sin embargo...

—Sí, lo soy; soy teniente de la Guardia Civil, para más información. — Cobos sabía que era inútil mentir a esos desgraciados; valoraban más la sinceridad y no toleraban que tratasen de tomarlos por idiotas.

—Lo sé, gracias por no pretender insultar mi inteligencia mintiéndome.

—Hablas muy bien español; pensé que no lo hacías.

—Sí. Lo hablo sólo cuando no me queda más remedio; no me gusta — explicó con desdén—. Demasiadas palabras para un mismo objeto, aunque, ahora, tal vez me venga bien. —Sonrió—. El teniente de la Guardia Civil Jose Cobos —leyó de un dossier—, interesante. ¿Cuánto llevas con Andrey?

—Casi un año.

—Eso es mucho tiempo para sostener una tapadera, debes de ser muy bueno... —murmuró.

—Al parecer, no tanto —contestó sonriendo.

A Vladimir le gustó su descaro y seguridad, y sonrió complacido.

—Un año interponiéndote en nuestro camino es difícil de perdonar.

—Ponte a la cola, al parecer hay algunos antes que tú que desean cobrarse mis pecados.

—¿Otros? ¿Quiénes?

—Ninguno tan importante como tú, desde luego.

—Por otro lado, ¿por qué ella?

Jose no tuvo que preguntar a quién se refería, ni era necesario que se hiciera el tonto; ese hombre podía ser una alimaña de las peores, pero era inteligente y, en ese momento, tenía la sartén por el mango.

—Porque es *ella* —dijo sin más.

—Entiendo. Sé qué significa esa mirada en un hombre. Es muy loable por tu parte... y valiente... estúpido, pero valiente, haberte arriesgado así por una fulana.

—No es una fulana.

—Sí, lo es. Una de mis fulanas, por si no lo sabías.

—¿Cómo lo has averiguado, Vlad? Puedo llamarte Vlad, ¿verdad?

—No, no puedes, teniente. Ayuda extra y, además, inesperada. —Sonrió—. ¡Hacedla entrar! —ordenó.

Al oír esas últimas palabras, empezó a temblar. Pensó en Soledad. ¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría herida? Sentía cómo la furia lo invadía y le llenaba la boca de un amargo sabor parecido a un vino rancio. Si le habían hecho daño, no se lo perdonaría. En ese instante lo supo, tenía un lado oscuro. La certeza de que, si le habían tocado un solo pelo, iba a destrozarlos a todos, lo sorprendió. No se conformaría con menos, no los perdonaría. Acabaría con sus vidas sin pestañear, como si pisara cucarachas.

La puerta se abrió y un hombre, tan alto que tuvo que agachar la cabeza para no chocar con el marco superior de la misma, entró. A sus hombros, una chica. El cabrón la llevaba esposada, de un pie y una mano. Sus sentidos se pusieron alerta, y se removió inquieto en la silla bajo la divertida mirada de Vladimir. Era un cerdo que sabía exactamente lo que pensaba Cobos, cuáles eran sus reacciones, lo que estaría sufriendo en ese instante... y se divertía a su costa. Disfrutaba con su dolor.

—Egor —ordenó Vladimir—, tira a la puta perra al suelo... para que la vea.

—Si le has puesto un dedo encima, hijo de puta... —lo increpó mientras trataba de liberarse de la silla y deshacerse, con torpeza, de las esposas que lo mantenían fijo a ella. Por más que las miraba, no era capaz de hacerlas desaparecer; si tan sólo bastase para derretirlas el fuego que lo consumía...

La chica cayó al suelo, desplegando su rubia melena en la dura y fría superficie y mostrando su rostro. Jose respiró más tranquilo, no era ella. Era Anais, la amiga de Soledad, pero ¿por qué?

—Veo, teniente, el alivio en sus ojos —recalcó Vladimir.

—No siento alivio, cabrón. —No era cierto, lo sentía, así como culpabilidad por hacerlo.

—Sí, lo has sentido al ver que no era tu pequeña Soledad. Tu *babushka*.

—¿Qué la has hecho?

—Egor le ha cortado la lengua. Por hablar más de la cuenta.

—¿Qué te dijo?

—Me contó que os vio a ti y a Soledad, en su habitación. Y lo que hablasteis.

—¿Y como recompensa le cortas la lengua y la torturas?

—Aquí no se perdona a los traidores. Aunque me beneficien, no puedo

estar seguro de que en otra ocasión no me delatarían delante de otros.

—Estás enfermo

—Egor, acaba el trabajo.

Egor parecía Frankenstein; su cuerpo grande y desgarrado, adornado con cicatrices en la cara y en el cuello, su manera de andar... daba escalofríos.

Jose se preguntó, asustado e intrigado, qué demonios iba a hacer Egor con la chica. ¿Acaso no había sufrido ya bastante?

El gigante apareció de nuevo, llevando consigo una plancha grande, como una puerta pero metálica, y la puso sobre Anais. La pobre apenas estaba consciente; la habían golpeado hasta dejarla sin sentido. ¿Era el mismo modus operandi de su asesino...? ¿Lo tenía frente a sí e iba a terminar con la vida de una de sus víctimas delante de él? ¡Joder! No podía hacer nada por impedirlo. Sentía una impotencia tan grande... no podía hacer nada para evitarlo, ¡nada!, y eso lo frustraba.

Pensó con tristeza que él también iba a morir allí, tan cerca de conseguir liberarla, de darle la oportunidad de empezar de nuevo, junto a él... de olvidar todo el oscuro pasado, de ser felices como se suponía que deberían de haber sido... si los hubiesen dejado.

Egor sacó una navaja de su pantalón e hizo un corte en la muñeca que Anais tenía libre y otro detrás del pie, justo donde estaba el tendón de Aquiles. La muchacha ni se movió; apenas tenía fuerzas para ello, ni lengua para protestar.

La sangre comenzó a salir y Egor la miraba pasmado. Maravillado. Era un jodido cabrón que disfrutaba matándolas.

—Acaba con ella, Egor —ordenó Vladimir.

Y la sonrisa de Egor le heló la sangre. Se subió sobre la plancha y comenzó a balancearse sobre ella, usando el cuerpo de Anais como punto de apoyo de un improvisado columpio. Así era como los huesos de las víctimas acababan rotos. La sangre de la joven salía a presión cada vez que ejercía fuerza sobre su cuerpo. Era corpulento y alto; Anais se veía tan pequeña a su lado...

—¡Detente! —ordenó el teniente con la voz quebrada.

Pero Egor siguió con su ritual mientras entonaba en voz baja una dulce canción, casi como una nana, arrullándola mientras la desangraba viva. Después de unos segundos, que a Jose le parecieron una eternidad, la sangre comenzó a escasear. Un charco a su alrededor teñía el cabello dorado de Anais de un tono anaranjado, como el sol cuando se oculta.

Anais ya no se movía, no quedaba vida en su cuerpo; al menos lo consoló pensar que no había sufrido mucho debido a su estado de inconsciencia, pero nunca podría saberlo. Había pagado su error, confiar en el hombre que la había capturado y obligado a prostituirse para llenarse los bolsillos sin que ella recibiera nada a cambio, y así le devolvía su lealtad.

¡Malditos hijos de puta! Arderían todos en el infierno; aunque no llegase a verlo, lo harían, ya tenían bastantes pruebas como para inculparlos.

—Bueno, teniente, ya ves, así soy yo. Y, ahora, quiero que me digas qué cojones haces aquí.

—Nada, Andrey me ordenó que lo acompañara.

—Y tú quisiste ser el príncipe azul que la rescatara, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Tú has sido el responsable del fracaso de los últimos envíos.

Jose agachó la mirada y sonrió, al menos se iba a ir con la satisfacción de que les había jodido el negocio durante una buena temporada y ¿qué decir en su defensa? Al fin y al cabo, estaba en las manos de un maníaco multimillonario con esbirros tan locos y leales que asustaban. La verdad era que no merecía la pena mentir.

—Sí, correcto de nuevo.

—¿Conoces a Olenka?

—Sí, la conozco.

—No me fío de ella. ¿Qué puedes decirme al respecto?

—¿De verdad quieres saber mi opinión?

—Quiero que me digas todo lo que sepas de esa zorra; desconfío de ella, hay algo que no me cuadra.

—Me encargó que acabase con Andrey durante este viaje.

Al escuchar su respuesta, Vladimir sonrió complacido. Había hecho bien, a Vladimir le gustaban los hombres directos y sin miedo a decir la verdad, y él era uno de éstos. Lástima que fuese de los buenos, se dijo el ruso.

—¿Por qué?

—Porque desea quedarse con el negocio en España.

—¿Cómo te persuadió?

—Descubrió quién era, me conocía.

—¿Te conocía?

—Me vio cuando acabaron con la vida de un viejo amigo.

—¿Tu amigo?

—Sí, al que ella misma ordenó asesinar.

—Así que Olenka mata a tu amigo, secuestra a tu novia y tú te infiltras en la banda de Andrey... interesante. ¿Cómo lo lograste?

—Le salvé la vida.

—¿Salvaste a Andrey?

—Sí. Iban a dispararle y disparé yo primero.

—Mataste a otro hombre.

—Así fue.

—No dejas de sorprenderme, teniente. Es una pena, me caes bien, no me gusta la idea de deshacerme de ti.

—Si lo haces, tu reinado acabará.

Vladimir estalló en carcajadas.

—Y, ¿cómo vas a lograrlo? Por lo que sé, estás solo. No me mires tan sorprendido, tengo ojos y oídos en todas partes.

Jose sonrió; tenía claro que, excepto su capitán y los compañeros de Almería, nadie más sabía que se había infiltrado y que se encontraba en Rusia, pero además tenía un as en la manga. No era ningún demente, se había hecho un seguro de vida del que nadie estaba informado, ni siquiera Acero.

—Siento decirte que esta vez tus ojos y tus oídos no han estado al tanto de todo. Tengo una caja con pruebas a buen recaudo: si dentro de cuatro días no estoy de vuelta en España, sano y salvo y con Soledad conmigo, esa caja llegará a mis superiores. Contiene pruebas que os incriminan a todos. —Vladimir lo miraba con admiración; era un gran rival y a él le gustaban los hombres con arrojo y una gran inteligencia—. Vamos a acabar con vosotros, igual que le pasó a Dragos.

—Sí, lo de Dragos ha sido un duro golpe; era nuestro socio más activo. Así que, si no estás de regreso en cuatro días, todo esto —puntualizó señalando con los brazos a su alrededor—, mi negocio, mi vida entera, se acabará.

—Sí.

—No creo que sea tan fácil.

—Quizá tú te libres, pero ten por seguro que toda la red que tenéis montada en mi país se va a ir a la mierda. Lo he registrado todo minuciosamente: nombres, fechas, cantidades, localizaciones... Todo.

—Eres muy astuto.

—Tan sólo intento mantenernos con vida.

—¿Qué tiene de especial? Tan sólo es una mujer.

—Nunca podrás entenderlo, careces de lo necesario.

—Y eso, ¿qué es?

—Corazón.

Los dos se midieron un instante; se aguantaron la mirada y a Cobos le pareció ver que algo se removía dentro de Vladimir, tal vez un amor lejano que lo hirió profundamente.

—Ha sufrido mucho y todavía no conoce toda la historia —continuó Jose.

—¿Y cuál es esa historia?

—Una que no te incumbe.

De nuevo, Vladimir se rio a carcajadas, en esta ocasión acompañadas por las de su esbirro, Egor, quien le provocaba escalofríos.

—Ahora entiendo por qué Andrey te tiene en tan alta estima. Te ha defendido hasta el final, ¿sabes? No quería creer que fueses de la pasma.

—Me da asco lo que hace.

—¿Y qué hace? ¿Tan diferente es a lo que haces tú?

—Yo no engaño a chicas inocentes, ni obligo a moribundos enganchados a las drogas a vender a sus novias, hermanas, primas... cualquiera que le parezca bien a Olenka.

—Olenka es un grano de pus en mi culo.

—Tan sólo quiere ser la que maneje las cosas en España. Supongo que, en el fondo, entiendo que quiera ascender.

—Fue mi primera puta —soltó Vladimir como añorando viejos tiempos. Jose se sorprendió, pues le dio la sensación de que el ruso iba a contarle algo muy íntimo—. Ella inició todo esto. Fue idea suya, comenzó a organizarlo y creó el primer club. Uno modesto, pequeño... pero tenía buen ojo con las chicas: se hacía con las más hermosas y la fama del sitio comenzó a crecer. Muchas eran vírgenes y los hombres se volvían locos por ellas. De ahí nació la idea de subastarlas. A los hombres con poder les gusta competir.

—Es una aberración. Todo lo que hacéis lo es.

—Sí, puede ser, pero me considero un empresario que vende mercancía.

—La mercancía, como tú la llamas, no te pertenece. Son seres humanos libres; no tienes ningún derecho sobre ellas. Además, tienen familia, amigos, novios... gente que las quiere y que sufre por su desaparición.

—Sí, ése es el único inconveniente. Por norma general no suele pasar nada, pues al cabo de los meses asumen que están muertas y se olvidan de ellas, pero, en otras ocasiones, nos causan problemas... como tú. En esta ocasión, elegimos a

la equivocada, aunque a su favor debo decir que pagaron mucho por ella, por la que más.

—Lo sé.

—Bueno, teniente, está claro que tienes los huevos bien puestos y me agradan los hombre así. Por eso te propondré un trato.

—¿Un trato? —dijo sorprendido.

—Sí. Te devuelvo a tu puta y tú te olvidas de nosotros, de todos nosotros. Te olvidas de las pruebas, de que existimos y, por supuesto, no puedes pedir ayuda ni tratar de incriminarnos a ningún cuerpo policial. Ni los tuyos, ni la Interpol... a nadie.

Jose lo miraba incrédulo. No podía ser cierto, tenía que ser un farol; no podía creer que lo fuese a dejar irse con tanta facilidad.

—¿Pretendes, Vlad, que me lo trague?

—Es la verdad.

—No, no me lo creo. Suena demasiado sencillo.

—Lo es. Andrey, a pesar de todo, me ha rogado por tu vida. Cree que eres un hombre de honor y que cumplirás con tu parte del trato.

—Si va en serio, lo haré, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Qué dejéis de operar en España. No quiero que se trafique con mujeres en mi casa.

—Ésa es la segunda cláusula del contrato.

—¿Segunda cláusula?

—Quiero que acabes con Olenka. Me ha fallado, se ha desvinculado. Quiere ser la que manda. Me ha engañado y ha tratado de acabar con uno de los míos por codicia. Quiero que la detengas, la inculpes a ella y la condenes... y a sus esbirros, pero olvídate de los demás. Así serás libre y tu puta también.

—Deja de llamarla puta. No lo es.

—Tenemos diferentes puntos de vista, pero dejaré de hacerlo. Sabes que ella no será la misma, ¿no?

—Puede. Pero al menos la he recuperado.

—¿Por qué te culpas?

—No lo hago. —Ese hombre parecía leer muy bien las emociones que trataba con desesperación de ocultar.

—Lo haces, conozco la culpa en los hombres.

—Supongo que no estuve ahí para poder evitarlo.

—No hubieses podido. Olenka sabe muy bien cómo funciona esto. Ya te lo he dicho, ella fue quien lo ideó. Desatadlo —ordenó.

Jose no sabía qué pensar ¿Iba en serio? ¿Lo iban a soltar? En principio, eso parecía.

—¡Traed a la chica!

La puerta se abrió de nuevo y vio que un hombre tenía a Soledad cogida por el brazo con fuerza; a simple vista estaba bien, lúcida, y andaba por sí misma, y eso ya era mucho más de cómo había llegado Anais. Anais, la pobre Anais. Cómo explicarle lo que había pasado, se preguntó. Primero aquella muchacha... nunca iba a olvidar cómo los hombres de Vlad la habían sacado sin vida de la habitación. La joven había decidido poner fin a su infierno, y luego... La expresión de Soledad cambió del alivio al ver a Jose al horror; no tenía muy claro qué le sucedía hasta que siguió la dirección de su mirada. El cuerpo de Anais. Lo había descubierto, sin vida, envuelto por el rojo de su propia sangre, que lo teñía todo de dolor y pérdida.

—¡Soledad! —gritó con voz seria—. ¡No la mires! ¡Mírame a mí!

Soledad hizo caso a la voz que la llamaba, no podía procesar lo que estaba viendo, ¿qué demonios le habían hecho a su amiga? Tenía que dejar de observarla, así que desvió sus asustados ojos hacia él, hacia su héroe.

El hombre que la llevaba presa, y gracias a quien no se cayó en redondo al ver el cuerpo, la soltó y la empujó en la dirección de Jose, que la esperaba con los brazos abiertos y a cuyo refugio se dirigió sin prisa pero sin pausa.

Cuando la tuvo entre sus brazos, no podía creerlo: se la iba a poder llevar de allí... de ese sitio al que nunca tuvo que haber ido, pero no quería cantar victoria antes de tiempo, no hasta que estuviese en suelo español y pudiese respirar tranquilo.

—Egor, entrégale el regalo a nuestro teniente —le ordenó. Éste le tendió un maletín—. Es dinero. Cien mil euros, con eso tendrás de sobra para realizar el viaje de vuelta.

—No lo quiero, es dinero manchado de sangre. Proviene del crimen, de las drogas y de la prostitución.

—Sí. Es el pago por tus servicios a Andrey, tómalo. Sal por esa puerta y olvídate de nosotros; no des marcha atrás, huye tan rápido como puedas. Yo cumpliré con mi parte, pero eso no significa que los demás vayan a hacerlo. Olenka tiene contactos también en todos lados.

—Lo haré. Sólo una cosa más.

—¿Una cosa más? —preguntó Vladimir, sorprendido por la osadía de ese tipo que era capaz de ponerle objeciones.

—Sí, quiero a Egor. Irá a la cárcel, ha matado a muchas mujeres en mi país.

—Te equivocas. Ha matado, sí, pero aquí en Rusia; a quien buscas es a su hermano.

—¿Su hermano?

—¿No me digas que no te recuerda a nadie?

Al hacer esa observación, la mente de Jose comenzó a trabajar y lo supo, se parecía a uno de los matones de Olenka. ¿Sería el mismo que había apuñalado a Fran?

—Sí, me recuerda a alguien —murmuró.

—De todas formas, si te apetece, te dejo que te lo lleves, pero antes tienes que vencerlo en una pelea.

—No —interrumpió Soledad—. Vayámonos, Jose, ahora que podemos...

—Hazle caso a tu puta, es lista. —Sonrió—. Y recuerda, nada de pasma, no busques ayuda porque me enteraré, tengo oídos y ojos en todas partes —advirtió de nuevo.

Jose apretó los puños y tensó la mandíbula; no pestañeaba, estaba concentrado. No quería dejar a ese asesino sin escrúpulos suelto, pero tampoco quería permanecer allí, en ese lugar, por más tiempo. Necesitaba sentir el aliento gélido de la noche en la cara y huir. Escapar lejos de ese antro, con ella.

Agarró con fuerza la mano de Soledad entre la suya, cogió el maletín con la otra y salieron juntos y destrozados por la puerta. Una vez fuera, comenzaron a correr como alma que lleva el diablo, para poder regresar, de una maldita vez, a casa.

CAPÍTULO 18

Jose ha *tomado prestado* un vehículo en cuanto ha surgido la oportunidad. Todavía siento que pertenezco, de alguna forma macabra, a ese sitio que dejo atrás. Estamos demasiado asustados como para decir algo. No nos fiamos de la palabra de Vladimir y no podemos dejar de mirar ni un solo instante por encima de nuestros hombros.

De momento parece que nadie nos sigue; quizá, por una vez, tengamos suerte. No nos podemos creer la fortuna que hemos tenido al final. Jose está eufórico; sé que en realidad es por el miedo, la rabia y la adrenalina que gobierna su cuerpo. Se come los kilómetros a toda velocidad. Quiero contarle muchas cosas, darle las gracias por no perder la esperanza, por arriesgarse tanto por salvarme, pero las palabras se atascan en mi garganta.

Lo cierto es que no sé qué he hecho para merecerlo, desde luego no es que lo valga. Estoy sumida en mis pensamientos hasta que interrumpe mis cavilaciones cuando sus ojos me miran y asiente con la cabeza como para darme ánimos o tal vez para que crea que de verdad está sucediendo, y aparca el coche a las afueras de Moscú.

—¿Avión? —pregunta nervioso.

—Sí —asiento sin saber qué más puedo decir.

—No, mejor no. No podemos justificar que no tengas pasaporte.

—En eso tienes razón.

—Ni siquiera podremos sacar los billetes sin él.

—¿Cuál es la alternativa? —pregunto empezando a temer que salir de Rusia vaya a ser más complicado que salir del Edem.

—Creo que lo mejor es que hagamos todo el recorrido que podamos en coche y por carreteras secundarias, hasta estar lo más cerca posible de España.

—Por mi bien, lo único que...

—¿Qué pasa, Sol? —pregunta frotando mis brazos con sus manos.

—No sé conducir, no voy a poder turnarme contigo.

—No te preocupes, ése es el menor de nuestros problemas.

—Sí, imagino que sí.

—Vamos, cogemos una habitación y compraremos algunas cosas.

Lo sigo sin decir nada, ¿qué objeción podría poner? Entramos en una tienda que tiene un poco de todo. Nos hacemos con ropa nueva que compro encantada, ya que estoy deseando deshacerme de la que llevo, algunas botellas de agua, artículos de aseo personal, algo de comida que podamos llevar en el vehículo y algunas otras cosas que Jose estima de utilidad.

Quiere parar lo imprescindible, a repostar y a descansar lo indispensable. Sé que necesita sentirse a salvo cuanto antes; lo leo en su forma de moverse, nerviosa, vigilante.

Puedo entenderlo, ni yo misma me creo que uno de los mayores delincuentes del mundo nos haya dejado ir con tanta facilidad. Todavía, al cerrar los ojos, veo el cuerpo sin vida de mi querida Anais, lo más parecido a una familia que he tenido estos últimos años, y reprimo el sollozo que deseo liberar, aunque ahora no puedo permitirme el lujo de llorar por ella ni por Adela.

Jose coge una habitación doble; no se fía de ellos y sabe que juntos tendremos más oportunidades de tratar de huir.

Me cede el primer turno en el baño. Me cuelo debajo del agua caliente con gusto y me froto el cuerpo enérgicamente durante un tiempo indefinido, pues lo necesito para deshacerme de todo. Es una tontería, siempre lo llevaré conmigo; cada vez que me mire en un espejo, cada vez que cierre los ojos... siempre.

Salgo con la ropa limpia puesta. Jose me ha dicho que tenemos que estar listos en cualquier momento para salir a toda prisa y eso implica dormir, o mal dormir, vestidos y con lo importante encima.

Me tumbo en la cama mientras él se dirige al baño. Los dos necesitamos esa ducha para despejarnos de todo. Me siento aún aturdida, es como si las últimas horas fuesen semanas, estoy exhausta.

Al cabo de un rato, Jose aparece en la habitación. Me mira echada sobre la cama y se tumba a mi lado. Se lo agradezco; tenerlo cerca me reconforta de una manera que nunca podré explicarle y él nunca llegará a comprender. Ha sido lo único que me ha mantenido cuerda estos años, su recuerdo, su mirada, su beso...

Lo tengo tan cerca que, si estiro un poco la mano, puedo rozar su pecho desnudo y aún húmedo. Y me gustaría, lo necesito, pero lo único que me atrevo a hacer es mirarlo a los ojos. Estamos uno al lado del otro, cara a cara, pero no nos tocamos.

Anhelo refugiarme en sus brazos; es lo que de verdad deseo y preciso con

desesperación. También repetir ese beso, el primero que he dado con libertad de elección en tanto tiempo que ya apenas recuerdo cuando fui libre, pero sé que no me merezco a alguien como él. No después de que me hayan convertido en una puta.

Le estaré eternamente agradecida por haber venido a por mí, por haber salvado lo que queda de mí. Por eso no deseo condenarlo a una vida junto a mi lado.

—Jose —lo llamo—, ¿podría avisar a mis padres?

—Sol... —Se interrumpe y adivino su respuesta—. Me encantaría, pero ¿y si al final Vladimir nos da caza? Creo que, si no lo logramos, el dolor, para tus padres, será inconmensurable. Tendrán que volver a pasar el luto por su hija.

—Tienes razón. —Parpadeo para alejar las lágrimas; sé que tiene sentido, entiendo lo que quiere decirme... así, si algo sale mal y nunca regresamos, la esperanza de hallarme con vida seguirá en sus corazones—. ¿Qué ha sido de él? —inquiero de repente con la voz entrecortada.

Jose se queda en silencio y cierra los ojos. Se lleva las manos a la cara y deja escapar un fuerte suspiro, casi como si temiese la pregunta que he hecho. Tengo claro que sabe por quién le pregunto, porque me devuelve una mirada de ojos vidriosos, no sé si porque piensa que aún albergo sentimientos por Fran o por otro motivo que desconozco.

—Fran... —Hace una pausa pensando sus palabras—. Murió, Sol —suelta sin más.

—¿Murió? ¿Cómo? —demando sorprendida.

—Sí, murió entre mis brazos; Olenka acabó con él.

—¿Olenka...?

—La misma que te secuestró.

—¿Por qué? ¿Qué hicimos?

—Tú, nada; él, venderte.

Las palabras de Jose salen tan afiladas como cuchillos y escuecen en mi herido corazón. Anais me lo había advertido muchas veces, también lo estaba empezando a creer, pero ahora Jose lo corrobora. Me traicionó. Me vendió como si fuera un objeto sin valor. Debería sorprenderme, pero en el fondo ya lo sabía.

—Así que Anais tenía razón, me utilizó como trueque para pagar sus deudas —digo más serena de lo que me siento.

—Sí, debía una gran suma de dinero a esa gentuza y te entregó a cambio de que le perdonaran la deuda.

—Me vendió... pero yo no era suya... no le pertenecía, no tenía derecho.

Mi voz suena dura, dolida y a la vez impotente. Por su culpa, por culpa de ese malnacido, la niña que fui vio la peor cara de las personas y conoció el lado más cruel de la vida.

—Lo sé —murmura furioso.

Tengo la certeza de que, si no estuviese muerto, Jose acabaría con él de buena gana.

—Y, ¿para qué? —pregunto sin querer obtener en realidad una respuesta.

—Para nada —responde sincero.

—Para nada... —repito tratando de asimilarlo.

—Bueno, al final, trató de arreglarlo, amenazó con contar todo a la policía si no te liberaban y eso le costó la vida. Volvíamos juntos caminando por la calle cuando lo apuñalaron; murió entre mis brazos.

Escuchar lo que ocurrió me hace llorar; mi cuerpo se convulsiona por el dolor, pero no por la pérdida de ese hijo de puta, sino por saber que toda la miseria que he padecido no ha valido de nada.

—Si te sirve de consuelo, se arrepintió. Me lo confesó todo antes de morir. Desde ese preciso instante, te estoy buscando.

—Gracias, Jose —sollozo—. Te lo agradezco tanto... no sé cómo voy a pagártelo.

—No es necesario. Siempre pensé que podía haber hecho más para apartarte de él.

—No importa. No tienes la culpa... Supongo que me lo merezco, todo lo que me ha pasado, por haberos ignorado a todos y todas las señales.

—Nadie se merece lo que te hizo.

—Me alegra que esté muerto... si no... lo mataría yo misma —afirmo.

Jose me mira sorprendido y una sonrisa aparece en su cara. Parece que mi confesión le divierte.

—¿Te han tratado bien? —inquire, ahora más serio.

—Bueno, dentro de todo lo malo, al menos sólo he estado con un hombre.

—¿Te hizo daño?

—Si te refieres a golpearme, no en muchas ocasiones. Pero sentía dolor cada vez que venía a buscarme, cada vez que me sentía obligada a tenerle dentro de mí... —La voz se me quiebra en un hondo gemido. Ha sido una dura prueba, pero he sobrevivido.

—Quiero que estés bien, Soledad. Olvídalo todo.

—¿Que lo olvide...? No sé si seré capaz de hacerlo algún día.

—Yo te ayudaré —murmura cogiéndome las manos entre las suyas.

—No podrás —me lamento.

—Sí, si me dejas.

—No, Jose, no podrás. Nunca. Nunca olvidaré todo lo que me han hecho, lo que he visto... ¡Oh, Dios mío! Adela... Anais... —Rompo a llorar.

Jose me abraza; no le importa lo que diga, sé que está dispuesto a traerme de vuelta. Siento mi corazón latir desbocado y a la vez una gran paz inunda mi alma. Es Jose, siempre lo ha sido. Es al que me he aferrado todos estos años y ya no es un recuerdo, es real y lo tengo a mi lado, por eso no deseo herirlo. No quiero darle sólo una mitad de mí porque la otra ya no está.

—Jose —murmuro—, no sé cuánto me ha afectado todo esto en realidad. Allí, mientras estaba con Anais, sólo pensaba en salir, en ti, en tu recuerdo para sobrellevar las mierdas que tenía que vivir. Ahora estoy eufórica y asustada, porque has logrado sacarme de ese infierno, viva. Pero sé que después van a llegar todas las miserias a la vez, en grandes oleadas que van a arrasarme, y no sé qué va a quedar de mí. Quizá nada, sólo soy un montón de despojos.

Jose me mira con fijeza, se levanta de la cama dejando espacio entre nosotros, un espacio pequeño que se me antoja un abismo. No sentirlo duele. Y cuando creo que no voy a poder soportar el dolor, se acerca a mí y se agacha hasta que sus labios casi tocan los míos.

—Estaré aquí, siempre. Te amo, siempre te he amado y siempre te amaré, Soledad. Nunca me rendí, ni siquiera cuando todos los demás perdieron las esperanzas, y no me pienso rendir ahora que te he encontrado —susurra.

—Yo... no... No sé qué decir... No sé si seré capaz alguna vez de ser normal... —declaro asustada.

—No me importa; esperaré lo que haga falta.

Siento una gran presión, un fuerte nudo en la garganta. Deseo gritarle que siento lo mismo, que él y su beso inocente lo han representado todo, que ha sido lo que me ha dado fuerzas para sobrevivir en ese frío infierno... pero no puedo. No quiero cargarlo con más peso.

—Me has salvado —musito acariciando su mejilla—, por eso no es justo que te condene. —Y al decir esas palabras, me siento mal porque no dejo de desearlo, no dejo de recordar de nuevo el sabor de ese beso dulce y suave.

Todavía quema en mis labios y ansío volver a experimentarlo—. Jose —susurro—, yo... —Silencio, es mejor callar, no hay más que decir. Sólo el tiempo hablará por nosotros.

—Siempre, Sol, siempre —repite.

Aprieto fuerte el pequeño diario, lo único que poseo, lo único que me he llevado del club porque en él está escrito todo lo importante de mi vida, todo lo que no podía permitirme olvidar para no perder la razón. Me lo había conseguido Anais, una razón más para guardarlo, para recordarme que existió, que no fue una pesadilla. Ahora ya no está; me han arrebatado también la posibilidad de llevármela, de darle la libertad que necesitaba.

Este diario es mi vida, una vida de mierda, pero mi vida.

CAPÍTULO 19

Agotada, Soledad cayó en un sueño inquieto. Jose no era capaz de dejar de mirarla mientras se debatía en su duermevela. Demasiadas emociones en muy poco tiempo, no debería haberse precipitado al decirle que todavía la amaba, pero no había podido evitarlo, las palabras le quemaban en la garganta y pesaban demasiado en su corazón, ralentizando su latido. Tendría que haber tenido en cuenta que ella quisiera alejarlo, que se apartase de él, tal vez incluso pensara que no lo merecía... que no era digna del amor de nadie. Estaba equivocada, ella más que nadie necesitaba amor. Amor del verdadero, del que estaba lleno de abrazos sinceros, de caricias tiernas y besos auténticos... y él estaba dispuesto a esperar, porque valía la pena. Lo había dicho en serio, no se había rendido nunca, jamás. Ni siquiera cuando la desesperación había hecho estragos en su interior durante las largas y solitarias noches en las que su imagen sufriendo se le aparecía, ni durante los largos períodos de espera en los que sólo tenía por compañera a la ignorancia. Ni siquiera cuando, desquiciado, se daba cuenta de que no sabía nada de ella.

Incluso en esas circunstancias, había tenido fe. Había creído que estaba viva y que daría con ella, y así había sido al final, un final inesperado del que todavía no estaba seguro, pero lo agradecía con todas sus fuerzas al Todopoderoso que le había otorgado la posibilidad de rescatarla, la oportunidad de volver a verla, tocarla, olerla, sentirla... y ella había despertado, otra vez, todos sus sentimientos escondidos, adormilados bajo la máscara perpetua y fría que se había autoimpuesto para encontrarla, para ser uno de ellos. Ahora, habían escapado a la vez, floreciendo de repente como un campo en primavera, dejando a la vista un maravilloso universo multicolor. Se sentía feliz, dichoso, pleno... y asustado.

Temeroso de que los siguieran y de no poder hacer nada para salvarla, había mandado un mensaje de texto, desde el teléfono de prepago que había comprado en una gasolinera, a su único contacto fiable en el cuartel, a la única persona en la que confiaba. Le había dado su posición y le había dicho con pocas y escuetas palabras que necesitaba ayuda... y que no iba solo.

Su capitán no preguntaría: se pondría, sin más, manos a la obra. En ese momento, más que nunca, no podía dejarse embaucar por el embriagador y dulce aroma de la felicidad. Por el contrario, necesitaba tener todos los sentidos alerta para frenar un posible ataque. No acababa de creer que de verdad Vladimir los dejase marchar así, sin más. Era un final demasiado sencillo después del largo y arduo camino que había tenido que recorrer hasta hallarla. Ese final, en realidad, era más que merecido, pero no se fiaba. Algo andaba mal. Su instinto lo avisaba de que algo malo iba a suceder, pero no tenía las respuestas a las dos preguntas que rondaban su cabeza: qué y por qué.

Su mente de teniente no dejaba de darle vueltas al asunto, aunque no quisiera. Mientras observaba a su belleza morena, pensaba que tal vez no había querido enemistarse con Andrey, pero que a sus espaldas pensaba tenderles una emboscada... o tal vez era todo lo contrario, quizá era cierto que esperaba que cumplierse lo pactado a cambio de la vida de Soledad y la suya propia.

A lo mejor era verdad que sólo deseaba quitarse de encima de un plumazo a Olenka y que acabasen las investigaciones que tan mermado estaban dejando su negocio. De todas formas, estaría preparado para lo que llegase y se daría toda la prisa que pudiese en dejar Rusia a sus espaldas.

Soledad no dejaba de moverse en la cama presa de una pesadilla. Cobos lo supo cuando vio cómo mordía la almohada; quizá en el sueño no deseaba gritar.

«Cabrón hijo de puta», repetía él una y otra vez.

Cobos apretó los puños para evitar liarse a golpes con la pared; no era el momento de pensar en el pasado ni en aquel que les arruinó las vidas, tan sólo podía permitirse pensar en que al fin estaban libres, o casi, y que esperaba estar pronto de vuelta en su hogar.

Era incapaz de dejar de imaginar el momento en el que su Sol iluminase de nuevo la vida de sus padres cuando la recibieran entre abrazos y lágrimas, pero de felicidad. Más tarde ya meditaría sobre cómo recuperarla del todo, aunque su alma y su corazón estuviesen dañados para siempre.

Jose seguía observándola; era preciosa. Había desaparecido de su rostro cualquier rasgo de la niñez, dando paso a las facciones de una mujer joven y hermosa. Los labios más carnosos y pronunciados, los pómulos marcados, los ojos rasgados... Llevaba el pelo como lo recordaba, una manta suave de seda oscura.

De repente lo alertó un leve ruido. Había estado preparado, esperando a que apareciesen; se temía que era imposible que Vladimir los hubiese dejado ir con

tanta facilidad, pero ¿cómo los habían encontrado? ¿Llevaría Soledad algún tipo de localizador implantado? ¿O tal vez el coche que les habían facilitado para huir?

Otra vez ese ruido... quizá sólo era otro huésped, pero algo le decía que no era así; notaba cómo se erizaba el vello de su cuerpo. En tensión, se agachó y se acercó en silencio a la cama. Tapó la boca de Soledad con una mano para evitar que gritase o hablase; ni siquiera quería que respirase.

Soledad abrió los ojos al notar que algo le impedía llenar de aire sus pulmones con normalidad y lo miró. Jose se puso el dedo índice sobre los labios para indicarle que guardase silencio y con la otra mano le hizo señas para que mantuviera la calma. Ella lo comprendió enseguida, pues también esperaba que los siguieran. ¿Quiénes serían?

Soledad salió del lecho completamente vestida y con las botas puestas. Se agachó al lado de Jose y sacó de debajo de la cama una mochila que había preparado; llevaban una cada uno, con el dinero y los víveres repartidos por si perdían alguna de las mochilas o no disponían del tiempo suficiente para coger ambas.

Jose le señaló el baño; era un motel de carretera en el que las habitaciones estaban en la planta baja. Él esperaba que Sol comprendiese que debían salir por la ventana del aseo. Salió el primero, saltó con agilidad al suelo y la esperó para ayudarla y cogerla en brazos. Una vez fuera, comenzaron a andar tan deprisa como sus pies les permitieron sin hacer demasiado ruido.

En la quietud de la noche, oyeron disparos a lo lejos.

No sabían qué podía haber sucedido y Jose se sintió mal al sospechar que algún inocente hubiese dado su vida a cambio de que ellos fuesen libres.

Después pudieron oír una pequeña explosión y las ruedas de un vehículo chirriar y alejarse a toda velocidad.

—Mierda —murmuró.

—¿Ha sido nuestro coche? —pregunto Soledad en voz baja.

—Es más que probable. Vamos —indicó reanudando la marcha.

Caminaban paralelos a la carretera, aunque lo suficientemente apartados como para que ningún coche los divisara ni los enfocara con las luces. Hacía frío, mucho frío, y no llevaban nada de abrigo, pues no habían tenido ocasión de cogerlos, así que tan sólo llevaban los gruesos jerséis. Jose era consciente de que necesitaban algo que los hiciera entrar en calor o se exponían a una hipotermia.

No dejaba de oír cómo los dientes de Soledad castañeteaban, pero ¿era por

el frío o por el miedo?

—¿Qué... habrá... pasado? —susurró la chica.

—No lo sé, supongo que... —De repente se detuvo, no quería que ella sufriera más ni que llevase otra pesada carga en su corazón, ya tenía suficiente para el resto de su vida—. Debemos abrigarnos —dijo sin embargo—. Hace mucho frío.

—¿Dónde vamos a encontrar abrigo o refugio?

—No lo sé... pero debemos buscar un lugar cálido para pasar la noche.

—¿Qué tal un hospital?

—¿Un hospital? —inquirió, sorprendido por la sugerencia.

—Allí se estará caliente y, si nos quedamos en la sala de espera, nadie sospechará. Pasaremos como los familiares de algún paciente.

—Es una buena idea. Además, seguro que podremos descansar tranquilos y comer algo caliente.

—No nos van a atacar allí, con toda la gente, médicos, enfermeras, seguridad... ¿verdad? —Soledad sonrió; estaba deslumbrante. Se sentía útil porque había tenido una gran idea.

—¿Sabes?

—Dime.

—Quizá tengamos suerte y podamos robar un coche.

—¿Robar otra vez? —bromeó.

—Sí: si alguien entra a Urgencias con prisa y olvida las llaves...

—Eso sería tener demasiada suerte, ¿no crees?

—Sí, algo así.

—Creo que podríamos comprarle el coche a alguna persona que parezca necesitada.

—Eso estaría bien; ahora tan sólo hay que encontrar a la persona adecuada en el sitio oportuno.

—En eso no puedo ayudarte. A pesar de llevar aquí varios años, no conozco nada. —Esbozó una triste sonrisa.

Cobos la miró bajo la gran luna, tan fría como la temperatura, como ellos mismos. Se miraban sin poder creer que estaban frente al otro. Jose apoyó su frente helada sobre la de ella y respiró pesadamente.

Soledad no se retiró al contacto, y Jose consideró que eso era todo un logro. Había pensado que no le iba a permitir que se acercase; sin embargo, parecía ir aceptando su cercanía.

—Creí que no me permitirías acercarme a ti —dejó escapar.

—Me has rescatado —murmuró.

—Eso no significa nada.

—Lo significa todo.

Él entendió y se entristeció.

—Soledad, no me debes nada.

—Te lo debo todo.

—No, no me debes nada. Yo... tan sólo quiero gustarte.

—Ya me gustas.

—Pero quiero gustarte de verdad. No caerte bien, sino gustarte de que desees que te bese hasta que te duelan los labios, hasta que no notes la lengua, hasta que sientas que vas a arder consumida en el fuego de la pasión si no me tienes dentro de ti...

—Jose, yo... no sé si podré sentir eso alguna vez... Entiéndeme, yo... para mí, mi cuerpo es un ente hostil, no parece ser mío. Me lo arrebataron y creo que el hecho de que vuelva a sentirme cómoda con él es una barrera infranqueable.

—Soledad. Mírame. Siénteme. No hay límites para nosotros. Te he encontrado. He llegado hasta ti.

—Es cierto —afirmó acariciándole de nuevo el mentón, endurecido en ese instante por la frustración. Sus ojos se cerraron con fuerza, reteniendo la sensación de los dedos de ella sobre su piel.

—¿Sabes? —musitó con los labios junto a la piel masculina—. He seguido viva gracias a ti.

Jose abrió los ojos sin poder creer lo que escuchaba, sorprendido y halagado.

—¿Cómo...? —preguntó sin entender a qué se refería.

—Anais —dijo con tristeza al recordar la figura maltrecha de su amiga envuelta en un charco de sangre—, ella me enseñó la manera de no volverme loca, de no desear a cada instante beber hasta no sentir nada o drogarme hasta perder el sentido para sobrellevarlo. Ella me contó que el secreto era pensar en algo que me hiciera feliz, un momento de mi vida en el que me hubiese sentido realmente dichosa y que, cada vez que lo tuviese dentro, viajase hasta allí. Y ese momento, Jose, fue contigo.

—¿Conmigo? —Estaba anonadado; le confesaba que el instante más feliz de su vida había sido con él.

—Sí, contigo, aquel beso en el hospital. Ese beso robado, ese beso al que

me resistí y al que luego me entregué. Ése fue un instante de absoluta felicidad y en ese beso he pensado durante todos los días de los últimos años. En tu beso, en su sabor...

No hubo más palabras: Jose no pudo reprimir por más tiempo sus sentimientos, pues le costaba demasiado esfuerzo mantenerlos a raya. La estrechó entre sus brazos y la besó. Un beso dulce, tranquilo, tímido... No quería asustarla de nuevo y contenía todas sus ganas de hacerla suya, de besarla de forma que le hiciese olvidar todo excepto lo que sentía entre sus brazos.

El hambre por tanto tiempo contenida se despertó, entonces, feroz. Era su Soledad, seguía siendo ella y no le importa nada más. Él sanaría todas sus heridas; con besos, caricias, hermosas palabras y amor. La cuidaría como lo que representaba para él, su tesoro. Su más preciada joya.

Soledad se dejaba hacer... no luchaba, no se apartaba, pero tampoco respondía a su urgencia. La sentía fría tanto como el maldito clima de Rusia.

Jose se alejó, dolido, asustado, frustrado.

—Lo siento —se disculpó.

—No importa, es culpa mía. Supongo que ambos necesitamos tiempo.

—Sí, supongo.

—Lo siento, Jose, de verdad —repitió desolada.

—No, el que lo siente soy yo. No volverá a pasar a no ser que seas tú la que me lo pida.

Jose no esperó a que ella contestase; se alejó y empezó a caminar de nuevo.

De repente Soledad se sintió más sola de lo que nunca antes se había sentido.

CAPÍTULO 20

Sé que no soy como las demás; aunque por fuera dé la impresión de que no me ha afectado, lo ha hecho. Creo que, a pesar de haber pensado en él todos estos años, soy incapaz de sentir ese deseo sexual que debería. Aunque sí que noto algo removerse en mi estómago y el beso que me dio al verlo... Quizá sólo sean imaginaciones mías o tal vez ahora me dé cuenta de que mi realidad es otra muy diferente, una que me da la libertad o tal vez no.

Ese cabrón me arrebató la oportunidad de descubrir el amor y el sexo de una forma natural, me quitó poder saborear el cortejo, las caricias, las palabras que se susurran los amantes antes de unirse en uno solo... Tan sólo me han usado como a una vulgar muñeca hinchable que, como extra, no necesita que le arreglen los pinchazos... Sin embargo, mi corazón hace ya mucho que perdió todo el aire y ahora no es más que un trozo de plástico deforme dentro de mi pecho.

Es cierto que sólo ha sido un hombre, el mismo durante todos estos años, cada noche... algunas veces en más de una ocasión, y lo peor era que tenía que fingir que me agradaba cuando lo que de verdad necesitaba era que acabase cuanto antes para salir corriendo al baño, lavarme y vomitar todo el dolor que no me dejaba respirar. Necesitaba retirar de mi cuerpo los restos de él, de su aroma, de su sudor, de sus flujos...

—No ha sido malo contigo —me digo a mí misma, pero sólo intento convencerme de algo que no es así.

Tal vez no me haya pegado tan a menudo como ocurría con mis compañeras, pero ha sido un salvaje cuando se trataba de poseerme, porque sé que él siempre ha querido más que mi cuerpo, ha querido mi corazón, mi alma. Pero era algo imposible... mi corazón está muerto desde aquella noche en que Fran trató de abusar de mí, y mi alma la dejé entre las manos de Jose la noche que sin darse cuenta me robó algo más que un inocente beso. Es lo mejor de mí, esa parte, y lo es porque la tiene él.

A veces escuchaba conversaciones de otras chicas que parecían disfrutar, más de lo que yo lo he hecho, con su cautiverio. Hablaban de ellos como si fueran sus amantes, hombres a los que hubiesen elegido con libertad; alababan su manera de poseerlas... porque eso es lo único que saben hacer: poseer. Eso es todo. No había amor, ni tiernas caricias, ni cariño... tan sólo un deseo de posesión puro, una forma de demostrarnos que ellos tenían el poder y el control de nuestras vidas. Y era la realidad.

Una realidad que me ha tenido presa y de la que aún no creo que haya escapado. Lo veo irse, delante, unos pasos, y no puedo evitar desear sentir amor, ese sentimiento potente hacia él. Me refugié en ese lejano sentimiento, del que ahora apenas queda la sombra, que nació por un simple beso de ese chico que me necesitaba, que me deseaba. Un beso tierno, dulce y a la vez pasional.

Suspiro pesadamente; camina deprisa, soy consciente de que trata de huir, pero esta vez no de ellos, sino de mí. Necesito alejarme de aquí con la misma premura; quizá si dejo todo esto atrás pueda darle lo que ansía.

Aunque algo me dice que siempre me perseguirán, incluso en España. Siento que no voy a estar a salvo, nunca. Puede que lo mejor sea que me rinda, que acaben conmigo; así, al menos, los que todavía me aman permanecerán a salvo.

—Jose... —lo llamo—. No puedo más —confieso agachando la mirada—, siempre van a perseguirnos, ¿verdad? ¿Qué clase de vida voy a tener? Primero presa, ahora... huyendo y temiendo continuamente ser encontrada.

—No lo sé, Soledad. Quiero creer que no, que cuando cumpla con mi parte del trato se olvidarán de una puta vez de nosotros.

—¿Crees que mis padres estarán a salvo?

—Tampoco puedo asegurarlo —murmura colocando las manos en sus caderas y mirándose los pies.

—No debería regresar —suelto de repente—; ya me han enterrado una vez, no quiero que tengan que volver a pasar por eso... —Sus ojos se levantan y miran con fijeza los míos, que empiezan a llenarse de lágrimas—. Volver a verlos, sentir su cariño, sus brazos alrededor de lo que queda de mí, de mis pedazos rotos... para terminar asesinada a manos de uno de los matones de Vladimir... —me detengo para coger aire, estoy tomando una difícil decisión—... no me parece una gran idea. Voy a dar marcha atrás. Volveré junto a Vladimir, allí estaré segura y mi familia también.

Jose me mira con ojos llenos de sorpresa; sé lo que piensa, aunque no lo

exprese en voz alta.

—No puedo creer lo que oigo —replica con los dientes apretados y las manos hechas puños—. ¿Qué te han hecho, Sol? ¿Te han convencido de que lo mejor para ti es permanecer allí?

Quiero hablar, defenderme o tal vez darle más explicaciones, tratar de hacerlo entrar en razón para que comprenda que es mejor que dé mi vida por terminada, que ya no valgo nada.

—No lo permitiré —continúa con voz cortante—. No creas ni por un momento que he pasado por tanto para dar contigo para ahora dejarte marchar sin más.

—Suponía que ibas a decir eso... era sólo una idea. No quiero volver, Jose, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Luchar, Soledad, luchar.

—No debo hacerlo, eso sólo empeora las cosas.

—¿Es eso lo que te han dicho?

—¿Es eso lo que me han enseñado? —me pregunto de nuevo—. Sí, eso es precisamente lo que me enseñó Anais, mi amiga, la que ha sido como una hermana para mí en ese mundo tenebroso.

—¿Y cómo ha terminado? —inquire serio, señalando algo que no voy a poder olvidar jamás... y es que está muerta—. Yo te lo diré —su voz se ha vuelto sombría, como su mirada, que se pierde en los recuerdos—: Ha pagado su lealtad a Vladimir, con su vida; una muerte atroz que no voy a describirte, pero te puedo asegurar que su asesino disfrutó viendo cómo el dolor se dibujaba en su rostro.

Agacho la mirada para evitar que me vea llorar; sus palabras me hieren, aunque sean ciertas. Aún me estremezco al recordar el cuerpo de Anais vacío, sin vida y cubierto por su propia sangre.

—Resulta más fácil creer lo malo que lo bueno, es más sencillo, tan sólo eso... Lo interiorizas y te convences de que esa mentira, de que esa vida, es la que estabas predestinada a vivir y que no hay nada que hacer para cambiarla. Los creí y, tal vez, todavía los creo.

—Pues no deberías. No dejaré que vuelvas, ¿¡me oyes!?! —grita haciendo que la distancia entre ambos desaparezca, dejándome confundida y sin oxígeno como cada vez que lo tengo cerca y su recuerdo es tan fuerte que me abrumba—. ¡Por encima de mi cadáver! ¿Me oyes, Soledad? Por encima de mi puto cadáver.

Percibo su voz, pero no lo escucho, no soy capaz de comprender lo que

dice, tan sólo puedo ver el rostro aterrador que parece ser proyectado por mi mente y haberlo colocado frente a mí, detrás de Jose. La mole inconfundible, el matón de Vlad.

No puedo decirle nada, pero sé que Jose se ha percatado de que algo va realmente mal, pues el terror que siento debe de reflejarse en mi cara. No se mueve, no se gira, pero sabe que está detrás.

Sopeso nuestras posibilidades; él es más grande, más fuerte, ésa es la verdad. Un asesino sin escrúpulos lo suficientemente inteligente como para perseguirlos sin dejarse notar ni dejar pistas. Un maníaco que disfruta con lo que hace, un enfermo que se deja embriagar por la sangre. Un yonqui del dolor ajeno, para quien éste se ha convertido en el aire que necesita respirar para seguir adelante.

No puedo evitar preguntarme qué habrá sucedido en su vida para convertirlo en tal aberración. Las posibilidades son infinitas.

Jose sigue delante de mí; no se ha girado y me mira sin pestañear hasta que grita:

—¡Huye, Soledad! ¡Corre! ¡No te detengas! ¡No mires atrás!

—No podrá escapar de mí, nunca. —El malnacido ríe.

—No dejaré que le hagas daño, Egor —oigo que Jose le dice con calma—. ¿Ha cambiado tu jefe de opinión?

Su carcajada me hiela la sangre y me deja quieta en el sitio. Es tan aterradora como él.

—¿Mi jefe? —pregunta marcando tanto las palabras que chirrían, como una tiza en una pizarra.

—Vladimir —contesta Jose, confuso.

—Él no es mi jefe.

—Entonces, ¿quién quiere verme muerto? —pregunta con un aplomo que yo no tengo.

No sé lo que sucede, pero parece que ambos hombres se comprenden sin hablar.

—Olenka —suelta Jose, riendo.

—Premio.

—¿Desde el principio?

Puedo ver, paralizada desde donde estoy, cómo Egor asiente.

—Así que has estado jugando a dos bandos y Vladimir no es consciente de ello.

Egor asiente de nuevo, sonriendo esta vez, sin decir nada.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Has acabado con las chicas de España también?

—No, ése fue mi hermano; lo llevamos en los genes —escupe.

—¿A quién disparaste?

—A uno de los hombres de Andrey; te seguían para asegurarse de que llegabais bien a tu país y podías llevar a cabo tu misión.

—Así que Vladimir sí que pensaba cumplir con el trato. ¿Tan importante es para ellos culpar a Olenka?

—Claro que sí, ¿y tú eres el teniente? Si la condenan a ella, ellos quedaran libres de toda sospecha y podrán volver a empezar cuándo y dónde quieran.

La tensión crece; noto mi pecho subir y bajar con fuerza. Mi aliento se congela al entrar en contacto con la fría noche. ¿Qué va a suceder? Jose no dispone de un arma con la que defenderse... ¿Le va a disparar? ¿Después a mí? Claro que sí, acaba de decir que no está del lado de Vladimir.

—Sé que te gusta tomarte tu tiempo, disfrutar de la caza, recrearte en la captura y regodearte en la tortura, así que, antes de que empecemos, me gustaría saber por qué.

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué las torturas? ¿Por qué acabas con sus vidas? ¿Por dinero?

—Porque me lo ordena Olenka.

—¿Acaso sientes algo por ella?

—Ella me salvó.

—¿Tú crees?

—Al menos, me dio una razón para vivir.

—Siento oír eso.

—No lo sientas. Soy feliz.

—Lo dudo. Ella tan sólo te utiliza; lo sabes, ¿no?

Esas palabras logran que Egor se distraiga un momento, parece que está pensando en ellas.

—Ella me ama —suelta por fin.

—No te engañes, Egor, ama a muchos. No te olvides de que es una puta — señala Jose con la intención de herirlo.

—Como la tuya.

—Pero la mía no ha disfrutado ni una sola vez, ha sido obligada. Olenka, sin embargo, sí que lo hace... y mucho —replica Jose para molestarlo.

No sé a dónde quiere llegar, pero cada vez estoy más y más asustada. Sé

que debería alejarme, huir, pero soy incapaz, es como si de mis pies saliesen raíces de hielo que penetran con fuerza en el asfalto.

—No es cierto, tan sólo me ama a mí —se defiende.

—Piensa lo que quieras, no voy a discutir eso contigo. Otra cosa, ¿por qué las torturas así? ¿Qué significado tiene?

—Me gusta que no puedan moverse. ¿Qué mejor manera de impedirlo que dejándolas mancas y cojas?

No puedo creer lo que estoy oyendo, ¡está loco! Y es peligroso, debemos irnos de aquí, pero ¿cómo?

—¿Por qué las dejas sin sangre?

—Me gustan frías.

«¡Joder! ¿Eso significaba que después de acabar con ellas, él...? ¡No! No puedo creer que... ¡Oh, Dios mío! Anais...» Me llevo la mano a la boca para contener el llanto que desgarrar mi pecho ansioso por destrozar mi boca.

—Eres un ser llegado del mismo infierno —lo acusa Jose—. Olenka va a terminar sus días en la cárcel y tú también.

—Puede, pero no serás tú el responsable de llevarnos allí. Vas a ser el primero; cuando no puedas moverte iré en busca de tu puta y podrás disfrutar del espectáculo en primera fila. Estoy seguro de que te va a gustar, especialmente la parte en la que me la follo sin vida.

—No te lo permitiré, maldito hijo de puta —le espeta con los dientes apretados.

Intento marcharme, de verdad que sí, pero sus palabras no dejan de provocar terror en mi cuerpo y me dejan inmóvil, sin saber qué hacer.

—¿Cómo vas a detenerme? —se burla—. Ambos sabemos que no tienes nada que hacer contra mí.

—Me lo estoy pensando; todavía no lo tengo claro. Lo que sé con seguridad es que no voy a dejar que le pongas una mano encima.

Egor se acerca a Jose con paso seguro. Jose parece calmado, tranquilo, como si no le importase morir. No sé cómo he conseguido alejarme un poco y me oculto tras unos árboles al borde de la carretera.

La lucha empieza. Egor golpea tan rápido como sale la munición de una metralleta; Jose no puede defenderse, tan sólo intenta, desesperado, protegerse. El tiempo se me hace eterno. El ruso parece no cansarse; es imparable. Golpea con los puños y las piernas con una agilidad inesperada para su corpulencia.

Jose está en el suelo hecho un ovillo, recibiendo golpes en todas las partes

del cuerpo: espalda, abdomen, cabeza... Egor se agacha, complacido al verlo indefenso.

—Ahora voy a esposarte —amenaza.

—Así que piensas hacerme lo mismo que a esas pobres mujeres...

—De la misma deliciosa forma... ¿Vas a gritar? Me gustaría oírlo.

—No gritaré.

—Créeme cuando te digo que sí lo harás... gritarás, y fuerte, tanto que tu puta te oirá aunque esté a kilómetros de distancia.

Sigo oculta, temblando y no por el frío. No se han dado cuenta de que estoy aquí, inmersos en la pelea. No sé cómo reaccionar; salir al fin huyendo y dejarlo solo no me parece que sea una opción que tener en cuenta, pero ¿qué puedo hacer para salvarlo?

—Él no va a gritar, pero tú sí —dice de repente la voz de un hombre a la vez que se oye el martilleo de un arma.

Miro hacia el lugar y trato de ver algo en la penumbra; Jose y Egor hacen lo mismo.

De pronto aparece de entre las sombras, pone el arma en la sien de Egor y, antes de un mísero pestañeo, dispara. Los sesos del gigante vuelan por encima de Jose y la sangre empieza a diseminarse a su alrededor. Cae al suelo, fulminado.

Jose se levanta y trata de alejarse, aturdido.

—Soledad —me llama de repente el desconocido—, sal.

—¿Quién cojones eres tú? ¿Quién te envía? ¡No te la vas a llevar!! —vocifera Jose presa del pánico.

Salgo de donde estoy y camino hacia ellos; no sé qué más puedo hacer. Jose me mira sin creer que lo haya desobedecido, pero esa conversación quedará pendiente. Ahora sólo piensa en protegerme; incluso en esta situación, se coloca frente a mí a modo de escudo.

—Largaos. No os detengáis y recuerda, Jose, tu parte del trato. Vladimir quiere a Olenka en la cárcel por el resto de su vida.

Jose asiente. Es uno de los hombres de Vladimir. Lanza algo que Jose coge al vuelo y yo cierro los ojos en un acto reflejo.

—Son las llaves de aquel Lada Granta gris. En los asientos de atrás llevas provisiones. Subíos y conducid hasta que abandonéis Rusia.

—Gracias —dice Jose.

—Cumple con tu parte del trato, recuerda, nada de avisar a la pasma — recalca el extraño antes de desaparecer.

Jose me mira en silencio y se detiene en los restos de lágrimas de mi rostro.

—No llores más —me pide.

—Te ha dado una buena, ese cabrón.

—No me duele —miente—; además, pensé que te daría tiempo a ponerte a salvo.

—Yo conduciré —me ofrezco.

—Me dijiste que no sabías hacerlo.

—La verdad es que no, pero tú no estás en condiciones —lo riño.

Caminamos todo lo deprisa que podemos, que no es mucho, hacia el coche.

Jose se ha apoyado en mí, empiezo a temer que le haya roto una costilla.

—Conduciré yo, tan sólo necesito ayuda para subir.

Lo ayudo a meterse dentro y él aprieta los dientes para no quejarse, pero está tan mal como parece. Subo al asiento del copiloto y veo los víveres en el asiento de atrás; rebusco entre las bolsas de papel oscuro tratando de encontrar analgésicos o cualquier otra cosa que pueda paliar su dolor.

Entre las diversas latas y paquetes con comida, veo una caja de pastillas; saco dos y se las doy a Jose junto con una botella de agua.

—Traga —ordeno, y en ese momento me recuerdo a mi madre.

Jose asiente, traga y arranca el vehículo para poner, por fin, rumbo a España.

CAPÍTULO 21

A pesar de que el dolor por los golpes persistía, Jose no quiso tomar nada más para aliviarlo, pues necesitaba sentirlo, saber que todavía podía notar algo porque, después de la reacción de Soledad, su corazón había dejado de latir unos instantes y había alcanzado la misma temperatura gélida del exterior, por lo que en ese momento su pecho era tan sólo un témpano de hielo.

De vez en cuando la miraba, aunque no deseara hacerlo. Tenía que comprender que había sufrido mucho, que no era nada más que una reacción normal; no estaba enfadado con ella, sino con ese mundo cruel que se la había arrebatado y se había adueñado de una parte de ella para siempre.

Odiaba a los que la habían convertido en un recipiente vacío que él necesitaba llenar, el problema era que su Sol parecía apagarse igual que el astro al llegar el ocaso.

Suspiró con fuerza al tratar de cambiar la postura que ya resentía su espalda. Había perdido la noción de las horas que llevaba pisando el acelerador tratando de dejar muy lejos ese maldito y hermoso país tan aprisa como pudiese.

—¿Estás bien, Jose? —preguntó Soledad al percibir que estaba incómodo.

—Sí, no te preocupes; duerme un poco.

—No podría.

—¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Sí, ¿por qué no podrías dormir?

—No estoy cansada.

—Tus ojos dicen otra cosa.

—Para el coche, duerme un rato y yo lo haré también.

—No puedo permitirme descansar. Ahora, no; cuando estemos a salvo.

El silencio se extendió entre ambos como una pesada manta ansiosa por envolverlos y darles calor, aunque Jose sentía que nunca más iba a sentir esa calidez en su pecho que sólo despertaba su Sol.

—Háblame de lo que sucedió después de que me fuese.

—¿De que te fueras?

—Suenas mejor, ¿verdad? —preguntó con la voz entrecortada.

—Bueno —comenzó Jose—... los primeros días fueron un verdadero infierno. Nunca olvidaré cuando tus padres llamaron a casa para ver si estabas allí, conmigo. No sabía nada, no tenía ni idea de que no habías llegado, de que te habías... ido. ¿Sabes? Siempre había pensado que, cuando se está unido a alguien, si le sucede algo grave, se activa una especie de instinto; sin embargo, no fue así. Realmente no sentí nada y eso...

—¿Y eso? —lo animó a continuar.

—Eso todavía me reconcome.

—No tuviste nada que ver, en todo caso fue culpa de...

—¿Fran?

—Mía, por no haberme alejado lo suficientemente rápido ni lo bastante lejos.

—Pagó con su vida, al final se arrepintió.

—No me importa, ya nada importa. Lo que pasó me cambió y ya nunca volveré a ser la misma.

—Soledad...

—No importa, Jose, es la verdad. Me han dejado vacía de emociones, seca de sentimientos.

—Creo que sólo necesitas tiempo... y amor.

Soledad lo miró un instante a los ojos; sabía que él estaba dispuesto a todo por ella; había llegado hasta ella, no había perdido nunca la esperanza y eso era algo que jamás iba a poder olvidar, aunque viviese mil vidas.

—Tienes mucha fe en mí.

—Jamás me he rendido —confesó en un susurro—, ni me rendiré —afirmó con una convicción que llenó el pecho de Soledad de algo parecido al calor.

—Jose, ¿sabes que si alguna vez pudiese estar con alguien, tú serías al que elegiría, verdad?

Éste la miró apartando la vista de la carretera unos instantes. Acababan de salir de Rusia en ese preciso instante sin haberse topado con controles; habían tenido suerte. Jose había estudiado las posibilidades de dejar Rusia una vez estuviese allí y se había llevado una gran alegría al descubrir que era más difícil entrar que salir.

Y así había sido, habían llegado al paso fronterizo con Letonia. Una vez en terreno europeo, Jose, tenía la confianza de que todo iría mejor y podrían

descansar; por eso, al pasar la frontera sin más, suspiró tranquilo y la tensión acumulada se relajó.

—Ya estamos en suelo europeo —murmuró mirando a Soledad.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Ahora podremos descansar?

—Vamos a buscar un sitio donde dormir.

Detuvieron el vehículo unos kilómetros después en un pequeño lugar en el que divisaron un hostel de carretera para quedarse a pasar la noche.

Jose no podía apenas moverse; sus músculos estaban entumecidos debido a las largas horas en la misma postura y al dolor producto de los golpes que Egor, tan alegremente, le había propinado.

—Mientras pides habitación, iré a por unas cosas —dijo Soledad dejándolo solo frente al hostel.

Unos interminables minutos después, Jose fue capaz de hacerle entender al recepcionista que quería dos habitaciones, firmar y coger la llave para ir a una de ellas. Era un sitio de mala muerte, pero, si tenía sábanas limpias, sería suficiente como para echarse un rato y dormir. Necesitaba descansar y alejarse durante unas horas del maldito aroma embriagador de Soledad. Ella lo calentaba como el sol de verano y lo que sentía no había perdido intensidad; al contrario, ahora admiraba más a la mujer en la que se había convertido.

Jose se había echado en la cama, que estaba o parecía bastante limpia. Minutos después, sintió que necesitaba quitarse esa ropa y ponerse otra, así que se levantó, no sin esfuerzo, cogió ropa limpia de la que llevaban en la mochila y se dirigió a la ducha.

Trataba, dolorosamente, de deshacerse de la camiseta cuando alguien llamó con los nudillos en la puerta. Con toda seguridad era Soledad, ¿quién, sino?

—Hola, he conseguido esto —dijo al verlo, mostrándole una bolsa llena de cosas.

—¿Y qué es? —inquirió curioso.

—Analgésicos para el dolor, vendas y chocolate.

—¿Has comprado chocolate?

—Sí, hace años que no lo como. —Sonrió.

Jose no pudo evitar quedarse colgado de esa sonrisa que le mostraba que su Sol estaba ahí, bajo las gruesas capas de dolor y desesperación.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella.

—Intento quitarme la camiseta para darme una ducha, pero me duele cuando levanto los brazos.

—Probablemente ese malnacido te ha roto alguna costilla.

—Puede, pero no debe de ser grave, puedo respirar con facilidad.

—Seguramente habrá roto una de las flotantes.

—¿Cómo sabes de eso? ¿Es que alguna vez...? —Se detuvo y bajó la mirada. No podía evitar sentirse responsable de todo lo que había padecido por no encontrarla antes, mucho antes.

—No, a mí nunca me han pegado tan fuerte... —contó con toda naturalidad mientras le sacaba la camiseta y dejaba su torso, torneado, fuerte y en ese momento amoratado, a la vista.

Soledad contuvo el aliento un instante al ver a Jose sin la prenda. Desde luego, poco quedaba de aquel niño que la había besado y le había confesado su amor. Su pecho definido por el intenso ejercicio físico mostraba los golpes recibidos en un muestrario de diferentes tonos, entre oscuros y rojizos.

Soledad, sin ser apenas consciente de lo que provocaba con sus manos, rozó los lugares lastimados con una caricia lenta que obligó al teniente a apretar los dientes con fuerza para no hacer una locura.

Ella pareció notar el cambio repentino en la actitud de Jose y alzó la mirada para toparse con esos ojos azules en los que tanto había pensado y deseó amarlo, deseó enterrar toda la mierda que llevaba a cuestas y poder comenzar de nuevo, con él. Con el hombre que la había salvado de una vida triste y miserable, cuyo único final feliz habría sido la propia muerte.

—Sol... —murmuró—. Mi Sol...

—Jose, siempre has sido tú, siempre, es sólo que...

—¿Qué, Soledad? ¡Háblame, maldita sea!

—Es que no sé si voy a poder sentir otra vez, y eso me asusta —confesó acariciando su mejilla, que se tensaba por la rabia que lo consumía y que trataba de ocultar.

Él procuraba luchar contra lo que sentía; le había dejado claro que no volvería a tocarla o besarla hasta que ella misma se lo pidiese, pero lo estaban matando las malditas ganas de hacerlo que lo invadían. La había extrañado más de lo que pensaba, y eso era decir mucho; tenerla cerca resultaba casi una tortura mayor que la que había sufrido por no saber dónde estaba todos esos años.

Derrotado, dejó caer su frente sobre la de Soledad y permitió que continuase con esa deliciosa tortura que aceleraba su respiración y lograba que

su pecho, herido, doliese más. Le dejaría hacer lo que quisiera con él; era la que gobernaba sus pasos y podía hacer con él lo que deseara. Él gustosamente le entregaba lo que quedaba de su alma.

—Jose —susurró con la voz entrecortada.

El mero hecho de escuchar su nombre de los labios de ella le hizo desear cogerla, llevarla a la cama y borrar cada herida con besos, con caricias, con amor. Sabía que las huellas eran profundas, pero estaba seguro de que lograría sanarla.

—Sol, si no te alejas de mí no voy a poder mantener mi promesa; me lo estás poniendo jodidamente difícil.

—¿Qué promesa? —preguntó confusa.

—La de no besarte ni tocarte sin que me lo pidas —le recordó apartándose.

Se dirigió al baño y cerró la puerta. Necesitaba controlarse o no sería capaz de responder de sus actos; sólo podía pensar en tenerla entre sus brazos y dejar que pasara el tiempo. ¡Era tan difícil! No era un hombre débil ni de los que se rendían a la primera, pero ella tenía algo que lo hacía enloquecer, no ser dueño de sus actos, perder su voluntad... porque en realidad le pertenecían; lo que era, todo en lo que se había convertido, había sido por ella.

Se apoyó en la puerta de madera y dejó que su frente descansara sobre la dura y fría superficie, nada que ver con la calidez que desprendía Soledad. Apoyó las palmas de las manos para evitar caer en la tentación de abrirla y poseerla tan intensamente como anhelaba.

Al cabo de un rato, se alejó, abrió el grifo y dejó que el agua arrastrase toda la miseria que lo corroía.

* * *

Soy consciente de que está al otro lado, apoyado contra la puerta, igual que yo. Noto su respiración frustrada, igual que de alguna manera lo está la mía. Me encuentro en una lucha que nunca pensé tener que lidiar. Por un lado deseo estar con él, dejarme llevar y que me envuelva en el amor que lo ha ayudado a seguir creyendo que seguía viva; por otro, me aterra no ser capaz de hacerlo... No, la verdad es que lo que realmente me da miedo es que esté dentro de mí y ver el rostro de Alexey en vez del suyo.

Mi querido Jose, todos estos años enamorado de la que fui, buscándome sin descanso, arriesgándose por mí... y ahora lo desprecio. No puede ser tan malo; al fin y al cabo, lo he hecho muchas veces antes, con Alexey, sin deseo. Él despierta en mi interior un pequeño calor que puede que prenda y me inunde con una intensidad que alcance cotas que desconozco.

Doy vueltas por la habitación; nunca he sido tan insegura, ¿o sí? Tal vez la inseguridad se deba tan sólo a que, en realidad, sí siento algo fuerte por su recuerdo y me da miedo que se haga real por si pierdo lo único que me ha ayudado a mantenerme con vida.

La puerta se abre y Jose sale cubierto sólo por una pequeña toalla alrededor de la cintura, que deja sus largas y fuertes piernas, húmedas, a la vista, junto con el resto de su cuerpo. Me llevo una mano al pecho porque a mi corazón le ha dado, de repente, por latir desbocado.

—Soledad, pensaba que te habías ido —se excusa.

—¿Cómo podría dejarte? —es lo que sale de mis labios.

Sin pensarlo más, decido que es ahora o nunca; tengo que acabar con esta tortura que me está dejando sin los trozos de alma que aún sobreviven dentro de ese vertedero que es mi interior lleno de mis propios restos.

Su confusa mirada me recuerda a la de aquel joven del que me enamoré demasiado tarde para disfrutarlo, esa misma mirada que me ha servido de cobijo en cada una de esas más de dos mil noches.

Acerco mis manos a su pecho; percibo la humedad que lo envuelve y él cierra los ojos a la vez que gruñe de placer. Su mandíbula se tensa, lo veo, lo siento, lo noto. Cada fibra de su ser se contiene y tiembla por el esfuerzo, pero no me toca.

Eso me da confianza; él prometió que no me tocaría ni me besaría a no ser que yo se lo pidiese, y va a cumplir su palabra, lo sé. Él es puro honor. Todo lo que ha hecho por mí parece sacudirme de golpe hasta lo más profundo y cierro los ojos también para dejarme llevar por su ruda piel; mis manos se pasean por ese torso dibujando sus músculos. Me detengo en su pecho, tiene los pezones erizados y jadea con cada toque.

—Soledad —gime—, he soñado con esto durante tantas noches...

—Yo también. —Me sincero.

Sus ojos, turbios como un mar amenazador, me miran fijamente; mis manos no se detienen. Él alza las suyas y las acerca a mi cuerpo, pero no me toca, tan sólo las deja ahí, tal vez para notar el calor que mi cuerpo empieza a desprender.

—Soledad... —murmura—, Soledad...

—Jose... —digo a su vez.

—Mi sol, mi brillante y cálido sol.

Dirijo las manos hacia su espalda y dejo que mi pecho acaricie el suyo; no sé hasta dónde voy a dejarme arrastrar, pero en mi interior se ha desatado el caos y no sé si voy a ser capaz de controlar este turbulento mar de emociones dispares.

Su respiración se acelera y la mía se une a la suya. Dos cuerpos temblando por la expectación, gimiendo por apenas un roce, ansiando lo que puede llegar a suceder.

—Jose —pido en voz baja—, abrázame.

No duda, no espera, tan sólo me envuelve con sus largos y fuertes brazos y me pega a su pecho, que se agita al compás de los latidos de ese corazón que creí destrozado. Tal vez tan sólo necesito a alguien que junte todos mis trozos con un poderoso abrazo y los selle con un beso que me haga olvidar todo lo demás.

Alzó la mirada y me encuentro con la suya; sus pupilas se han oscurecido hasta hacer desaparecer el tono azul de sus iris y una de sus manos se acerca a mi rostro y acaricia con uno de sus dedos su contorno.

—Soledad —susurra—, te quiero.

Esas palabras tienen en mí un efecto devastador y pierdo el control; al parecer necesitaba oírlas más de lo que pensaba. Mi boca se ofrece abriendo con lentitud los labios; él entiende mi petición silenciosa y se acerca despacio. Noto su aliento rodearme, su olor a limpio me desarma. Me alzo sobre las puntas de mis pies y poso mi boca sobre la suya. Un simple roce, inocente, casi como aquella primera vez.

Sus ojos no se apartan de mi rostro. Jadea cada vez con más fuerza, y su miembro golpea mi sexo bajo la toalla que, de repente, estorba. Me acerco y de nuevo lo beso, pero esta vez no lo he pillado por sorpresa y sus manos aferran mi cintura y me fusionan a él.

El beso comienza dulce, suave, hasta que mi lengua osada acaricia la suya, provocando un gruñido casi animal. Me eleva y me besa con más ansia. Quiero parar, no puedo dejar que se haga más daño, está herido, pero él no afloja su abrazo hasta que me coloca sobre la cama.

Desabrocha con suavidad mis pantalones y me deja las braguitas. Besa mis tobillos y sube, dejando un rastro invisible hasta mis muslos; sus manos toman el relevo y me regalan tiernas caricias. Gimo y jadeo, estoy disfrutando más que

nunca con unas simples caricias y besos. Eso debe de significar algo.

Alzo los brazos y de nuevo él comprende esa orden que no llego a pronunciar y me quita la prenda para dejar a la vista mi sujetador.

—Mi Sol, mi cálido y dulce sol —murmura besando mi nuca hasta mis hombros.

Su boca se detiene; no dice nada, pero sé que las ha visto, las marcas de Alexey en mis hombros. Suspira con fuerza y encaja los dientes con tanta fuerza que llego a oírlo.

—¿Te lo hizo él?

—¿Quién, sino? —contesto.

El silencio se hace pesado entre ambos, pero no quiero que este momento se pierda en ese maldito recuerdo.

—Lo mataré, algún día, con mis propias manos.

—Lo sé —digo sin más.

Su boca de nuevo aparece sobre la mía y me tumba en la cama; se coloca a mi lado y me acaricia con la suavidad de una pluma. Cierro los ojos y me relajo. Siento su boca besar mi ombligo a la vez que sus manos acarician la curva de mis caderas. Voy a enloquecer.

—Jose... —intento decir—... me vuelves loca.

—Y tú a mí. Haré lo que quieras, Soledad, me tienes en la palma de tu mano; ciérrala y moriré con gusto entre tus dedos.

—Jose... —murmuro presa del éxtasis.

Su boca se cierne sobre la mía; el beso ya no es suave, ahora es profundo, exigente. Mi lengua se une a la suya, una danza sin control aparente pero que ambas conocen. Sus manos recorren mi cuerpo, se detiene en mis pezones, duros bajo la tela del sostén, y los acaricia con delicados círculos.

En algún momento he empezado a jadear, pero no lo recuerdo, tan sólo soy capaz de sentir sus mimos, sus besos, sus roces... Lo deseo... sí, es deseo. Aunque lo tenía olvidado, ha regresado y lo reconozco. Deseo tenerlo dentro porque lo elijo, no porque me lo imponga.

Sus manos sacan uno de mis pechos y su lengua lame, roza y da suaves mordiscos a mi pezón, que se eleva reclamando más. Con la otra, aprieta lo justo para hacerme jadear, para obligarme a necesitarlo más.

—Sol, ¿estás segura? Si no, dímelo ahora o no podré detenerme.

—Jose, te deseo —confieso.

Y él no necesita más. Gruñe cuando me deshago de las bragas, y sus manos,

torpes, desabrochan el sujetador. Quedo totalmente expuesta a su mirada, que se torna hambrienta. Se coloca sobre mí y deja caer la toalla, mostrándome su sexo listo para penetrarme. Abro las piernas y lo acojo en mi interior.

Me penetra con una embestida firme pero lenta, como si temiera hacerme daño. Una vez dentro, se queda quieto y me mira acariciando mi pelo y colocándolo tras la oreja.

Es el hombre más hermoso que he visto jamás y al tenerlo en mi interior me siento tan bien que no puedo controlar las lágrimas, que finalmente escapan de mis ojos.

—Sol, ¿quieres que pare?

—No.

—Pero estás llorando...

—Sí, es que... me gusta tenerte dentro de mí.

Jose sonrío; se mueve despacio, arrancando a mi alma jadeos olvidados ¡Me siento tan bien! No quiero que acabe nunca... Me gustaría que en este momento el tiempo se detuviese y permanecer así para siempre.

Mis manos acarician la fuerte espalda y los brazos musculosos al ritmo de sus movimientos; no me posee, me regala su amor... Es tan diferente que no puedo dejar de llorar, pero de felicidad.

Lo beso con fuerza, agarro su cuello y lo pego a mí. Necesito tenerlo lo más cerca posible. Mi boca libera jadeos y gemidos que él hace suyos y, perdidos en nosotros mismos, en los que fuimos, el clímax llega, inesperado, y me deja indefensa y expuesta ante el gran amor de mi vida.

CAPÍTULO 22

Abro los ojos y me doy cuenta de que estoy abrazada a él; es algo extraño y a la vez tan familiar... Es una sensación que no sé cómo catalogar, como todas las que experimento junto a él. No tengo claro que lo que pasó hace unas horas fuese lo indicado. Se merece algo mucho mejor de lo que yo puedo darle, a alguien que esté completo, no a medias.

Me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y me asomo a la ventana; la mañana aparece tan sombría como yo. ¿Por qué tengo que sentir este caos que no me permite respirar? Suspiro y me voy al baño para meterme bajo la ducha.

El agua caliente las partes de mí que permanecen congeladas y trato de no llorar, pero no lo consigo. Hay mucho que sacar fuera y no creo que con una sola vida me baste. La puerta se abre, oigo sus pasos y aprieto las palmas de las manos sobre mis pechos; de repente no quiero que esté aquí.

—¿Soledad? —me llama.

—Enseguida salgo —susurro entre lágrimas.

—¿Estás llorando? —pregunta preocupado.

Dejo que el silencio sea el que hable en mi lugar; no puedo mentirle, no a él. No se lo merece después de todo lo que ha hecho por mí.

—¿Es por lo de anoche? —inquire de nuevo.

Quiero decirle que no, que no es por él, que es por mí, pero incluso en mi mente suena a excusa barata y gastada por el uso continuo.

—Nos iremos enseguida —comenta, y sale cerrando la puerta tras él con un suave golpe.

Las lágrimas sacuden mi cuerpo con más fuerza porque sé que le he hecho daño y no lo merece. La que merece sufrir soy yo, no él. Salgo de la ducha y me seco con una de las toallas que hay en el baño; me visto y me peino para luego recogerme el pelo en una cola.

Una vez lista, salgo y Jose entra para darse una ducha; todavía lleva el torso desnudo y no puedo evitar admirarlo. Es un hombre atractivo, fuerte y decente; quedan pocos como él, por eso no puedo corromperlo y sé que, al final, eso va a suceder si me quedo a su lado.

Oigo el agua al caer y no puedo evitar quedarme apoyada sobre la puerta de madera, la barrera que yo misma he levantado entre ambos haciéndole creer que me arrepiento de lo que ha sucedido entre nosotros, aunque no sea la verdad. Lo cierto es que me hizo sentir viva cuando ya creí que estaba muerta.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, sobre la dura superficie. De pronto la puerta se abre y pierdo el equilibrio. Jose me sostiene y me mira a los ojos; de nuevo sus pupilas se agrandan tanto que parece que el mar que hay en sus ojos se va a derramar, arrastrándome a playas más serenas.

—¿Estás bien?

—Sí, es sólo que... yo... —No sé qué decir, así que agacho la cabeza y callo.

—Soledad, esperaré —murmura pasando a mi lado y recogiendo las escasas pertenencias que tenemos.

Al cabo de unos minutos estamos en el coche, con café en vasos de plástico y una especie de dulce que no reconozco, dispuestos a continuar el viaje. Jose conduce en silencio; en la radio suenan algunas canciones a las que no presto atención. Después paramos a comer algo, aún en Letonia, pero ni siquiera me importa qué, pues tan sólo quiero que él esté bien y lo veo callado, triste tal vez.

Cuando llevamos un par de horas más de trayecto, pasamos la frontera y entramos en Lituania. Transcurren dos horas más y llegamos a la capital, donde buscamos un sitio en el que pasar la noche. Jose baja del vehículo sin pedirme ayuda, no sé si porque está mejor o quizá porque no desea que lo ayude más; quiero pensar que es porque está mejorando.

Cogemos dos habitaciones individuales, pero conectadas por una puerta. Me voy a la mía sin decir nada; la tensión entre nosotros es tal que puedo verla con nitidez interponiéndose entre ambos. Cierro la puerta y me echo en la cama, no tengo ganas de nada. ¿Cómo explicarle todo lo que siento? Nunca va a entenderlo, nunca va a rendirse, y no tengo claro que eso sea algo bueno.

Pasan unos interminables y silenciosos minutos que se ven interrumpidos por el golpeteo suave de su mano en mi puerta.

—Sol, deberías comer algo.

—No me apetece nada —miento para evitar tener que enfrentarme a él.

—Sol, no podemos estar así, ¿vale? Simulemos que nunca sucedió.

Noto que está cansado; este viaje nos va a dejar marcas a ambos, la diferencia es que a mí no me van a doler tanto, he pasado por cosas peores.

Antes de poder detenerme, estoy abriendo la puerta para pasar a su cuarto. Ha pedido al servicio de habitaciones que suban algo y compartimos un par de hamburguesas.

—Soledad, será de la forma que tú quieras.

—Ése es el problema, Jose, que no quiero que sigas esperando un milagro que no va a ocurrir.

—Soledad, no quiero ningún milagro, te quiero a ti.

Al escucharle pronunciar esas palabras con las que tantas veces he soñado, un nudo se me hace en el pecho, impidiéndome comer o respirar. Deseo contarle todo lo que he pasado, pero no es el momento. Necesito regresar, ver a mis padres y creerme que todo es real; después intentaré que comprenda que, a pesar de que su recuerdo ha sido el ancla que ha evitado que me dejase arrastrar a la deriva, no puedo condenarlo a vivir mi infierno.

—Buenas noches —me despido a la vez que me levanto y, con paso cansado, regreso a mi habitación para dar vueltas en la cama hasta ver llegar un nuevo día.

* * *

No he dormido nada; me pregunto cómo es posible despertarse con más ojeras de las que me llevé a la cama, pero la respuesta es sencilla: no he descansado en absoluto pensando en Jose.

Salgo con todo lo mío preparado y veo que él está terminando de hacer lo propio. Abandonamos el hotel, buscamos un sitio donde comprar café y continuamos, tras echar combustible, el viaje.

Pasamos la frontera de Polonia y, tras algo más de cinco horas sin detenernos y sin hablar, llegamos a Varsovia, donde paramos a comprar algo para comer sin bajar del vehículo y luego continuar tragándonos los kilómetros.

Quiero decirle que pare, que tiene que descansar, pero me da miedo iniciar una conversación que se puede convertir en un arma afilada.

—Tantos países y no estamos disfrutando de uno solo —digo sin embargo.

—¿Te gustaría hacerlo?

—Quizá alguna vez... No sé si me gustará viajar; la única vez que salí de casa fue para terminar en el Edem —suelto sin pensar y enseguida me arrepiento. No deseaba sacar el tema y es precisamente lo que he hecho, ¡maldita sea!

—Por mucho tiempo que transcurra, siempre voy a sentirme culpable —confiesa.

—¡No digas eso más! ¡Tú no tienes la culpa de nada! ¿Me oyes? ¡De nada! —grito con fuerza.

—Sí. ¡Joder! Sí. Fue culpa mía... Lo sabía, sabía que era un cabrón y que te la iba a jugar y no hice nada.

—¿Y qué ibas a hacer? ¡Eras sólo un crío! ¡Por Dios! Ninguno podíamos haber hecho nada, tan sólo... sobrevivir —acabo con apenas voz.

—Soledad... —me llama.

Lo miro a los ojos y me doy cuenta de que ambos lloramos.

—No, Jose, me niego a cargar con la responsabilidad de que te sientas culpable de lo que ocurrió; no es justo, ni para ti ni para mí. No lo es. Lo que pasó no tuvo nada que ver con nosotros, fue culpa suya... fue culpa suya... —repito acariciando su nuca.

Como puede, se seca las lágrimas que ha derramado y permanece el resto del trayecto en silencio. Después de más de doce horas, llegamos a Berlín. Descansamos y seguimos con la rutina: dormir y continuar el largo viaje: Hannover, Dortmund, Bruselas y París.

Jose hace una parada para llamar por teléfono, está informando a su capitán de que pronto estaremos en España.

—He avisado a Acero, en cuanto estemos en territorio nacional, continuaremos en avión.

Asiento sin más. Han sido horas agotadoras, pero volver a estar en mi país me llena de una alegría extraña, un sentimiento de pertenencia que tenía olvidado.

Cuando aterrizamos, veo un cartel que me informa de que estamos en Málaga, agarro la pierna de Jose sin pensar en nada más; éste me mira de lado y me dedica una sonrisa auténtica. Es la primera que le he visto de verdad, además de la que mostró al verme en el prostíbulo.

Me vio en un prostíbulo; soy una puta. No puedo hacer nada para evitar que la verdad salga, aunque duela, y duele, como si estrujase un limón sobre una herida abierta. Siempre voy a ser «la pobre cría que se llevaron para hacer de

puta», y no quiero que él tenga que soportarlo.

El camino desde el aeropuerto militar a mi casa lo hacemos en coche; me siento rara, como si no supiera qué debo sentir exactamente.

—Hemos llegado —susurra cuando aparca frente a mi casa. ¡Mi casa!

—Me tiemblan las piernas —contesto.

—Yo estaré a tu lado —me anima.

Subimos en el ascensor; no puedo respirar, pero no por estar encerrada en este pequeño compartimento metálico, sino pensando en mis padres. Me asusta lo que pasará cuando me vean, cuando los vea.

Ahora no sé si es tan buena idea presentarme sin avisar... Tal vez debería haber llamado.

No puedo dejar de moverme nerviosa de un lado a otro, incapaz de tocar a la puerta. Jose lo hace por mí sin necesidad de palabras; es más que evidente el miedo que siento. Pasan unos segundos que se me hacen interminables hasta que mi padre, por fin, abre la puerta.

Al encontrarme con su mirada sucede algo extraño, es... como si no me conociera, como si no pudiese creer que estoy frente a él, y mira varias veces a Jose interrogándolo sin palabras para que de alguna manera le confirme que no es un sueño.

—He cumplido mi promesa, la he traído de vuelta —le dice a mi padre.

Hay unos segundos en los que creo que vamos a morir de emoción. Mi padre tiene el semblante serio, está pálido y no puede dejar de tomar grandes bocanadas de aire, como si no quedase suficiente oxígeno para todos. Lo entiendo. Me ha llorado y enterrado hace ya tantos años... Es lógico. Probablemente crea que soy una aparición, pero, después del impacto inicial, se acerca hasta a mí y extiende la mano para tocar mi rostro.

Cierro los ojos y dejo que algunas lágrimas resbalen por mi mejilla temblorosa; es mi padre... más mayor, con más arrugas de las que recuerdo surcando sus ojos, con el cabello oscuro bañado por una fina capa de cabellos plateados...

—¿Quién es? —oigo la voz de mi madre.

—¡Ven, cariño, ven! —grita él—. Es ella —suelta.

Por el estrecho pasillo aparece mi madre con el asombro y la confusión desfigurando su cara. No ha entendido realmente lo que mi padre ha querido decir y se seca nerviosa las manos con un paño de cocina una y otra vez sin dejar de mirarme.

Después mira a Jose, que asiente, y luego a mi padre, que le acaricia los brazos y asiente también con la cabeza, fuera de sí.

De repente, mi madre se aferra a mi cuerpo mientras llora con movimientos frenéticos. Sé que me habla porque la veo mover los labios, pero soy incapaz de captar una sola palabra. Mi padre, por el contrario, no puede acercarse: se ha dejado caer al suelo y llora sin cesar negando con la cabeza, incrédulo.

—Lo sabía, lo sabía, mi niña ... mi niña... —llora y repite mi madre sin cesar.

—No puedo creerlo, no puedo creerlo —repite mi padre en el suelo, como ido.

No sé qué decir; los miro y los veo cambiados, más mayores, y no puedo evitar preguntarme si me verán también muy diferente a la que fui.

—Gracias, hijo, gracias. Gracias, hijo, gracias —repite ahora mi padre una y otra vez, todavía desde el suelo.

—Vamos a entrar y a tratar de calmarnos. Sé que es una situación especial, pero no podemos seguir aquí, en mitad del pasillo...

—No puedo respirar, no puedo respirar... —farfulla mi padre.

Jose aguanta el tirón como puede, pero se ve sobrepasado y al final opta por llamar a una ambulancia para que lo ayude a controlar la situación.

Los sanitarios llegan unos minutos más tarde y nos encuentran todavía en el pasillo, en la misma posición; mi madre no ha podido dejar de tocarme y yo me siento mal, porque estoy confusa. No asimilo todo lo rápido que debiera que estoy en casa de nuevo... tal vez porque ya no siento que sea mi hogar, no me siento en casa... y debería.

Jose ofrece las explicaciones pertinentes a los recién llegados, que sonrían y asienten. Algunos vecinos han salido para tratar de averiguar el motivo del escándalo y el porqué de la presencia de la ambulancia... Drogan a mis padres con una mezcla explosiva de calmantes para que se relajen y asuman lo que acaba de sucederles y entramos por fin.

Yo rechazo las pastillas, no me apetece estar drogada. Una vez en casa, en la intimidad, nada cambia, ni siquiera los tranquilizantes han logrado que se calmen. No sé si reír o llorar. Estoy confusa.

—Estás viva —murmuran sin cesar—. Estás viva...

Ahora mismo me siento como una zombi, pero sin el mal olor que los caracteriza y con un poco de mejor aspecto, al menos externamente. Desde luego por dentro soy una muerta en vida, con toda la peste y las miserias.

Han pasado dos horas y mis padres siguen alterados, aunque un poco más serenos. Jose me da un tierno beso en la mejilla que quema mi fría piel, pero no llega a entibiar lo suficiente mi corazón, y se despide hasta el día siguiente. Tiene que estar agotado. Como yo, él tiene mucho papeleo que rellenar.

Debe, además, cumplir su parte del trato: encarcelar a Olenka tras culparla de todo. Por lo menos algunos de los asesinatos deben terminar, pues Egor está muerto. Al recordar sus sesos esparcidos salpicándolo todo, una arcada me dobla en dos.

Mis padres me abrazan y besan sin cesar. Sé que no creen que sea real, ni yo misma lo creo. Cuando consigo que procesen que soy verdaderamente yo, les digo que necesito descansar y que no me apetece hablar de nada en ese momento.

Ellos lo comprenden y me dirijo a mi habitación. Está limpia y ordenada, a punto para un regreso que no se ha dado hasta muchos años después, una vuelta que estoy segura de que mi madre se habrá imaginado miles de veces, pero que sin duda no ha sido como en ninguna de sus fantasías.

Huele a fresco y los recuerdos me envuelven. Veo una foto sobre mi escritorio; una sola. Una foto rota en la que falta la imagen del culpable de nuestras desgracias, Fran. Ahora no le guardo rencor, ha pagado con creces todo el sufrimiento, le costó su propia vida.

En realidad debería apenarme, pero no es así. Me alegra, no me parecería justo haber sufrido tanto y que él no hubiese pagado por su pecado, así parece que estamos a la par.

Me doy un largo baño para quitarme un poco el cansancio; el agua caliente me hace sentir bien, sentirme en casa, viva.

Lo que más me reconforta es que ya no voy a tenerle miedo a la noche. Ésta no traerá consigo a mi aterrador monstruo. No me poseerá nunca más. Ni él, ni ningún otro. Salgo y me pongo unos vaqueros y un jersey, no puedo creer que mi antigua ropa todavía me quede bien.

Por un instante me siento rara... Me he acostumbrado a llevar vestidos ajustados por la noche y la ira que me provoca ese pensamiento hace que me dirija al armario a buscar entre la ropa para tirar las faldas, los tops, los vestidos y cualquier otra prenda que lleve lentejuelas o transparencias. Cuando acabo con el armario, voy a la mesita de noche; por un momento siento lástima... todo está como lo dejé. Mi madre no ha podido deshacerse de nada. Yo lo tiraría todo. No soporto todo esto que me recuerda tanto todo lo que perdí.

Registro los cajones de la mesita y cojo toda la ropa interior blanca que hay y la desecho junto con el resto de ropa. Miro el montón que hay en el suelo y lloro durante un largo rato.

Cuando salgo de mi cuarto, todavía llevo el cabello largo húmedo... otra cosa que voy a cambiar; será lo primero que haga por la mañana, ir a cortármelo. A Alexey le gustaba mi larga melena para poder enredar su mano en él y tirar hasta hacerme gritar mientras me follaba; eso no va a suceder nunca más.

Mis padres me esperan en el salón, sentados a la mesa. Felices. Ella todavía llora. Tiene la nariz inflamada y roja, igual que el resto de su cara. Mi padre trata de guardar la compostura, pero se ha quedado en el pasillo. Cuando intenta hablar, derrama un mar de lágrimas, uniéndose a mi madre.

—Estoy bien —susurro con la emoción inundando mi pecho. No es verdad, pero ¿qué puedo decirles? Bastante han sufrido ya.

—Hija... —consigue vocalizar mi padre—... tú... necesitas... quieres... creemos... —balbucea sin decir nada concreto—... que deberías hablar con alguien, visitar a un psicólogo.

—Sí, iré a uno —acepto con naturalidad.

—Pero —añade mi madre a duras penas—, si deseas hablar de ello con nosotros, aquí estamos, cariño.

Agradezco sus palabras y su ofrecimiento, pero no voy a contarles a ellos lo sucedido. Aunque se hayan imaginado lo peor, no es igual a que su propia hija les narre con todo lujo de detalles cómo un desconocido ha pagado por follársela como ha querido durante más de dos mil noches.

No creo que ni los calmantes, ni el hecho de ponerlos sobre aviso, los preparen para escuchar cómo han abusado de su hija, aunque imagino que habrán tenido contacto con psicólogos después de mi desaparición.

—Mamá, papá —los llamo—, sólo os diré una cosa: sólo hubo un hombre, ninguno más.

Eso no los consuela, pues los alivia. Seguro que creen que podré llegar a recuperarme y así tener la oportunidad de ser feliz algún día.

Cenamos en silencio y después tratan de comportarse como antes de mi desaparición, pero ya nada es ni será como entonces. Ponen un programa en la tele al que ni siquiera presto atención. Todos miramos la pantalla sin apartar la vista de la misma. Soy una extraña para ellos; no se atreven a hablar o a respirar

más fuerte de la cuenta. Tal vez piensan en mi fragilidad, en que me romperé en cualquier momento para sacar fuera el dolor de haber sido raptada, violada y maltratada durante años.

El teléfono suena. Es Jose. Habla un rato con mi madre, que murmura para que no la oiga; no sabe que tuve que aprender a oír al mismísimo silencio para sobrevivir. Cuelga el teléfono y sé que Jose viene a verme.

—Era Jose, viene para acá.

—Vale —digo. No sé si me alegra o no. ¿Me apetece verlo? Al fin y al cabo, él ha sido quien me ha rescatado, así que al menos debería querer verlo, por lo que no entiendo estos sentimientos contradictorios. Si me había apoyado en su recuerdo estando en Rusia para sobrevivir, ¿por qué no puedo hacerlo ahora que realmente está aquí?

En lo más profundo de mi corazón sé que guardo la respuesta. En mis sueños no era real. No era una persona real que podría hacerme daño, herirme o violarme, era tan sólo un pensamiento, un recuerdo hermoso en el que poder evadirme para no pensar en lo que me hacían; sin embargo, ahora ese sueño se ha hecho realidad y de aquel chico que recordaba no queda nada... Ahora tengo al hombre dispuesto a darme todo sin pedir nada a cambio y eso me aterra, porque, a pesar de mi momento de debilidad, no deseo tener intimidad con nadie y me asusta aún más que consiga derribar mis barreras y que lo deje entrar.

Jose llega y mi madre lo hace pasar al salón, pero él rehúsa, sólo quiere hablar con mi padre a solas.

—No —me niego—, no quiero que hables de mí sin estar presente. Si hay algo que mis padres quieran saber o preguntar, pueden hacerlo directamente.

—Como prefieras —murmura.

Sé que le ha molestado, pero aun así va a respetar mi decisión. Es algo que ha hecho desde que me encontró y me avergüenza. En realidad no debería olvidar con tanta facilidad que, si estoy aquí, de vuelta, ha sido gracias a él, que ha arriesgado su propia vida para sacarme del infierno.

Un silencio incómodo llena la pequeña estancia y me falta el aire.

—Acompáñame —le pido.

Él tan sólo asiente y me sigue. Necesito hacer algo diferente a lo que solía hacer por las noches. Dar un paseo. Tomar el aire. Sentirme libre. No quiero volver a pensar en que a esta hora estaría usándome como a su muñeca hinchable pero de carne y hueso.

Paseamos por el barrio. La calle está vacía, no hay nadie a esas horas de la

noche, cada uno está en su casa, siguiendo con sus monótonas vidas, preparándose para irse a la cama.

—¿Qué querías hablar con mi padre? —suelto brusca.

—Quería contarle la verdad.

—No quiero que te entrometas. No tienes derecho.

—No me importa. Lo haré.

—¿Por qué?

—Por ti.

—Puedo hacerlo sola.

—No, no puedes, y lo sabes. Estás asustada, y es normal.

—No lo estoy. No necesito ayuda.

—Sí, la necesitas. No la rechaces.

—No quiero tu ayuda —puntualizo.

Sé que mi réplica lo ha herido. Puedo ver sus ojos llenarse de tristeza y de desesperación, pero tiene que comprender que, aunque me haya traído de vuelta, necesito hacer todo esto por mi cuenta; debo volver a aprender a nadar de nuevo, sin él. Sola. Sentir que puedo lograrlo, que no necesito a nadie como punto de apoyo constante, sentir que puedo... tan sólo poder sentirlo.

—Probablemente no, pero te la ofrezco de todas formas.

—Eres insoportablemente testarudo —lo increpo.

—Gracias a ese defecto he dado contigo —gruñe molesto.

Guardo silencio, ha dicho algo que es verdad; todos los demás se habían rendido, excepto él...

—Puede que tengas razón; te debo la vida, pero nada más.

—No quiero que sientas que me debes nada. Lo que hice, en cierto modo, lo hice por mí.

—¿Por ti?

—Sí; me sentía culpable; ahora he aliviado mi pena.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no tienes la culpa de lo que ocurrió? La imbécil que se dejó engañar y seducir y que se negó a escuchar a todo el mundo fui yo... —Me derrumbo sobre su pecho y empiezo a llorar. Todo esto me está sobrepasando; quiero que se aleje y a la vez lo deseo cerca.

Tengo sentimientos contradictorios. La noche es fresca y eriza el vello de mis brazos; debería haberme abrigado más, pero necesito sentir cosas diferentes al miedo. Un grupo de jóvenes pasa y se nos queda mirando; no sé si es porque

les llama la atención oírme llorar o porque piensan que puedo necesitar ayuda... y eso es lo que no soporto, que todos piensen que la necesito.

—¿Quieres ver su tumba? —pregunta de repente.

—No lo sé... —contesto ante la inesperada pregunta. «¿Quiero?»—. Ahora mismo no estoy segura de nada.

—Pareces muy entera a pesar de todo lo que hemos... has vivido —rectifica.

—Aprendí a refugiarme, a proteger mi mente... Te lo dije.

—Es cierto, me contaste que pensabas en mí para mantenerte a salvo; sin embargo, ahora me evitas —me echa en cara, dolido.

—Acabo de llegar... —trato de justificarme.

—Para mí es como si hubieses vuelto a marcharte —murmura.

Sus palabras están llenas del dolor que provoco con mi comportamiento, pero es que... ahora mismo preciso pensar, aclarar mi cabeza, convencerme de que estoy a salvo... y no sé si voy a lograrlo algún día.

—No sé estar con gente agradable, ya no —me justifico.

—Has tenido más años buenos que malos —señala.

—Los buenos apenas los recuerdo.

Un coche pasa con la música demasiado alta; me giro en su dirección y espero a que se marche. Tiene razón, lo sé, pero...

—Deberías hacerlo. Han sido más y mejores; trata de olvidar los malos.

—¿Olvidarlos...? —pregunto, y la amargura llena mi voz—. No tienes ni puta idea de lo que es esperar cada maldita noche aterrorizada, tratando de disimular el miedo que te invade porque sabes que a él le gusta más cuando sientes miedo. ¿Sabes? Eso lo excitaba y me follaba con violencia —suelto con lágrimas en los ojos, procurando contener la rabia que me llena de desesperación—; sentía tanto placer cuando notaba mi miedo que me mordía en los hombros para acallar los gritos.

Mi voz se ha vuelto de acero, como el sentimiento duro que me llena por dentro. Miro sus ojos y sé que no va a dejar de culparse. No debería contarle nada del infierno, ha estado allí y puede hacerse una idea. No debería porque, con cada cosa que revele, se va a sentir más responsable de algo en lo que no tuvo nada que ver. Aun así, una voz apagada en mi cabeza me dice que en realidad sí que podría haber hecho algo más... es la voz del diablo que he traído conmigo de ese averno.

—Soledad...

—Eso mismo soy, la soledad. En ese sentimiento lúgubre me he convertido porque eso ha hecho conmigo cada noche, cada una de las más de dos mil veces que me ha follado de todas las maneras en las que te puedas imaginar y en otras en las que ni siquiera puedes pensar. Alexey es muy imaginativo, ¿sabes? Y si se me ocurría protestar, después de follarme me ganaba unas cuantas hostias. ¿Entiendes? Así que no creas ni por un segundo que, porque haya estado sólo con un demonio, mi infierno ha sido menos arduo.

Ahora, una vez que se lo he soltado todo, me arrepiento. Veo en su cara, deformada por el dolor, cuánto le afecta. No debería... pero ya lo he hecho, no hay vuelta atrás. Quizá sea lo mejor, quizá ahora se aleje del despojo que soy.

—Siento tanto... no haber llegado a tiempo, no haberte encontrado antes... —se flagela una y otra vez.

—Deja de disculparte —ruego —, no tienes la culpa.

—Tu mirada dice lo contrario.

—Siento si lo percibes así, pero no es por ti, es por mí.

—Lo mismo de siempre —se queja.

—Sólo que esta vez es la verdad.

—¿Por qué eres tú y no yo? —replica.

—No quiero tenerte cerca —le espeto sin más. Cuanto más rápido, menos doloroso.

—No lo entiendo —dice confuso—, nunca te lastimaría.

—Lo acabarías haciendo: me entregaría a ti y, durante cualquier discusión, acabarías echándome en cara que soy una puta. Porque, ¿sabes?, eso es lo que soy.

Sé que soy injusta, pero necesito poner fin a este dolor que estrangula mi alma. Es la verdad y, si no es él, será cualquiera que llegue a conocer la historia; siempre seré la puta, siempre tendré esa espada de Damocles pendiendo sobre mi cabeza.

—No creo que seas una puta.

—Pero lo he sido.

—No, no lo has sido. Ellos te obligaron. Tú no lo deseabas.

—No, no lo deseaba, lo odiaba con cada célula de mi cuerpo; sin embargo, es lo que soy. Siempre lo seré... Ahora todos lo sabrán y seré tan sólo la pobre cría con un brillante futuro que acabó siendo una puta en Rusia.

—Sol, te quiero.

—No, no me quieres. Tú quieres a la que fui, pero de ella no queda ya nada.

—Sí queda, puedo verlo. Sé que sufres y aun así no deseas lastimar a tus padres; todavía sigues culpándote, pero fuiste la víctima. Fran tuvo la culpa, fue tan miserable... Te vendió como si fueras un objeto de su propiedad, ¡y no lo eras! ¡Joder! No lo eras... Él lo sabía, por eso cuando apenas le quedaba aliento en su cuerpo me confesó lo que había hecho, me pidió que te encontrara y te dijera que lo sentía.

Rompo a llorar; hubiese querido escuchar una disculpa, ver arrepentimiento en su mirada, pero ahora no está y Jose, de nuevo, toma su lugar para disculparse, como si él fuese quien cometió la falta.

—Soledad, yo...

—¿Qué, Jose? —pregunto sin dejar de llorar.

—Si ellos no lo hubiesen matado, lo habría hecho yo. De alguna manera, lo habría hecho.

—No puedes hablar en serio.

—Sé que suena cruel, pero es lo que siento. Lo odio por lo que te hizo, por no saber la gran suerte que había tenido.

—¿Suerte?

—Sí, de tenerte, de que una chica maravillosa como tú se hubiese enamorado de él.

—Ya no soy esa chica maravillosa, tan sólo una triste ramera enterrada en su soledad.

—Sol...

—No me llames así, por favor, me recuerdas a él —lo increpo.

Jose se arrepiente enseguida, sabe que tengo razón.

—Soledad —dice—, si deseas irte de esta ciudad cuando todo acabe y el caso esté cerrado, estoy dispuesto a irme contigo, a acompañarte.

—¿Lo dejarías todo por mí?

—Sin dudar.

—No lo entiendo...

—¿No te ha quedado claro todavía?

—No, entiendo que crees sentir algo que no es real.

—Lo es para mí.

—No, no sabes nada de mí. ¿Entiendes? Nada de mí... No sé cómo explicártelo.

—Déjame intentarlo...

—¿De verdad deseas tener como compañera a una muñeca rota?

—Trataré de recomponerte. Sé que, con paciencia y amor, tus heridas sanarán.

—No, no lo harán. No dejaré que nadie más me toque, ni que me haga sentir sucia. Mi cuerpo ahora mismo no me pertenece. Lo odio, no deseo estar encerrada en este cuerpo hostil. ¿Entiendes, Jose? Búscate a una chica que merezca la pena.

De nuevo las luces de otro coche que pasa nos iluminan; su rostro ahora me parece más atormentado. Necesito andar, de pronto me siento rígida y, sin decir nada, él me acompaña en el paseo.

—No quiero a otra. Te quiero a ti, desde siempre —murmura unos pasos detrás de mí.

—No vas a cambiar de opinión... ¿no es así?

—Ya te dije que soy perseverante.

—Muy bien: si deseas estrellarte contra un maldito muro de piedra, allá tú.

Me doy la vuelta y lo dejo allí plantado; necesito poner aire y distancia de por medio. No se da cuenta de que no hay nada que pueda hacer, que no quiero hacerle daño, que trato de evitárselo, pero parece que no está dispuesto a rendirse; después de tantos años... y sigue en sus trece.

Suspiro con fuerza cuando llego a la seguridad del portal de mi casa, trato de calmarme y entro para encerrarme de inmediato en mi habitación. Una vez tranquila, saco mi diario, el que me ha acompañado durante todos estos años, y pienso en Anais...

Abro el pequeño cuaderno al azar y aparece ante mí la carta que le escribí desde el infierno, con amor. Las lágrimas me empañan la mirada, pero me niego a dejarlas salir, ya he llorado demasiado. Paso los dedos por esas líneas y de repente algo me dice que Anais no tuvo la oportunidad de volver a vivir, pero que yo sí.

CAPÍTULO 23

Jose llegó al cuartel y todo fue un revuelo, preguntas y aplausos para él; era el héroe del día, de la semana, del mes... del año. Había traído de vuelta a Soledad, así como pruebas suficientes como para desarticular a la peligrosa banda que se dedicaba a la trata de blancas entre otras cosas y que los llevaba de cabeza después de tantos años.

Olenka no iba a salir nunca de prisión.

Soledad se sentía como un trofeo que exhibieran; todos los compañeros de Jose se arremolinaron a su alrededor para conocer a la pobre chica a la que habían convertido en puta. Nunca tendrían ni idea del control que había llegado a tener sobre sus sentidos; era capaz de anular los sonidos, los movimientos a su alrededor, todo... escondiéndose en su recuerdo favorito: el beso de Jose en aquella fría y oscura habitación de hospital.

Era capaz de imaginar con tanta nitidez aquel momento que podía notar el olor a medicamento, percibir la lejía que salía del baño, respirar el aroma a esterilidad... y saborear su dulce sabor en la boca: inexperto, emocionado, apasionado...

Cuando todo se calmó, el superior de Jose, el capitán Acero, le ofreció ayuda psicológica y un cambio de identidad, pero, ¿quién diría que era? ¿Acaso un cambio de nombre iba a cambiar a la persona en la que la habían convertido? No, eso, por desgracia, nunca sucedería.

Soledad aceptó hablar con el psicólogo no sólo por Jose, sino por sus padres y por ella misma. Todos se merecían que, por lo menos, lo intentase.

Todo el mundo fue amable con ella, quien no dejó de pensar que no se merecía tanta atención ni tanta compasión.

Cada uno tenía que afrontar sus miserias como mejor pudiese, así que, una vez que estuvieron fuera del cuartel, Soledad volvió a respirar.

—Jose —dijo—, no deseo verte durante una temporada; debo recomponer mi vida y quiero estar sola para poder hacerlo. ¿Lo entiendes, verdad?

—¿Te llevo a casa? —ofreció.

—No, gracias, cogeré un taxi.

—Está bien, pero... Soledad...

—¿Qué?

—Quieres huir, pero no te lo permitiré.

Esas palabras resonaron con fuerza en su mente, mientras regresaba a su casa metida en un taxi.

* * *

El teniente golpeó con fuerza la pared del despacho de Jose en cuanto éste estuvo de vuelta en el cuartel.

—Cobos —lo saludó Acero entrando en su despacho y cerrando la puerta tras él—. ¿Qué tal estás?

—No lo sé... físicamente bien, pero por dentro... No sé qué pasa por su cabeza... A veces parece que es la niña que conocí; otras... es sólo una desconocida.

—Ha pasado por mucho.

—Sí, por demasiado. Ha sufrido más de lo humanamente soportable. No te puedes hacer una idea de lo que es aquello...

—¿Qué ha pasado realmente allí? —preguntó serio.

Miró a su superior y supo que éste sabía que algo le ocultaba; no pensaba contárselo todo a los demás, pero su capitán merecía saber toda la verdad.

Por tanto, Jose le habló de su viaje, de Vladimir, del Edem, de lo que había sucedido allí, de cómo encontró a Soledad y cómo lograron salir, de Egor... de todo, y después le explicó el trato al que había llegado con Vladimir para inculpar a Olenka y que así ellos quedaran libres de toda sospecha.

—Por lo que dices, te han asegurado que no seguirán operando aquí, en España.

—Así es, mi capitán —dijo en tono formal.

Acero lo miraba; su posición era de sumisión, por su rango inferior, y a la vez de orgullo, con las manos atrás, las piernas ligeramente separadas y la mirada al frente, decidida. Era un hombre dispuesto a aceptar su suerte sin protestar, y eso al capitán le gustaba. Éste se paseó a su alrededor, sopesando todo lo que le había contado Cobos y pensando en que habían cerrado un caso

desesperadamente largo y habían terminado no sólo con el tráfico de mujeres, sino con el de drogas y los asesinatos; aunque los verdaderos culpables saldrían indemnes, al menos tenían una cabeza de turco para la prensa.

—Cobos, has hecho lo que debías —sentenció sin más, dejándolo luego solo en su despacho.

Jose respiró más calmado; la verdad era que temía acabar de patitas en la calle, aunque eso no le hubiese pesado... Haría cualquier cosa por ella. Todos lo sabían, ¿por qué ella se empeñaba en no darse cuenta?

* * *

Las sesiones con la psicóloga me hacen sentir... ¿mejor? Tal vez sea eso. He empezado a abrirme y a entender que hay otras mujeres que han sufrido lo mismo que yo, incluso algunas que lo han pasado peor. Una vez a la semana voy al refugio que hay para mujeres que han sido obligadas a prostituirse. Algunas han pasado un verdadero calvario, mucho peor que el mío, pues, aparte de sufrir los abusos y las palizas, muchas de ellas han sido obligadas a consumir drogas contra su voluntad o las han empujado a volverse alcohólicas para olvidar su mierda de vida y refugiarse en el mundo al que las drogas o la bebida las transportaban.

Al menos yo he tenido la suerte de permanecer limpia, de poder seguir conectada al mundo real, por horrible que éste fuese. Prefería tener esos recuerdos, aunque doliesen, que la incertidumbre de no saber qué había hecho durante esas horas, días, semanas, meses...

Una de ellas estaba tan mal cuando llegó, y tan enganchada a las drogas, que no recordaba apenas nada de los últimos años. Al escuchar a otras chicas hablar de sus desgraciadas existencias, más miserables que la mía, he llegado a sentirme una privilegiada, pues lo que me ha sucedido es como la punta del iceberg del despiadado negocio de la prostitución. Hay una realidad más horrible y cruda de la que yo he experimentado.

En el refugio hay una joven, Alina, que también ha sido víctima de la trata de blancas. Llegó de Rumanía, su tierra natal, con sólo catorce años. Un chico al que conoció allí la engatusó para viajar a España en busca de un futuro mejor, pues se suponía que iba a trabajar como sirvienta... Lo que no sabía era que iba a pagar su pasaje y el del cabrón de su novio sirviendo, pero a cualquiera que parase el coche y le ofreciera dinero.

La historia de la traición de su novio me recuerda tanto la mía que por eso, tal vez, siento una simpatía especial por ella. Escucho con tristeza cómo narra el miedo con el que esperaba que diesen las cinco de la tarde, su hora de irse a «trabajar», y cómo deseaba que llegase el alba, cuando por fin podía ir a esconderse en su catre y llorar por lo que había tenido que hacer.

Siempre repite que ha estado con tantos hombres diferentes que ha perdido la cuenta. Los comienzos fueron los más duros, sobre todo la primera vez. El cabrón de su proxeneta tenía el honor de arrebatárles la virginidad a las que la poseían, para «enseñarles» de qué iba el negocio. Tenía que probar la «mercancía» para poder ponerles precio.

Siempre lloro al verla después de conocer su historia; yo podría haber terminado así... o peor, como todas las que pusieron fin a su vida, o como Anais, desangrada a manos de ese hijo de puta sin escrúpulos de Egor.

Pero la historia de Alina tiene un final feliz; a pesar de que algunas noches, confiesa, se despierta aullando por los recuerdos, ha decidido que vale la pena intentar vivir y ha encontrado el amor de un hombre al que no le importa su pasado, a pesar de conocer todas sus vivencias: los abusos, las violaciones, las palizas, el consumo de drogas... Afirma que él no la rechaza por eso; la ama y eso es lo esencial.

Alina comenta que, cuando se despierta en mitad de la noche llorando sin control, atrapada en sus propias pesadillas, él la abraza y no la suelta hasta que no se calma.

Siento mucha curiosidad por saber cómo se ha sobrepuesto. La verdad es que yo misma me dejé llevar una noche con Jose, pero ahora me veo incapaz de repetir aquello. Ahora me parece imposible poder disfrutar de un acto que tanto dolor me ha causado, y me siento mal por ello.

«Esas mismas preguntas, Soledad, me las hice en una ocasión, todavía de vez en cuando me las hago. La respuesta es sencilla, aunque difícil de ver: perdónate. Debes entender que tienes el mismo derecho, sino más, que los demás a ser feliz después de todo lo que te han obligado a sufrir.»

Quizá deba hallar la fuerza para poder perdonarme que fui una joven estúpida que pagó muy cara su lealtad y su amor. Tal vez deba aprender a amarme y a amarlo a él, estar con él.

—¿Cómo puedes confiar en él? ¿No usa nunca tus sentimientos contra ti? ¿Nunca abusa de su fuerza? ¿No se aprovecha de ti por ser una puta? —le pregunto.

—Supongo que es una cuestión de fe, Soledad. Si una noche las nubes ocultan la luna, tienes la certeza de que ésta sigue allí, ¿verdad? El amor es creer sin ver, confiar sin preguntar... aunque siempre hay un riesgo, pero quien no arriesga tampoco gana.

—¿Y si te equivocas?

—Todavía eres joven, no puedes resignarte a una vida sin amor. Tan sólo tienes que creer que mereces el amor de un buen hombre que te ame de verdad, que desee estar contigo por encima de todo.

—No lo merezco, sería una vergüenza para él. ¿Cómo voy a permitir que se burlen de su elección?

—¿Así que hay alguien?

—Más o menos...

—¿Él te quiere?

—Eso parece.

—¿Y tú a él?

—Lo cierto es que me da miedo desenredar mis sentimientos por él, pero supongo que, si no lo amo, siento por él algo parecido al amor.

—Entonces, dale una oportunidad, date una oportunidad. A ambos.

—Sólo puedo pensar en que querrá hacer conmigo esas cosas horribles.

—Soledad, cuando deseas que ese acto suceda, es totalmente diferente: es placentero, delicioso... te embriaga, te transporta a otros lugares, hace que lo olvides todo excepto a él. ¿Entiendes? No tiene nada que ver con lo que has vivido hasta ahora.

Puedo entenderlo, pues aquella noche en la que me permití estar con él fue maravillosa, pero... ¿qué ocurrirá con el tiempo, cuando el enamoramiento del principio desaparezca? Tengo miedo de que llegue a utilizar lo que sabe sobre mí para herirme y, si una sola vez me echa en cara que tan sólo soy una triste ramera... no sé qué va a ser de mí... No deseo que el recuerdo que tengo de él se empañe; es lo único que de verdad me pertenece, lo único que no han podido arrebatarme.

—Si hubieses tenido experiencias previas —continúa Alina—, lo entenderías; el problema es que, al igual que yo, no tenías referencia del amor físico entre un hombre y una mujer. Cuando estuve con el hombre que ahora ocupa mi corazón fue... mágico.

—Me gustaría volver a amarlo de nuevo. Suena tan apetecible...

—Lo es, Soledad, lo es. Con la persona adecuada, sin duda lo es. Sin que te

fueren, tan sólo por el puro placer de sentir dentro de ti a la persona a la que amas.

—No sé si podré.

—Al menos inténtalo, por ti. No por nadie más. Te mereces una vida plena.

Regreso a casa en mi nuevo coche. Me he sacado el carné de conducir y he retomado mis estudios yendo a clases nocturnas; necesito, más que nada, rutinas y normalidad. Llevo varias semanas sin ver a Jose; está manteniendo su promesa de darme tiempo, de esperar a que esté preparada.

Las palabras de Alina no dejan de dar vueltas por mi cabeza, han prendido una pequeña chispa en mi congelado pecho. Es como una diminuta semilla de esperanza que puede empezar a germinar si la cuido, si le permito crecer y no pisoteo las raíces que empieza a desarrollar.

Lo intentaré, trataré de sanar para poder ofrecerle a Jose lo mejor de mis pedazos.

Paso la noche nerviosa sin poder dejar de darle vueltas al mismo asunto: Jose. Hace ya demasiados días que no sé de él, pues se está manteniendo alejado de mí como le pedí en la puerta del cuartel hace ya varias semanas, pero ha llegado el momento de verlo. De hablar. Estoy preparada, más fuerte y decidida. Lo primero que haré esta mañana que ya empieza a asomar tímidamente será llamarlo.

Necesito volver a sentirme segura por completo y eso, creo, será posible sólo a su lado; ningún otro lo entendería, él sí, porque hemos pasado por esto, de alguna manera, juntos. Aunque sigo un poco enredada con respecto a mis sentimientos, lo único que parece claro es que, si no puedo confiar en él, no podré confiar nunca en nadie.

CAPÍTULO 24

Jose estaba pasando los peores días de su vida; no comía, no dormía y apenas se concentraba en nada que no fuese en todo lo que su Sol estaría sufriendo en silencio. Su Sol... ese sol al que le habían arrebatado el brillo, aunque estaba dispuesto a conseguir que deslumbrase de nuevo con intensidad. No iba a rendirse, al final Soledad tendría que bajar las barreras y dejarlo entrar. Sería persistente, y la cortejaría con flores y bombones, paseos distendidos, sesiones de cine... todas aquellas cosas que, de no haber sido secuestrada, hubiese podido disfrutar. Le daría todo lo que quisiera, estaba dispuesto a darle cualquier cosa que precisara.

Llamaba diariamente a su casa para hablar con sus padres; quería esperar a que fuese ella la que lo necesitara. Éstos le contaban los progresos que Soledad hacía y le alegraba constatar que iba rehaciendo su vida poco a poco; necesitaba la normalidad que había perdido para volver a integrarse.

Jose había sentido un gran orgullo al conocer que ella había retomado los estudios y acudía a clases nocturnas, así como que barajaba la posibilidad de ir a la universidad. Él sabía que, si nadie le ponía trabas, Soledad era capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera, como quedaba claro el hecho de que hubiese sobrevivido al cautiverio al que había sido sometida.

Él, por su parte, había obtenido reconocimiento por haber llevado a cabo un gran trabajo poniendo fin a esa banda que había puesto en jaque a tantos equipos por toda España. Olenka había acabado entre rejas, acompañada de sus esbirros; las desapariciones y muertes de jóvenes habían bajado notablemente, y el flujo de tráfico de drogas y de mujeres había sido cortado en seco.

Olenka no veía la luz del sol, ni a su Sol, nunca más. Eso le hacía sentir una satisfacción sin límites... Al final sentía como si los hubiese vengado a todos, a Soledad y también a Fran, quien, aunque no se lo mereciese, había pagado con su propia vida y era el momento de dejarlo descansar en paz.

Todo parecía ir encajando en su sitio, igual que las piezas de un puzle que hubiesen tardado demasiado en acabar; sólo faltaba acoplar una, la última. Su mente se empeñaba en recrear el mosaico que era su vida, en la que los recuerdos eran simples fichas de ese puzle que, una vez terminado, mostraría su imagen. Sólo debía colocar la que iba justo en ese hueco que quedaba en su pecho, vacío: la de su corazón.

Cuando pensaba en ello se sentía mal, porque sabía que la chispa de la vida que iluminaba sus grandes ojos verdes ya no estaba y quería ser el responsable de que la recuperase, quería... necesitaba que Soledad lo amase tanto como él la amaba a ella. Deseaba que reclamase sus besos, que los disfrutara, que sintiese ese calor que él notaba al estar junto a ella, por la necesidad de estar dentro de ella.

Recordó cómo lo dejó hacer, cómo lograron salir del Edem y luego la noche de intimidad que compartieron, en la que por unos instantes tuvo entre sus brazos a la verdadera Soledad y no al sol que era ahora, del que apenas se percibía su luz o su calor.

Su teléfono móvil sonó y lo sacó de sus pensamientos. Vio en la pantalla un número que no reconoció y dudó. No le gustó no saber quién llamaba, pero, al menos, no se trataba de un número oculto.

—Hola, Jose; soy yo —sonó la voz de su amor al otro lado.

—¿Soledad? —preguntó para asegurarse.

—Sí; imagino que es toda una sorpresa para ti que te llame.

—Un poco, la verdad. ¿Éste es tu número?

—Sí, mis padres me han regalado un móvil y un coche, he aprobado. Parece que necesitan compensarlo todo y no saben cómo.

—Lo guardaré, sólo por si acaso —explicó. No quería asustarla; se ponía en contacto con él después de muchos días y, aunque su corazón gritaba alterado, necesitaba mantener la calma y no meter la pata.

—Sí, regístralo, así la próxima vez que te llame sabrás que soy yo.

«¿La próxima vez? ¿Eso significa que quiere volver a verme? ¿Preferirá que sea yo quien la llame? Bueno, es un gran principio, ¿no?»

—Lo guardaré —dijo sonriendo con la voz.

—¿Querías... —Soledad se detuvo unos instantes—... tomar un café conmigo?

—Claro. Me encantaría, ya lo sabes —confesó ante la inesperada invitación.

—¿A las cinco?
—¿Hoy?
—Si no puedes, no pasa nada.
—Puedo, puedo. Me va perfecto.
—Hasta luego, entonces.
—¿Soledad?
—Dime...
—¿Dónde?
—Donde siempre —contestó.

Y la conversación cesó de repente. Jose cambió de ánimo de inmediato. Soledad quería verlo por fin. Había sido ella la que lo había buscado, y eso era genial. Quizá la rutina y las sesiones con el psicólogo realmente la estaban ayudando a salir del letargo autoimpuesto.

Más contento de lo que había estado desde hacía muchos días y, sin molestarse en atender una llamada que entraba, que dejó que se grabara en el contestador automático, salió del edificio.

* * *

Jose esperaba pacientemente en la puerta de la cafetería en la que había quedado; sólo habían pasado diez minutos de las cinco, pero la ansiedad se lo comía vivo. Trataba de convencerse de que no le había ocurrido nada malo; no podía volver a pasarle a ella. Se dijo que lo peor que podía suceder era que Soledad le rompiera el corazón no acudiendo a la cita, pero algo dentro de su estómago se removía inquieto y lo ponía más nervioso.

Su instinto le indicaba que algo iba mal y maldita fuera si su instinto alguna vez se equivocaba. Estaba seguro de que algo le había sucedido a Sol; le daría cinco minutos más y después echaría a correr en su busca.

Cuando sólo habían pasado dos minutos de reloj, no soportó más la presión que le impedía respirar y le apretaba el pecho con fuerza y la llamó a su nuevo número de móvil. De verdad deseaba con todas sus fuerzas estar equivocado y oír su voz al otro lado inventando alguna excusa barata; lo prefería a la alternativa que su mente ya había fabricado.

Al cuarto tono, alguien cogió el teléfono, pero no era ella. La voz se oía distorsionada; la persona que hablaba usaba algo para taparse la boca para que su voz sonase amortiguada, aunque había algo en ella que le resultaba familiar...

—¿Quién coño eres? —preguntó furioso.

—Si la quieres, tendrás que venir a por ella. Solo. A medianoche. A la antigua Tabacalera.

Después, nada más. Sólo silencio.

Así que, para su puta desgracia, no se había equivocado. ¿Quién la tendría? ¿Andrey? ¿Vladimir? Ahora que había quitado de en medio a Olenka, ¿querrían algo más a cambio? Los obedecería; desde luego que pensaba ir solo, pero no era tan imbécil como para no dejar alguna pista de su paradero... y a quién mejor que a Acero.

Regresó a la oficina. Acero había terminado ya su turno, así que Jose le llamó por teléfono y al saltar el buzón de voz dejó un mensaje de a dónde se dirigía y por qué.

Esperaba que su capitán, al oírlo, se pusiera en marcha de inmediato y llegasen a tiempo.

Conocía bien el edificio de la Tabacalera. Lo habían cerrado hacía poco para trasladarla a una zona más industrial y convertirlo en un museo que todavía no estaba abierto al público. A pesar de estar en la ciudad, era un lugar poco transitado por la noche y a nadie se le ocurriría entrar... así que era el sitio perfecto para tenerla escondida.

Iría solo, pero armado, y no pensaba esperar a medianoche. Se colocó el chaleco antibalas y cogió su arma reglamentaria, que colocó a su espalda; en una pierna, bajo el pantalón, llevaba la que había usado cuando trabaja para Andrey, como medida de seguridad. Era un arma sin registrar, pero en ese instante no le importaba, aunque se saltase las reglas de la Benemérita.

Por si lo descubrían y lo cacheaban, cogió también una pequeña navaja, tan fina que prácticamente pasaba desapercibida en su bolsillo trasero. No era gran cosa, pero podía significar la diferencia entre estar vivo y muerto en un momento dado.

Aunque no eran todavía ni las siete, la tarde era oscura gracias a las nubes que se arremolinaban sobre el cielo amenazando lluvia. Al menos iba a tener un poco de suerte, porque hasta entonces no había tenido mucha.

«¿Quién demonios será? ¿Estará bien? Si le ha puesto un solo dedo encima, juro que...». Mejor no pensar en eso, pues perdería la concentración que tanto requería para llevar a cabo su misión.

Se había vestido de negro para evitar llamar la atención; iría hasta allí y trataría de encontrar un acceso para tener la situación bajo control. Esperaba, por

su propio bien, que Acero encendiese el teléfono y acudiese en su ayuda, sólo por si la cosa se ponía fea.

A pesar de saber que iba a llover, cogió su moto, se puso el casco y se dirigió con su atronador corcel en busca de su Sol.

CAPÍTULO 25

Cuando llegó a la fábrica de tabaco abandonada, sintió el frío recorrer su piel. No se distinguían luces en el interior, lo que no significaba que no las hubiese. Con la agilidad de un felino, se movió por el edificio tratando de encontrar una entrada. Al cabo de un rato dio con una de las ventanas de la parte de atrás que estaba abierta y por ella se coló sin hacer el menor ruido.

Caminaba sin saber a dónde lo dirigían sus pasos, mientras sólo pensaba en hallar algo que le indicase dónde la tenían... No la había traído desde Rusia, sacándola de ese infierno helado, para que en ese momento se la arrebatasen en su terreno. Si tenía que morir por ella, estaba dispuesto a hacerlo, sin ninguna duda.

No tardó mucho en oír las voces. Un hombre hablaba entre susurros; su voz glacial y distante cortaba el aire con su frialdad, como si se tratara de la hoja de una afilada navaja. Percibió la voz de Soledad y eso lo relajó un poco; al menos estaba consciente.

Parecían discutir. Se acercó guiado por el sonido y la vio sentada en una silla; la tenían esposada igual que había estado él en un par de ocasiones, sólo que, al descubrirla a ella así, le dolió más que cuando los grilletes apretaron sus muñecas.

¡Mierda! ¿Estaba temblando? De repente sintió un odio que lo consumió por ese hombre que la tenía retenida contra su voluntad. A ella. A una mujer hermosa, valiente y rota... una mujer por la que merecía la pena arriesgar la vida.

El tipo hablaba en ruso —aunque no dominaba esa lengua, era capaz de reconocerla— y Soledad le contestaba con fluidez. Nunca antes la había oído hablar en ese idioma que tanto detestaba, pero era lógico que ella lo supiera, pues había pasado muchos años en ese país.

Jose se sorprendió al advertir que, cuando Soledad lo usaba, esa lengua perdía su dureza y sonaba como una nana suave y sensual. Ese hecho provocó que sus pantalones le apretaran en determinado lugar, pero no era el momento más indicado de imaginársela desnuda sobre él susurrándole palabras en ruso.

La escena le pareció más tentadora de lo que debiera, así que decidió apartarla a un rincón para centrarse en lo importante; ya tendría tiempo de revivirla una y otra vez. En ese instante lo primordial era Soledad.

El hombre volvió a increparla en ruso y, entonces, Soledad gritó.

—¡No! —chilló en español—. No te lo permitiré.

—¿Y qué va a hacer una insignificante y vulgar puta para impedírmelo?

Jose los oyó y trató de mantener la calma; la rabia empezaba a nublarle los sentidos. En realidad tan sólo pensaba en arrancarle la lengua a ese cabrón que se ocultaba en las sombras y disfrazaba su voz.

—No lo sé. Pero algo haré.

—No sé, de verdad, qué vio en ti. Ha estado enamorado de ti, suspirando por ti, desde siempre. Nunca ha tenido ojos para otras. Jamás.

—Es una pena —contestó Soledad—. Tendría que haber aprovechado su atractivo.

—Sí, es una jodida pena... piensa que algún día serás suya, que lo amarás, pero tú y yo sabemos —dijo la voz cortante— que eso no pasará. Porque eres una puta. Y las putas no aman, tan sólo follan. Me pregunto si follarás tan bien como dicen. He oído que pagaron mucho dinero por estar entre tus piernas, quizá yo pueda probarte gratis.

—No me toques —dijo Soledad con el pánico inundando su voz y los dientes apretados.

—Te tocaré si me place —repuso el animal mientras se acercaba a ella como el depredador que era.

Soledad se mantuvo firme, sin agachar la mirada; lo enfrentaba con arrojo y eso logró poner una sonrisa en la cara de Cobos. Sabía que el miedo alimentaba a esas bestias y ella no estaba dispuesta a darle de comer a ésa.

El tipo se acercaba cada vez más, continuando con su ritual de caza. Era una presa indefensa y él, el puma que se relamía por anticipado con su victoria.

—¿No tienes miedo, ramera? —escupió.

—Me las he visto con carroñeros peores que tú. Ni siquiera la tienes tiesa, ¿o quizá es tan pequeña que no hace bulto bajo tus pantalones?

El hombre, ofendido, alzó la mano y la dejó caer contra la cara de Soledad, que no dejó escapar el más leve quejido, lo que llevó a Jose a preguntarse cuántas veces había tenido que tragarse el dolor por los golpes recibidos. El

malnacido levantó otra vez la mano y él no soportó más estar al margen... Cuando iba a salir de entre las sombras para evitar que la golpeará de nuevo, otra sombra apareció, dejándolo clavado en el sitio.

—Tú, no la vuelvas a tocar o morirás —ordenó la voz de otro hombre con un deje ruso—. Y tú, sal de ahí.

Jose permaneció en silencio, tratando de entender quién era y qué deseaba; por el momento parecía proteger a Soledad, así que obedeció sin más.

—Sí, señor —claudicó el agresor.

—Es mía, que no se te olvide —recordó con su gélida voz.

Jose estaba confuso, ¿quién demonios era aquel tipo? Miró a Soledad y vio en sus ojos abiertos el miedo que esa voz le provocaba; estaba claro que conocía, al menos, a uno de sus captores.

En ese momento, el malnacido que había golpeado a Soledad se acercó a Cobos para vigilar sus movimientos, mientras que quien parecía llevar la voz cantante se acercaba a la silla donde Soledad permanecía presa.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con suavidad, acariciando la zona que el otro cabrón había golpeado.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella, fría e impasible, sin demostrar el pánico que sentía y alejando el rostro todo lo que pudo.

—¿Tú qué crees? Vengo a por lo que es mío —rugió obligándola a mirarlo.

—No soy tuya, no pertenezco a nadie —escupió segura de sí misma, sin un ápice de miedo en su voz.

Cobos quería acercarse a ella, coger a esos tipos y arrancarles la cabeza con sus propias manos si era preciso, pero debía esperar el momento adecuado para no estropearlo todo y evitar así que ella saliera herida.

—Estás equivocada. ¿Pensabas que iba a dejar ir, sin más, una inversión de dos millones de euros?

Al oír esas palabras, Jose supo de quién se trataba... el protector de Soledad, pero ¿cómo había dado con ellos?, ¿de dónde había sacado esa información?

—Aléjate. Me das asco; siempre me has repugnado.

—Eres mía, ¡mía! ¡Maldita sea! No podías irte sin mi permiso, me perteneces, ¡te compré! —gritó pateando la silla y tirando a ambas hacia atrás.

Jose quiso acercarse, pero su captor lo agarró por el brazo con fuerza y apretó un arma contra su sien.

—Quieto, fiera —soltó riendo.

El teniente no dijo nada; permaneció en silencio calculando cómo iba a

retorcer sus pescuezos entre sus manos en cuanto tuviese la menor oportunidad.

—No eres libre, nunca lo serás... Siempre serás mía; aunque no te guste, siempre serás mi puta —afirmó levantándola del suelo aún atada a la silla.

Soledad lo miraba sin agachar la cabeza, altiva, orgullosa, plantándole cara. De repente le escupió y ese gesto los pilló a todos desprevenidos. Su protector, Alexey, alzó la mano y golpeó con fuerza el rostro de la chica.

Cobos apretó los dientes dispuesto a intervenir y acabar con esa mierda de una vez por todas, pero de nuevo ese agarre firme se lo impidió.

—Ahora puedo tocarte la cara si lo deseo, no está Vlad para impedírmelo —se regodeó con la intención de golpearla de nuevo.

—Si le pones otra vez la mano encima, cabrón, te la corto —estalló Jose sin más.

—Has llegado pronto a la fiesta, *teniente*. No te esperábamos hasta dentro de unas horas, pero me lo imaginaba.

—Soltadla.

—No tenemos esa intención.

—¿Qué coño queréis?

—A ti. Quiero joderte, como tú me has jodido a mí —dijo una voz que le pareció familiar, susurrándole al oído desde atrás.

Jose sopesó la situación, ¿era capaz de disparar a ambos antes de resultar herido? Tal vez, pero temía que una de las balas diese en Sol. Miró hacia ella tratando de hacerle entender que todo iría bien, que tenía la situación bajo control, aunque no fuera cierto.

—Ni siquiera te conozco.

—Sí, sí me conoces.

—Él quiere a Soledad, ¿qué cojones quieres tú? —preguntó provocándolo.

—Venganza.

—¿Quieres vengarte de mí?

—¿De quién, sino?

—¿Por qué?

Jose hizo un recuento rápido de todos los criminales que había detenido; eran muchos, lo que lo llevó a preguntarse cuál de ellos sería, quién podría haber recabado tanta información sobre él.

—¿Todavía no lo sabes? —preguntó al adivinar sus pensamientos—. Ni siquiera eres consciente de qué es lo que has hecho mal... Pobre Jose, siempre tan correcto, siempre inquebrantable, la pura personificación de la justicia, de la

bondad.

—¡Dime qué coño quieres y acabemos con esto, hijo de perra! —lo increpó.

—Ya te lo he dicho; deseo venganza. Voy a obligarte a ver cómo Alexey hace con ella lo que quiera frente a tus ojos. Voy a arrebatarte lo que más deseas, como tú has hecho conmigo.

—No te lo permitiré. A ninguno —aseguró.

—No tendrás más remedio —lo provocó.

Jose iba a sacar su arma cuando recordó el frío cañón de la pistola apuntándole directamente a la cabeza.

—Camina —ordenó.

Se acercó al primer individuo, quien lo desarmó.

—La del tobillo también —advirtió.

A Jose no le gustaba ni un pelo la situación; parecía que lo conociera y a eso tenía que añadir que le resultaba, pese a la oscuridad y la voz estrangulada, familiar... había algo en él...

—Espósallo.

Por tercera vez en su vida, se encontraba esposado a una silla; se estaba empezando a convertir en una fea y estúpida costumbre. «¿Tres veces? En serio, Cobos, es para que te pienses lo de dejar de ser picoletto.»

—Ya me tienes, ahora déjala.

—No, mi querido amigo, quiero que sufras. Si la dejo irse no te va a importar nada de lo que haga. Sin embargo, sé que gritarás al ver cómo sufre.

Alexey se acercaba a Soledad, podía ver su mirada asesina.

—Voy a acabar contigo, perra. Eres mía y, si no puedo tenerte, nadie lo hará —se carcajeó.

—No estoy solo —soltó rezando porque su capitán hubiese escuchado el mensaje.

—¿Ah, no? ¿Con quién has venido? —se burló oteando el horizonte.

—Mi compañero conoce mi paradero. Estará al llegar. ¿Crees que te vas a librar con facilidad? —trató de meterle miedo en el cuerpo.

Un sonido gutural salió de su garganta; se reía de forma amenazadora. Jose nunca había pensado que fuese una persona muy divertida, pero el animal reía sin cesar y a sus carcajadas estridentes se unieron las del otro hombre.

De verdad que esperaba que Acero llegara a tiempo. Era en el único en el que podía confiar, Carmona, su compañero, y él se habían distanciado desde que se involucró demasiado en el caso de Soledad y más aún cuando llegó con el

expediente de la Operación Khaos, donde había pistas suficientes como para encontrar a Soledad.

—Así que dependes únicamente de tu capitán... —se mofó.

—Él vendrá. Te cazará —replicó, intentando sonar convincente.

—¿Cómo puede alguien estar tan ciego? —preguntó mientras se acercaba y dejaba que la escasa luz revelase el rostro que ocultaba gracias a la oscuridad.

—¿Qué cojones? ¿Carmona? ¿Qué coño...? No puede ser verdad, ¿qué clase de broma macabra es ésta?

—¿Broma? ¡¿Broma?! —gritó y, sin pensarlo y mirando a su compañero, golpeó a Soledad con fuerza.

—¡Déjala, maldito hijo de puta! —le exigió fuera de sí mientras trataba, desesperado, de soltarse de la silla.

Alexey lo observaba todavía guarecido por la oscuridad, aunque a Jose le dio la sensación de que no disfrutaba de la escena tanto como el guardia civil.

—Carmona... ¿por qué? —inquirió desconcertado—. ¿Qué demonios te he hecho?

—Acabaste con todo. Por esa zorra —gruñó señalando a Soledad.

—¿Con todo? ¿Acaso tú...? —se interrumpió—. ¿Qué tienes que ver con todo esto? —preguntó serio al ir encajando las piezas.

—¿Que qué tengo que ver...? ¿Ni siquiera ahora lo sospechas? Yo era su contacto en el cuerpo —confesó ante la atónita mirada de Cobos—. Sí, imbécil, yo, y, ¿sabes cuánto dinero he perdido? Demasiado, más del que debo, y ahora que no soy necesario para ellos... Vosotros tampoco lo sois para mí.

—Carmona... no puedo creerlo...

—Pues créelo, gilipollas. Ganaba mucha pasta trabajando para ellos, lo que no sabía era que tú estabas infiltrado. Esa información, que me hubiese hecho rico, te la guardaste bien... Debo admitir que tienes pelotas.

—Aun así, no lo entiendo.

—¿No lo entiendes? Lo he perdido todo... Debo mucho dinero, porque ganaba mucho pero ahora ya no. Y me lo han quitado todo. Además, me persiguen, por las deudas. Mi vida pende de un hilo porque no podías dejar de pensar en la puta. Tuviste que ir a por ella a Rusia. ¡Tuviste que joderlo todo!

—Eras su contacto en el cuartel... Jamás sospeché de ti; investigué a otros, pero a ti nunca. Si incluso has aprendido a hablar ruso... eso también me sorprende.

—¿Te sorprende?

—No pensé que fueras tan listo... Y, no creo que lo seas, ¿quién te ha ayudado? ¿La zorra de Olenka?

—¿Qué esperabas? ¿Que se quedara de brazos cruzados mientras tratáis de cargarle el muerto a ella? —Empezó a reír con ganas.

—Estaba en lo cierto, no debía confiar en nadie, ni siquiera en mi compañero, que resulta que es un mierda que se vende a la mafia.

Jose miró a Soledad, que no decía nada, tan sólo presenciaba la escena como un espectador más sin perder de vista a su protector.

—Lo mismo podría decir de ti, ¿no?

—No, no me compares contigo. No disfrutaba de lo que hacía, pero era necesario, debía mantener mi tapadera. Parece ser que tú sí te regocijas haciéndolo.

—Lo hago y lo haré. Ahora vas a ver cómo se follan a tu zorra —lo amenazó mientras Alexey se acercaba desabrochándose el pantalón— y después la voy a golpear hasta dejarla sin vida. Cuando me canse de aguantar tus gemidos y lamentos, entonces, y sólo entonces, acabaré también contigo.

Soledad lo miró a los ojos. No se amilanaba, tenía la cabeza alta y, ante las palabras de Carmona, le dedicó una sonrisa.

—No la toques... Te juro, Carmona, que si lo haces... —lo amenazó apretando los dientes.

—¿Qué vas a hacer, imbécil? Todavía crees que puedes salvarla... ¡qué romántico! —Dicho esto, volvió a reír.

Jose desistió, era inútil.

—No, supongo que has ganado, Carmona. ¿Eso es lo que querías oír? —Trataba de distraerlo y ganar tiempo; casi lo tenía, estaba a punto de soltarse las esposas. Había hecho bien en dejar la pequeña y fina navaja en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Te he echado de menos, *Koritsa* —susurró Alexey cerca de Soledad.

—Nunca más me llames así, Alexey. Nunca más seré tuya.

—¿Cómo vas a impedirlo?

—No puedo, pero nunca vas a tener lo que en realidad quieres: mi alma; ésa le pertenece a él. —Sonrió mirando a Cobos.

En ese momento nada más le importó, sólo que ella por fin parecía haber bajado las defensas. ¡Joder!, ¿justo en esa situación?

Alexey soltó de la silla a Soledad, ¿iba a violarla frente a ellos? Ésta supo también qué era lo que pretendía y empezó a defenderse como pudo aun estando

atada todavía por las muñecas. Lanzaba patadas al aire y trataba de correr, para deleite de Carmona, que se reía de la resistencia que mostraba la presa.

—Muy bien, zorrita, voy a disfrutar mirando cómo te doman. Me gustaría que se lo pusieras difícil. —Sonrió cuando Alexey derribó a Soledad, tirándola al suelo.

Se bajó el pantalón mientras tiraba de las piernas de Soledad, que no dejaban de intentar golpearlo donde fuera.

—No me toques —ordenó en voz baja, sin gritar, lo que fue más impactante.

—Lucha... me gusta, me pone, ya lo sabes —confesó mostrando a Soledad que era más grande y fuerte y que no iba a poder zafarse de él por más que luchara.

Si ella había aprendido algo era a parar cuando no había nada que hacer, así que cerró los ojos y comenzó su ritual. Imaginó el beso de Jose, ese beso ya lejano en aquella habitación de hospital con olor a antiséptico... Notaba las manos de Alexey raspar su piel, su aliento envenenado, su peso sobre ella.

Sintió la humedad de su polla goteando de expectación sobre sus muslos, acercándose a su sexo... Apretó los ojos y de nuevo se perdió en su rincón secreto, en el que sólo estaban Jose y ella.

Esperó, esperó... pero no ocurrió nada. Abrió los ojos para ver cómo Jose, que se había desatado y primero había dejado a Carmona fuera de juego, sacaba la pequeña navaja y, antes de que Alexey se pudiera defender, introducía la pequeña hoja afilada en su cuello y la sacaba tan rápidamente como había entrado, dejando un reguero de sangre en la ropa de su protector y una mirada de sorpresa petrificada en su rostro.

Soledad pateó hacia atrás para apartarse del hombre y de la sangre que goteaba sin cesar. Jose se acercó a ella para comprobar cómo estaba cuando se dio cuenta de que no lo miraba; parecía avergonzada. Entonces se percató de que estaba desnuda de cintura para abajo. La rodeó para cortar las ataduras de sus muñecas y liberarla y para que se pudiese subir el pantalón.

La chica agradeció el gesto. Jose seguía a su lado, preocupado, abatido, destrozado. Su compañero había estado detrás de todo, era un maldito cabrón loco de atar que trabajaba para Andrey. Y la mujer que amaba le cerraría las puertas de su corazón una vez más; tal vez no era ella quien atraía las desgracias, quizá era él quien se las llevaba. Primero Fran, ahora Carmona.

No era un hombre que llorase, pocas veces en su vida se había expresado de

esa manera, pero de repente no pudo contener las lágrimas por más que intentó tragárselas. Soledad lo miró y se acercó a él con la mirada triste, tal vez arrepentida.

Pensó que siempre estaba ahí para ella y que no lo había tratado demasiado bien. Recordó de nuevo a Alina, sus palabras; se merecía ser feliz. Y, desde luego, como había quedado claro esa noche, la vida podía acabar en cualquier momento, ¿por qué no aprovechar las cosas buenas? Si había sido capaz de guardar y proteger lo bueno, ¿por qué no sacarlo y encerrar allí lo malo, en ese lugar privado que ahora ocupaba el recuerdo del beso? Si empujaba allí todas las miserias, no tendría que volver nunca más y el dolor iría desapareciendo.

Se acercó a Jose y apoyó su rostro en el pecho masculino. Las lágrimas del hombre cesaron y las que rodaban por sus mejillas se confundieron con las de Soledad, convirtiéndose en un solo llanto. Sol alzó la mirada y sintió ese amor que no necesitaba palabras.

—He pasado miedo —confesó con voz queda—; creí que esta vez te perdía para siempre.

—Lo sé —musitó Soledad—, cuando él iba a...

—No lo menciones siquiera, por favor... He sentido tanta impotencia...

—Cerré los ojos y pensé en ti. —Jose abrió los suyos por la sorpresa—. Cerré los ojos —continuó con su explicación—, recordé tu beso, aquél en el hospital, ¿te acuerdas?

Jose no era capaz de decir nada, tan sólo asintió con la cabeza.

—Ahora... ahora quiero recordarlo, de verdad.

Cuando Jose salió de su asombro al comprender qué era lo que le pedía, no lo dudó, no podía perder la oportunidad. Acercó su boca hambrienta a la suya y posó un suave beso en los tiernos labios. Luego otro, seguido de otro más. Soledad empezó a responder a su dulzura devolviéndole el beso. Jose la besó otra vez y rozó con su lengua la suavidad de sus labios llenos; ella gimió y él aprovechó la puerta entreabierta para colar su lengua en el interior. Rozó, acarició y saboreó a la mujer que amaba con intensidad, para no volver a olvidarse de su sabor nunca más.

Para sorpresa de Jose, Sol se rindió y se unió con su lengua, iniciando un baile frenético que los obligaba a enredarse, a luchar por ver quién obtenía más del otro, sin darse cuenta de que los dos estaban perdidos.

Jose no pudo contener un gruñido desgarrador de placer cuando Soledad se acercó más a él, rozando con sus pezones, duros por la excitación, su pecho. Se

alejó un instante, necesitaba contemplarla... mirarla a los ojos y estar seguro de que su Sol brillaba de verdad. Los ojos de la chica se abrieron sorprendidos también, tal vez por la intensidad de las emociones. Por un instante eterno se hablaron con la mirada, cada uno reflejado en los ojos del otro.

Jose quería besarla de nuevo y Soledad parecía dispuesta, lo invitaba con la mirada velada. Estaba preciosa a pesar de la desagradable situación que acababan de vivir y de la suciedad que llevaba sobre su piel. Aun así, entibiaba cada centímetro de su cuerpo, y cada músculo se endurecía bajo su mirada, que lo abrasaba como nunca antes le había sucedido. Temblaba de deseo y en ese momento no le importaba nada más, no existía nada que no fueran ellos dos y el deseo que tomaba las riendas, imponiéndose a la razón.

Soledad esperaba, impaciente. Notó una pequeña chispa cálida encenderse en su estómago, la respiración agitada, el corazón latiendo a pesar de estar hecho añicos... y ese movimiento extraño como de aleteo de mariposas con alas de fuego. Deseaba que la besara. Y mucho más.

—Jose... —musitó—. Jose...

—¡Cobos! —gritó otra voz más ronca, que rompió el silencio y la magia—. ¡Cobos! ¿Dónde estás?

Algunas linternas iluminaron la vieja fábrica, y Jose reconoció la voz de Acero, así que cogió a Soledad de la mano y esperó a que los encontrasen.

—¡Estamos aquí! —Dudó de haber gritado lo suficientemente alto, pues no encontraba el aliento que le faltaba.

Las linternas los iluminaron al cabo de unos minutos, primero a ellos, sentados y de la mano uno al lado del otro, después al cadáver de Alexey y finalmente al cuerpo inconsciente de Carmona.

—¿Carmona? —inquirió Acero, sorprendido.

Jose tuvo que reaccionar, así que se levantó y ayudó a Soledad a ponerse en pie.

—Capitán, Carmona era el topo. Secuestró a Soledad porque quería vengarse de mí por haber desmantelado la banda.

Acero no daba crédito, aunque muchas cosas empezaron a encajarle.

—Lo sé, señor, también me ha pillado por sorpresa. Al parecer tenía deudas que ahora no podía pagar. Además, había otro hombre con él, un ruso llamado Alexey.

—Tenemos a otro, está esposado y en el furgón. No queríamos perder el tiempo interrogándolo hasta saber si estabas bien.

—¿Otro? —inquirió asombrado—. Señor, estoy algo magullado, pero bien.

—Sí, había otro en un vehículo, suponemos que para salir pitando en caso de necesidad. ¿Y tú? —preguntó dirigiéndose a Soledad.

—Estoy bien; algún golpe, pero nada serio —contestó en voz baja.

Acero los acompañaba hacia la salida a la vez que daba instrucciones a los demás sobre cómo actuar.

—Me alegra tanto que hayas escuchado mi mensaje.

—Cuando lo escuché pensé en esperar a medianoche, pero supe que, siendo uno de mis muchachos, la paciencia no iba a ser una de tus virtudes, así que organicé un equipo y hemos venido echando leches.

—Sí, así soy yo, pura impaciencia.

CAPÍTULO 26

Llegamos al furgón, donde el otro individuo trata de aprovechar que está sin vigilancia para procurar, en vano, soltarse.

—Haz los honores, Cobos —pide Acero.

Jose, sin esperar más, le saca el pasamontañas y, al ver quién es, se queda de piedra. Y yo también.

—¿Alina?! —exclamamos a la vez.

—¿La conocéis? —pregunta Acero.

—Es la mujer de Carmona —me explica Jose.

—Y tú, Soledad, ¿de qué la conoces?

—Yo... es... creía que era una amiga —balbuceo—. Va a mis reuniones de mujeres maltratadas.

—¡Zorra! —me grita—. ¡Todo esto es por tu puta culpa!

—¿Tú no eras una mujer... como yo?

—Sólo quería acercarme a ti por lo que sentía este imbécil por ti.

—Confié en ti —murmuro.

—Sí, y el estúpido de tu novio en su compañero, pero las cosas son como son.

—Al menos espero que de verdad ames a Carmona —digo furiosa.

—Es en lo único que no mentí.

—Me alegro —digo con rabia—, porque está muerto.

Alina, de repente, pierde su actitud altiva y se queda pálida. Y, aunque he pensado que me iba a sentir bien al decírselo, la verdad es que me siento como una mierda. Una cobarde. No está bien herir a los demás, aunque se lo merezcan.

—Llevala al calabozo —ordena el capitán a sus hombres—. Así que su mujer estaba en el ajo...

—Me contó que había llegado de Rumanía engañada y que la habían obligado a prostituirse. Capitán —digo—, dentro de un rato díganle que no está muerto.

—Por supuesto, dentro de un buen rato. —Acero sonrío, algo muy extraño en él, lo que sorprende a Cobos—. Hablaremos de todo otro día, ahora quiero que os echen un vistazo en cuanto lleguen los sanitarios.

—Gracias, jefe.

—De nada, Cobos. Buen trabajo, de nuevo.

—Lo he hecho por ella —confiesa Jose entrelazando su mano a la mía.

—Lo sé, por eso te felicitaba. Por ella. No la pierdas —le advierte.

Noto cómo el rubor baña mi rostro; no estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios y logran hacerme sentir... incómoda. La ambulancia llega y nos traslada a ambos al hospital; otra ambulancia lleva el cuerpo sin vida de Alexey y a Carmona, que ya parece recobrar el conocimiento.

Después de que me visite el médico, me informa de que lo mejor es que permanezca en observación unas horas; tengo una contusión en la cabeza que parece que les preocupa y deciden dejarme controlada. Jose se encarga de llamar a mis padres y de pronto parece que tengo otra vez dieciséis años y que he ingresado por consumir drogas que ni siquiera sabía que existían.

Como es normal, aunque Jose les ha explicado que todo está bien, vienen de camino a toda velocidad.

Jose entra para ver cómo estoy y de nuevo ese recuerdo que he guardado durante tanto tiempo me sacude con fuerza... una habitación en el mismo hospital, ambos solos...

—¿Puedo? —pregunta con voz queda.

—Sí, pasa. Te estaba esperando.

Se acerca hasta la cama y le hago un gesto para que se siente a mi lado.

—¿Estás bien, Sol?

—Sí, estoy bien.

—Todavía tiemblo.

—Yo también. —Trato de sonreír, pero no sé si me sale una sonrisa o una mueca.

—¿Sabes? Me gustó oírte hablar en ruso.

—Lo odio. ¿Vas a besarme? —pregunto sin más.

—¿Quieres que te bese?

No digo nada, sólo asiento... y noto que se me acelera el pulso cuando se acerca a mí, despacio, y roza con su nariz la mía y ante el contacto cierra los ojos. Hace otro intento y esta vez posa sus labios sobre los míos y me besa con suavidad, demasiada, lo que me obliga a acercarlo a mí, a ser ruda. Necesito

más, quiero más. Deseo que me ame; estoy tan vacía de ese sentimiento que quiero que sea Jose quien me llene, hasta que rebose, y él tiene todo ese amor que darme.

El beso se hace más intenso y me gusta saber que tengo el control de lo que va a suceder. No tengo miedo, sólo me dejo llevar por lo que siento sin pensar en lo malo. Eso lo he dejado en la fábrica, en el suelo, junto al cuerpo de Alexey.

Tiro de Jose hacia mí y noto su dureza. Sus brazos se apoyan a los lados y acaricio sus músculos, que se tensan ante mi roce, y se aleja de mí, dejándome confusa y fría.

—No podemos —dice.

—¿Por qué?

—Tus padres van a llegar en cualquier momento.

Levanto la mirada y le hago un gesto para que no diga nada; se acerca, le desabrocho el pantalón y dejo su endurecido miembro a la vista. Lo animo a sentarse en la cama, aparto el camisón y me siento a horcajadas sobre él, dejando que su pasión inunde y humedezca mi yermo interior.

—Soledad —gruñe—, ¿estás segura? —jadea excitado y con la frente sudorosa.

—Quiero que me beses hasta que me duelan los labios —murmuro notando cómo mi cuerpo parece que va a comenzar a arder.

Me mezo con suavidad; dejo que su sexo húmedo, caliente y firme entre y salga de mí, despertando sensaciones que creí que nunca iba a probar. Me muevo despacio, de arriba abajo, dejando que su miembro acaricie mi sexo, disfrutando del contacto, sin miedo. Sentirlo parte de mí es lo mejor que he experimentado jamás. Parece que me llena por completo de una forma que no soy capaz de comprender.

Es delicioso, abrumador, exigente... cada vez necesito hundirme más, acelerar el ritmo, y Jose coge mis caderas y me aprieta contra él, acelerando nuestros movimientos; más rápido, más profundo. Con cada embestida, gime, ¿o soy yo? Y cuando creo que voy a perder la noción de la realidad, siento que estallo y grito en su boca el placer que me provoca.

Jose me mira extasiado, perdido en su propio orgasmo alimentado por el mío. Cuando terminamos, coloca su rostro en el hueco de mi cuello y me abraza; no dice nada, sólo me abraza. Toca mi alma y parece que ha recuperado algunos trozos, o quizá me ha regalado parte de la suya.

—Te quiero —declara contra mi piel.

—Yo también te quiero, teniente Jose Cobos.

Jose alza la mirada para encontrar la mía y sé que es feliz. Sé que todo lo que hemos pasado va a quedar atrás y vamos a ser dichosos. Es lo más hermoso que tengo.

Nos separamos y se coloca bien la ropa; yo intento hacer lo que puedo con el fino camisón del hospital, que ha quedado completamente arruinado.

—Tus padres estarán al llegar.

—Sí, tienes razón; no tardarán.

Éstos llegan unos minutos después; insisten en quedarse, pero les pido que se marchen a descansar a casa. Jose me hará compañía; estaré a salvo con él, de eso no tengo la menor duda, ni ellos tampoco.

Mi madre parece comprender que necesitamos estar a solas y no pone objeciones.

—Está bien, hija; mañana temprano vendremos a recogerte.

—Hasta mañana —me despido.

Y así, compartiendo una estrecha cama de hospital, pasamos nuestra primera noche juntos en España, la primera de todas las que están por llegar. Y en todas y cada una de ellas, Jose sanará mis heridas con paciencia y amor.

Porque la vida es dura y a veces te ves con la mierda hasta el cuello, pero ésta vale la pena si tienes el amor de esa persona que no se rinde ni deja de luchar por ti.

Jamás.

EPÍLOGO

Ver la mirada de Jose con ese brillo de malicia me hace feliz; poco a poco me he ido acostumbrando a poder elegir cómo y cuándo, y verlo salir de entre mis muslos me llena de una satisfacción que nunca creí volver a sentir.

Observo su lengua, cómo lame mi estómago y se entretiene bajo mis senos, torturándome a conciencia, mientras sus dedos se afanan en acariciar con sinuosos movimientos circulares mis pezones, que empiezan a endurecerse exigiendo más.

—Jose —murmuro fuera de mí. Es una de las cosas que no logro comprender, ¿cómo es capaz de hacerme sentir que tengo el poder, que soy dueña de mí misma, cuando logra volverme loca de una forma en la que jamás creí poder abandonarme?

Confiar en él otra vez es algo tan nuevo como volver a sentir amor por alguien.

—Me encanta —susurra mientras su boca succiona el pezón que sus dedos han dejado desatendido— que digas mi nombre —continúa lamiendo la inhiesta cima— entre jadeos.

Sonrío en respuesta y dejo que mi cabeza caiga hacia atrás mientras su boca lame y besa el resto de mi cuerpo, sin dejar un solo centímetro olvidado.

Mis jadeos provocan gruñidos que escapan de su pecho y golpean mi piel, calentándola más. Lo deseo dentro de mí, ahora, siempre. Ya no puedo imaginar una vida sin él; parece que todo lo demás se va enterrando bajo los nuevos recuerdos que fabrico junto al que siempre fue y será el amor de mi vida.

Abro las piernas invitándolo a entrar y no se hace de rogar; me penetra con una fuerte y firme embestida que provoca que me retuerza bajo su cuerpo por el placer que noto que recorre el mío.

—Jose —vuelvo a suspirar arañando su fuerte espalda.

—Sol, mi Sol... me gusta que vuelvas a brillar —confiesa mirándome a los ojos.

Sus manos echan hacia atrás los mechones de mi oscura cabellera, que se empeñan en unirse a nuestra danza, y coloca sus manos a cada lado. Me mira con los ojos oscurecidos por el deseo que lo consume con la misma intensidad que a mí, fundiéndonos en uno solo, soldados por el calor que nuestros cuerpos crean al estar uno dentro del otro.

Su cuerpo acelera los movimientos para calmar las exigencias del mío, que está a punto de estallar con un grito que alimenta mi alma y une algunos trozos; ya no está tan destrozada.

Su liberación se une a la mía y nuestras bocas se funden para acallar los gritos del otro, para tragárselos y que así el aliento que perdemos alimente al otro.

—Te amo, Soledad —jadea en mi oído.

—Te amor, Jose, siempre lo he hecho —confieso acariciando su rostro, que poco a poco vuelve a ser el mismo y deja de estar consumido por esa necesidad apremiante de demostrarme cuánto me ama.

Él sonríe en respuesta. Sé que me ha amado más de lo que he merecido y no necesito que lo exprese en voz alta; hace mucho que lo demuestra con cada acto. Permanecemos abrazados hasta que el teléfono nos interrumpe.

—Está bien, capitán. Sí, lo entiendo. Sin problemas, me haré cargo de todo —acaba.

—¿Qué sucede?

—Era Acero. Ha aparecido, al parecer asesinada, una persona cercana. Se marcha fuera unos días.

—Lo siento mucho —murmuro, y pienso en lo malo, no puedo evitarlo.

Jose, conoce tan bien lo que pasa por mi cabeza que no deja que los recuerdos oscuros ensombrezcan este momento y, sin pensarlo, me levanta y me lleva a la ducha para distraerme con el agua caliente, bajo la que me regala besos más cálidos aún.

* * *

Acero estaba impactado. A pesar de no ser la primera escena de un crimen en la que estaba, ésta le pasaba especial factura. Nunca se iba a acostumbrar, pero ver como víctima a un hombre al que había querido como a un padre se lo hacía más difícil.

Ya no recordaba cuánto hacía de la última vez que lo había visto, demasiado, y en ese momento, además, era tarde. Nunca más saldría el sol para él.

Se marchó de allí molesto, en realidad furioso. No entendía qué estaba pasando, pero sospechaba que algo extraño había detrás de aquella muerte. Unos días atrás le había llegado una carta del difunto en la que le pedía que cuidara de su hija, ¿y luego aparecía muerto? Quizá las sombras enterradas salían de sus tumbas para perseguirlos de nuevo.

Su instinto nunca le fallaba, y en esa ocasión le gritaba que la chica estaba en peligro y nadie había sido capaz de dar con ella. Apenas la recordaba, era pequeña cuando él ya tenía espinillas, apenas una niña... o tal vez era algo mayor. Sólo tenía un vago recuerdo de su larga melena roja como el fuego; desde entonces siempre le había gustado ese color de pelo.

Al llegar a la calle salió a correr, necesitaba que la bestia que amenazaba con despertar siguiese dormida y, al llegar a una arboleda cercana y solitaria, golpeó un pobre abeto inocente para descargar su frustración.

El teléfono sonó y descolgó enseguida.

—¿Cobos?

—Jefe, ¿todo bien?

—No, no regreso todavía. Hay que encontrarla; ha desaparecido.

BIOGRAFÍA

Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*, por lo que está considerada como una de las promesas de la literatura romántica con más futuro. En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: www.alissabronte.webs.com.

Desde el infierno, con amor
Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Guruxox / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17617-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

